EMILIANA LÖHR

# LOS MISTERIOS PASCUALES

CRISTIANISMO

Y

HOMBRE ACTUAL

48

EMILIANA LÖHR
BENEDICTINA DE SANTA CRUZ DE HERSTELLE

# LOS MISTERIOS PASCUALES

*LOS LIBROS DEL MONOGRAMA*

*Publicó este libro la Editoria,*
FRIEDRICH PUSTET, Regensburg, 1957

*con el título*
*DIE HEILIGE WOCHE*

* * *

*Lo tradujo al español*
EMILIO LADRON DE CEGAMA

*CON LICENCIA ECLESIASTICA*

Depósito Legál: M. .15.060-1963.—Núm. Rgtro. 5.419-63

© *Copyright para todos los países de engua española en*
EDICIONES GUADARRAMA, S. L.-MADRID, 1963

*Impreso en España por*
Talleres Gráficos de «Ediciones Castilla, S. A.», Madrid

# *CONTENIDO*

*Introducción* ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 13

*BENDITO SEA EL QUE VIENE.*—DOMINGO DE RAMOS ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 27

*PERFUME DE VIDA PARA LA VIDA.*—LUNES SANTO ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 63

*PADECER LA PASION DEL SEÑOR.*—MARTES SANTO ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 83

*HA LLEGADO LA HORA.*—MIERCOLES SANTO ... 97

*CENA Y TRADICION.*—JUEVES SANTO ... ... ... 117

*CON CRISTO EN LA CRUZ.*—VIERNES SANTO ... 173

*ESTA ES LA NOCHE.*—SABADO SANTO Y VIGILIA PASCUAL ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 205

# *INTRODUCCION*

"¡*Huyamos de la rutina*! *Estrangula al hombre, le aparta de la verdad, le aleja de la vida*" [1].

*Con estas palabras exhorta Clemente de Alejandría a los paganos de su tiempo a no dejar pasar lo nuevo y verdadero —o sea, el cristianismo que comenzaba a brillar entre ellos— por una cómoda adhesión a la acostumbrada pompa del culto a los dioses. Esta advertencia podría no carecer de sentido dirigida también a nosotros —cristianos católico-romanos del siglo XX.*

*Es propio del hombre encontrarse muy a gusto dentro de su piel y desear permanecer ahí sin ser molestado. Dentro de su "piel" quiere decir: dentro de todo lo que forma parte de su habitual forma de vida, interior y exteriormente. Esta enfermedad es mucho más frecuente de lo que se cree. Caracteriza al "burgués" (por esta palabra no se entiende aquí una posición social, sino una actitud típica), que a pesar de todas las revoluciones de las últimas décadas, y a pesar de todos los peligros por los que sigue pasando nuestra existencia humana, todavía no ha desapare-*

[1] Clemente de Alejandría, *Protréptico* XII, 118, 1.

*cido. La mayoría de nosotros, si nos examinamos con sinceridad, la encontraremos todavía bien viva en nosotros, dispuesta a construir en seguida y a instalarse de nuevo sobre la más pequeña tabla. Nos gusta la costumbre y la cultivamos con ternura, teniendo a mano palabras bellísimas para justificar esta inclinación. Es indispensable, decimos, para crear y conservar una cultura y para fundar una tradición.*

*De acuerdo: cultura y tradición edifican la vida; pero no son creadas más que por el que está con la mirada abierta, siempre vivo, siempre dispuesto, y presiente la gracia cuando se acerca sobre la ola de lo venidero. Cultura y tradición no son una forma rígida, inmóvil, sino algo que se mueve, que vive, que se está haciendo sin cesar. Así como la creación está siendo creada continuamente por Dios, y la nueva creación o Redención durará hasta el último día, de igual manera nosotros no debemos dejar ni abandonar a sí mismo a nada de lo que Dios nos ha dado para que lo cultivemos* [2] *y transmitamos* [3]*. La parcela de tierra que cultivo, el macizo donde planto, el niño a quien educo, deben ser objeto de mi constante solicitud, si quiero que prosperen, crezcan, florezcan, den fruto. Y lo mismo sucede con todo arte, ciencia y religión.*

*Es verdad que, por lo que se refiere a esta última, no podemos añadir nada a la Revelación que Dios nos ha dado de una vez para siempre. Pero, podemos*

[2] *colere*, de ahí *cultus* y *cultura*.
[3] *tradere*, de ahí *traditio*.

*penetrar a tientas en ella, tratar de explorar sus profundidades insondables, convertirla en vida y amor, en sabiduría y piedad. Es un tesoro que nos ha sido confiado —en la Biblia y en la doctrina de los Padres, en el culto y en la Liturgia—, y podemos, según la parábola del Señor, meter diariamente las manos y sacar a luz una joya tras otra, lo viejo y lo nuevo,* nova et vetera [4], *sin que el tesoro, siempre idéntico a sí mismo, disminuya ni se cambie, sin que se le añada ni se le quite nada.*

*Así, no debe sorprendernos que también en Teología parezca haber corrientes que van y vienen, que en la piedad cambien las tendencias y actitudes, que incluso lo más intangible, los Dogmas, aumenten, y la Liturgia, al parecer lo más sólidamente establecido, sufra cambio y evolución y se renueve con relación al pasado.*

*Hoy día vivimos en una época de cambios y renovaciones en el terreno eclesiástico y sobre todo en el litúrgico. El proceso comenzó en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial y se intensificó en los que la siguieron con el "Movimiento litúrgico". Parece que muchas cosas saludablemente iniciadas por él se van estabilizando ahora poco a poco. El restablecimiento de la Vigilia Pascual en el año 1951 y el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de noviembre de 1955 son los primeros indicios, y no es de creer que sean los únicos. En medio de estos cambios que ejercen un fuerte influjo en la*

[4] Cfr. *Mateo*, 13, 52.

*vida de piedad del individuo, apliquémonos también a nosotros la advertencia del antiguo escritor eclesiástico: "¡Huyamos de la rutina!".*

*Sería imprudente y un poco presuntuoso creer que eso no va para nosotros o que no nos es necesario. La mayoría de las veces sucederá lo que dice el Señor en la parábola: "Nadie que tenga vino añejo quiere el nuevo, porque dice: el añejo es mejor"* [5]*. Por eso, a ancianos que han vivido durante toda una vida en un mundo de formas religiosas —cultuales sobre todo—, que ha permanecido siempre idéntico a sí mismo llegando a ser considerado como casi inamovible, resulta muy difícil adaptarse de pronto a unos ritos que, en muchos casos, ni siquiera han sido transformados a fondo, sino sólo ligeramente modificados. No obstante, pueden darse cuenta de que las nuevas formas están más cerca de lo primitivo y esencial que las anteriores. Una tal desazón frente a lo nuevo es menos asunto de entendimiento que de "gusto": el vino añejo "sabe" mejor, es más "deleitoso" al paladar que el nuevo.*

*Además, no deja de ser una osadía restablecer antiguos ritos, despojándolos de excrecencias y extratificaciones posteriores, a lo que está expuesta toda institución humana con el correr del tiempo. La inmovilidad puede ser perniciosa porque trae en pos de sí la fosilización. El progreso puede ser también perjudicial si no se avanza (o, según los casos, se retrocede) hacia lo mejor. En general, será más fácil librar de la*

[5] *Lucas*, 5, 39.

*esclerosis de la vejez a formas de vida, a formas de culto, que desandar el camino de un falso progreso y hacer que desarrollos frustrados tomen la dirección contraria hasta llegar a la simplicidad primitiva. Tanto en uno como en otro caso, hay un peligro: En los intentos de renovación por cautelosos que sean puede suceder que aquí y allá, con el afán de limpieza, se barran de en medio cosas buenas, razonables y dignas de ser conservadas. No debe olvidarse que en tales tentativas la voluntad, más o menos dirigida por el entendimiento, ha de enfrentarse a lo establecido, y con frecuencia es difícil decir cuándo esto sufrió violencia en su desarrollo, cuándo fue desviado de su dirección propia, deformado, y necesita, por tanto, ser enderezado.*

*Por eso, tanto al principio como en el curso de una renovación ha de ser considerado ante todo el plan, la ley, la medida, según la cual se han ido desarrollando las formas; o lo que podría llamarse su arquetipo en Dios, que resplandece, con más o menos intensidad, en todos los cambios sufridos a lo largo del tiempo. Entonces se podrá descubrir sin esfuerzo en dónde las curvas de desarrollo se apartan de la pura línea de origen, ensanchándose sin mesura o encogiéndose miserablemente. Así se podrá encontrar, sin más, el camino de salud, del retorno a la línea de crecimiento que ha querido Dios, no los hombres.*

*Esto tiene mayor aplicación a la liturgia de la Iglesia de Cristo, al culto de la* Ecclesia, *que a cualquiera otra institución humana. A ella, como en otro tiempo a Moisés, ordenador de la Antigua Alianza y de*

*su culto, se ha dicho: "Mira, y hazlo conforme al modelo que en la montaña se te ha mostrado"* [6]. *Para la* Ecclesia *esta montaña es el Gólgota. En el momento en que allí, como nueva Eva, madre de todos los vivientes, nació a la vida terrestre del costado del Salvador moribundo, segundo y eterno Adán, fue hecha testigo y cooperadora de la única y verdadera liturgia que Cristo celebró a la vista del cielo y de la tierra; testigo y co-sacrificadora del único sacrificio, de la única víctima agradable a Dios, la que el Hijo Unigénito de Dios hecho hombre ofreció a su Padre celestial por los pecados del mundo.*

*Pero la forma, la maravillosa e incomprensible manera de que este sacrificio, ofrecido de una vez para siempre por el único y eterno Sacerdote, se haga presente a todas las generaciones que habrían de seguir a lo largo de todos los siglos, y la manera de ofrecerlo en medio de cada una de ellas para que todos encuentren la remisión de sus pecados y la salud en la adopción como hijos —esta forma original de la única gran Liturgia, de la potente obra de Dios, en la que el Padre por el sacrificio del Hijo obró la redención de la humanidad—, se la había transmitido Cristo a sus Apóstoles bajo los símbolos de pan y vino, ya en la víspera de la sangrienta consumación del sacrificio. Y esta única y maravillosa liturgia sacrificial fue comunicada, en la santa ordenación, por los Apóstoles, verdaderos liturgos y sacerdotes de la* Ecclesia, *a todos los sacerdotes futuros, como un misterio divino*

[6] *Exodo*, 25, 40.

*transmitido de la manera más fiel en su forma y en su contenido. Así el "modelo" que "fue mostrado sobre el monte" a la* Ecclesia, *un modelo de indudable realidad y de la más poderosa eficacia, continúa viviendo en su Liturgia, como misterio, sacramento, sacrificio, eucaristía, o como quiera llamársele:* opus Dei *perpetuo, obra de Dios incesante para la salud del mundo,* latreia *cotidiana, culto ininterrumpido que ofrece a Dios el hombre redimido.*

*La cuestión está en saber cómo una institución de origen tan plenamente divino y cuya forma de actualización futura ha sido trazada de antemano por Dios, puede estar sometida a defectos de desarrollo, padecer cambios y deformaciones que alteran la pureza de su forma original, haciendo así que futuras generaciones se sientan obligadas a renovar y restablecer lo primitivo. Es verdad que el núcleo de una tradición tan divina nunca puede estar afectada por cambios y modificaciones que son el destino común de todas las instituciones puramente humanas. En su liturgia oficial nunca actualizará ni celebrará la Iglesia otra cosa que la Pascua de Cristo; así fue llamado aquel primero y único sacrificio "sobre el monte", porque se consumó en el día en que los judíos, en Jerusalén, inmolaban el cordero pascual para conmemorar el aniversario de su salida de Egipto, del paso del Mar Rojo y de su Alianza con Yavé.*

*En esta Pascua judía había proyectado Dios una figura, una sombra anticipada de lo que El quería hacer cuando llegara la plenitud de los tiempos, no sólo en uno sino en todos los pueblos: por el verdadero*

*Moisés, verdadero Hijo de Dios, los culpables hijos de Adán habrían de ser conducidos a través del mar del pecado y de la muerte a la tierra prometida de la Gracia y de la filiación divina. El Hijo de Dios, rebajándose a nuestra muerte y, a través de ella, volviendo resucitado y vivo, a ocupar su trono en el reino del Padre, nos abrió a todos nosotros el camino, el paso a través de la muerte y de la tumba, para entrar en la vida divina. A este paso, a ejemplo de la Antigua Alianza, le llamamos* Pascha, *y, con los Padres, la interpretamos como* transitus. *Esta Pascua por la cual Cristo satisfacía al Padre y libraba de su pecado a los hombres conduciéndoles a participar en la vida divina, es el contenido de la Liturgia que transmitió a su Iglesia y la que ésta ha conservado intacta hasta este día. En el núcleo no ha habido ningún cambio. La Iglesia celebra imperturbable la misma santa Pascua: una vez al año en los días del suceso histórico, semanalmente cuando vuelven el día y la hora de su* transitus, *y diariamente cuando repite lo que hizo y la ordenó hacer el Señor en la última Cena.*

*Pero, si no ha habido ningún cambio, ¿ por qué entonces una renovación? ¿Por qué un* Ordo hebdomadae sanctae instauratus, *una liturgia renovada, restaurada, de la Semana Santa? La respuesta se encuentra en la misma expresión "Semana Santa", en el hecho de que hay una tal semana. La primitiva Pascua de la Iglesia consistía en un único oficio nocturno, así como la Pascua del Señor, en el fondo, no fue más que* un *acto,* un *paso llevado a cabo en el ins-*

*tante de la noche pascual, que no conoció ningún hombre porque no tuvo ningún testigo. Pero no le ha sido dado al hombre quedar satisfecho con la sublime simplicidad de las obras de Dios. Le gusta desplegarla en lo que sigue y en lo que acompaña a cada una de sus distintas fases tal como se desprenden de su desarrollo visible en el tiempo. Ahí está el germen de cambios y modificaciones en la Liturgia de la Iglesia, en especial de la solemnidad de la Pascua; ahí está el germen de una "Semana Santa", y hasta de una larga preparación de cuarenta días a la Pascua y de un período de cincuenta días de júbilo y de alegría después de Pascua; ahí está, por último, el germen de todas las restantes solemnidades y fiestas de la Liturgia cristiana, de todo el año litúrgico y de todos los sacramentos de la Iglesia. Todo esto brota del único acto de Dios, del único sacrificio que le "fue mostrado" a la* Ecclesia *"sobre el monte": el sacrificio de Cristo. Y eso está bien y en acuerdo con la voluntad de Dios, por estar basado en la naturaleza del hombre. La Iglesia no se opone a la intención divina al dejar a sus hijos en libertad para conmemorar el primer día de la Semana Santa, el Domingo de Ramos, la entrada de Jesús en Jerusalén; el Jueves Santo, la última Cena; el Viernes Santo, la crucifixión. Sólo que ha de ser una "conmemoración" que, en su participación en estas distintas fases de la obra de salud, permanezca siempre consciente de que no podemos considerar, celebrar ni actualizar ninguna de ellas en particular si no es dentro de la totalidad del Misterio. Porque debemos tener en cuenta que*

*todas estas cosas ya no se suceden en el tiempo, una detrás de otra, como ocurrió en aquel único entonces en Jerusalén, sino más bien están presentes en la simultaneidad del Misterio, sustraído al tiempo y a la Historia.*

*Sólo allí donde permanece viva esta conciencia, conserva el culto de la Iglesia, y en especial el de la Semana Santa, su verdadera naturaleza. No es contra la esencia de la Liturgia el hecho de que en la celebración de la única obra de salud la mirada humana se concentre en las distintas fases de su realización. Mientras los que así la celebran mantengan la unidad y la cohesión de todas estas fases, no hay que temer ninguna grave alteración del culto divino. Pero cuando se considera en sí mismo, aisladamente, un aspecto individual, separándole de su dependencia del todo, existe el peligro de que la Liturgia deje de ser todo lo que es. Entonces se impone una renovación, una reforma, y el restablecimiento del rito primitivo de la Iglesia se presenta como un deber sagrado. Para los simples fieles significa la necesidad de comprender en estos casos el imperativo de la hora, no encastillándose por pura comodidad en una "costumbre" que, por falta de perspicacia, nos hace depender de lo que no es esencial.*

*Uno de los objetivos principales de la actual "Instauración" de la Liturgia pascual es hacer comprender de nuevo a los fieles la unidad del acontecimiento pascual dentro de la multiplicidad de ritos y celebraciones tal como se han ido desarrollando con el transcurso del tiempo. Es preciso que la Semana Santa*

*vuelva a convertirse en una solemnidad unitaria en la que cada uno de sus aspectos particulares, colocado en el sitio que le corresponde, ponga de manifiesto la totalidad tanto en sus distintas partes como en su unidad, y asegure a cada uno de los fieles y a toda la comunidad eclesial una participación viviente y activa en la* Pascha Domini.

*En eso reside también lo que se ha llamado el objetivo pastoral de la reciente reorganización litúrgica. Que, además, para hacer posible y facilitar al pueblo la participación viva e inteligente de la Pascua única y total, se haya procedido a algunas reducciones, omisiones y reformas de textos venerables por su antigüedad o, inversamente, a la introducción de algún nuevo rito, sobre esto, naturalmente, puede haber discrepancia de opiniones. El tiempo nos dará a conocer si en cada caso se acertó con lo que convenía. Cuando no haya sido así, la Iglesia, madre amorosa y prudente, no vacilará en rectificar un error.*

*Pero, no hay nada que temer mientras permanezca a salvo el* principio fundamental. *La Liturgia es, ante todo, obra de Dios y culto de Dios; por su parte, un obrar para nosotros; por nuestra parte, un obrar para El y ante El, un juego en su alabanza, un himno a su gloria. Por lo que al pueblo se refiere, se debiera, sin duda, hacer posible que participara en este juego, que juntara su voz en este himno. No obstante, hay que andar con prudencia, no sea que por dárselo al pueblo, quitemos algo al Señor. La Iglesia más bien habrá de proceder con verdadera* pietas *(es decir, con absoluta justicia para con Dios), como esposa y madre*

*al mismo tiempo. Como esposa dirá*: Ego dico: opera mea regi, "*mi obra para el Rey*" [7]. *Pero como madre de sus hijos*: Misereor super turbam, "*tengo compasión de la muchedumbre*" [8]. *Y como es Esposa del Verbo y por El es Madre, su sabiduría la enseñará a hacer justicia a uno y otros.*

*El intento de este libro consiste, pues, en responder al deseo de renovación, de manera que tratemos de encontrar en los distintos ritos, viejos y nuevos, la única Pascua que los une a todos en una solemnidad y en todos obra nuestra salud.*

[7] *Salmo 44*, 2.
[8] *Marcos*, 8, 2.

# *BENDITO SEA EL QUE VIENE*

## DOMINGO DE RAMOS

## "LLEGADA AL PUERTO"

Este día es principio y fin. El tiempo de Cuaresma se ha acabado, la Pascua comienza. "El navío ha llegado a puerto", se dice en la liturgia sirojacobita de la Semana Santa. "Hemos llegado al puerto de la vida, los que hemos pasado del ayuno a la Pasión... El ayuno está acabado, la Pasión del Hijo único de Dios comienza" [1].

Bonito pensamiento, característico de la sensibilidad oriental; podemos descansar en la Pasión de Cristo como el navío en el puerto. Durante el ayuno somos nosotros los que todavía trabajamos y nos fatigamos, expuestos a las tempestades de la tentación, sobre el agitado y peligroso mar de la ambición humana; ascesis, ejercicio, actividad —el hombre tiene la palabra. Ahora, esto ha llegado a su fin; el navío está en el puerto —Dios tiene la palabra—. Pero El calla. Padece, y es ésta la única obra que puede salvarnos. La pasión del Hijo de Dios hecho hombre es

[1] Adolf Rücker, *Die "Ankunft im Hafen" des syr.-jakobit. Festrituals und verwandte Riten*. "Jb. f. Liturgiewissenschaft", 3 (1923), pp. 83 y 84.

el puerto, el descanso en la inquieta búsqueda de salud del hombre pecador. En la celebración sacramental de la Pasión y Muerte de Cristo que son un padecer y un morir para la resurrección y la vida, con otras palabras, en la presencia litúrgica de la *Pascha Domini* está la esencia y la significación de la Semana Santa, aquello que la convierte en teatro del obrar exclusivo de Dios y por lo mismo del descanso absoluto de nosotros. Descanso que no se adquiere, es verdad, más que por un acto de la más alta intensidad: el navío no descansa en el puerto de la presente obra de Dios más que al precio del sacrificio, del entero abandono del esfuerzo propio y de la entrada sin reservas en la acción del Señor, en su Pasión. Pero precisamente por eso la precedente "travesía", el ejercicio, la ascesis, no carecían tampoco de sentido ni de la necesaria relación con el "descanso": El ayuno purifica, y sólo un corazón purificado sabe sacrificarse, desprenderse de sí mismo, dar el impulso que libera de la inclinación propia y penetra en el reposo de Dios que obra —padece.

También para la Iglesia romana, durante todo el primer milenio, el día de hoy estaba bajo el signo del sufrimiento, de la Pasión del Señor. *De passione Domini,* "de la Pasión del Señor", se lee en los antiguos sacramentarios para designar el sexto Domingo de Cuaresma [2]. Lo importante en este día, lo que le da su nombre, es "la Pasión del Señor", el relato

[2] *Sacramentarium Gelasianum,* PL 74, 1093; *Sacramentarium Gelasianum d'Angoulême,* p. 32.

evangélico de la "Pasión del Señor" cuya lectura solemne (según Mateo) en la celebración litúrgica de este día, hace caer en la cuenta a un auditorio estremecido de que han pasado realmente "del ayuno a la Pasión". El martes, miércoles y viernes siguientes se leerán los relatos de la Pasión de los restantes evangelistas —Marcos, Lucas y Juan—. De esta manera, la palabra de la Sagrada Escritura nos introduce de lleno en la Pasión del Señor, aun antes de que haya comenzado propiamente la Pascua. Desde la antigüedad, durante esta última semana antes de la Pascua, "Semana Grande" o "Semana Santa" [3] los fieles han conmemorado con lecturas bíblicas el recuerdo de la Pasión y muerte de Cristo. La peregrina aquitana Eteria (o Silvia) que visitó, a finales del siglo IV, los Santos Lugares de Jerusalén participando allí en la Liturgia de la Semana Santa, nos habla de tales lecturas, con frecuencia largas, hechas en la Iglesia, y a las que escuchaban con la misma atención el clero, los monjes, las monjas y el pueblo, estallando no raras veces en lamentos y lágrimas por la acerba Pasión de la que nuestros pecados han sido la causa. Sobre todo entre los fieles de la Iglesia Oriental está viva la conciencia de que la Semana Santa es más apropiada que ningún otro tiempo del año para la lectura de la Biblia [4].

[3] En la antigüedad cristiana se han usado ambos nombres.

[4] Cfr. lo que a este propósito dice el P. Willibrord Verkade, el "monje-pintor" de Beuron, en la "Bened. Monatsschrift", 1935 (p. 117), de un pintor ruso, amigo

Así, pues, guiada por la palabra evangélica, la Iglesia va penetrando a fondo en la Pasión de Cristo. Y va sintiendo cada vez más que está "en el puerto". La preparación ha terminado, el drama de la redención comienza. El corazón, purificado en largas semanas de penitencia, se arma para el sacrificio. El Padre levanta el cuchillo sobre el Hijo único y todos los que forman parte de este santo cuerpo han de inclinarse como miembros dóciles, junto con la cabeza, bajo la mano sacrificadora de Dios.

## EL OFICIO NOCTURNO

Austero y sombrío aspecto. Realmente, "la puerta" de la Semana Santa se presenta aquí como puerta de la muerte. Ya en el oficio nocturno —el nuevo rito ha dejado inalterado al antiguo— se levantan las lúgubres sombras de la muerte y comienzan los lamentos doloridos. En las lecciones del primer nocturno, la Iglesia vuelve a abrir el libro profético con el cual, el domingo pasado ha dado comienzo al tiempo de Pasión. Lee a Jeremías a quien no dejaremos de oír

suyo, que vivía en el sur de Francia como emigrado. En la primavera de 1934, cuando estaba enfermo de muerte, le escribía: "Y ahora se acerca la Pascua, una fiesta que siempre ha sido para mí especialmente profunda y grande. Hay en casa un sirviente, un cosaco, a quien la tormenta ha arrojado también aquí. Hemos decidido leer el Evangelio todas las noches durante la Semana Santa y ayunar rigurosamente. Tanto a mí como a él nos hará bien."

durante toda la Semana Santa hasta la noche de Pascua. Jeremías es el Profeta del tiempo de Pasión, como Isaías es el del tiempo de Adviento. Tipo (es decir, imagen, figura) vetero-testamentario del Hijo de Dios, del Salvador doliente, precede a su arquetipo así ahora en el preludio litúrgico de la presencia renovada de la Redención como en otro tiempo en su prehistoria. Junto con los responsorios (cantos intermedios) [5], las lecciones de Jeremías del primer nocturno hacen surgir una imagen profética, enteramente fiel en su simbolismo, de lo que la lectura de la Pasión de la Misa, en sobrio relato histórico, pondrá ante nosotros con asombroso realismo y actualidad.

## LA LECTURA DE LA BIBLIA COMO SACRAMENTO

Comprendamos la importancia, la grandeza y la dignidad de estas lecciones, tanto de las de la noche como de las de la mañana. Siendo palabra de la Escritura, palabra de Dios, participan del Misterio de la Liturgia. También ellas son, en un sentido más amplio, *Sacramentos*, símbolos, llenos de la presencia de la obra de salud, y han de ser no sólo oídas, percibidas con el oído, sino debidamente gustadas —comidas y bebidas— como el pan y el vino de la Eucaristía, con fe en su contenido y con hambre interior de él. Como en el banquete eucarístico se tiene cuidado de

[5] Han sido tomados también, parte, de los Profetas; parte, de los grandes *Salmos* de Pasión; algunos han sido compuestos libremente inspirándose en la Biblia.

que no caiga nada de las preciosas *especies* [6], de la misma manera se ha de procurar no perder una sola palabra de la Sagrada Escritura cuando es leída en la Iglesia; porque también de ella se alimenta el hombre interior. "Como la carne de Cristo es una verdadera comida y su sangre una verdadera bebida", escribe San Jerónimo, "así nuestro único bien en la vida presente es comer esta carne y beber esta sangre, no sólo en el Misterio (del Altar), sino también en la lectura de la Escritura" [7]. También en ellas recibimos a Cristo, nos hacemos *una* carne y *una* sangre con El, *un* cuerpo y *un* espíritu. Y, como en el sacramento del Altar, es siempre El, el Señor muerto y resucitado, o mejor, el que padece y resucita, el que sale a nuestro encuentro, penetra en nosotros y nos introduce en su muerte y resurrección haciéndonos padecer y triunfar junto con El. Así, entendida y practicada como es debido, la lectura de la Escritura se convierte, dentro del conjunto de la Liturgia, en un verdadero Misterio que se consuma en el Sacrificio y en el Sacramento del Altar.

## LA INFIDELIDAD DE ISRAEL

No es siempre fácil penetrar en este fondo sacramental del Antiguo Testamento y extraer de él la médula de la obra de salud. Así, no haríamos entera justicia a las lecciones de Jeremías de los maitines de

[6] Esta precaución se hacía necesaria sobre todo en la antigüedad cristiana, cuando todavía se recibía en la mano el pan consagrado.

[7] *In Ecclesiastés*, c. III.

este día si no viéramos en ellos más que al Profeta perseguido y rechazado por su pueblo, y al Señor y Salvador rechazado que está prefigurado en él. Es preciso que consideremos una segunda figura que aparece junto al Señor, un interlocutor humano a quien dirige su palabra: su pueblo, Israel. La palabra de Dios no es, pues, queja, sino acusación, recriminación apasionada; pero con aquel tono de invencible amor que sobrepuja a cualquiera infidelidad. Penetramos aquí hasta el fondo del cáliz de la Pasión de Cristo y casi gustamos sus heces amargas. No es la Pasión como tal lo que hace el trago tan amargo, sino la causa de la Pasión: la infidelidad de Israel.

En tres cuadros —la viña desierta, la novilla obstinada y la esposa infiel— pinta el Profeta lo inconcebible: que el hombre deje el Agape de Dios. El Señor había plantado cepas escogidas, "sólo brotes auténticos". Pero no dieron fruto, la viña quedó desierta. Oh tú, *vinea electa,* plantación "escogida", amada, tú te has convertido en *vinea aliena,* en tierra "extraña", desierta [8]. El Señor había domesticado un animal noble —pero éste ha sacudido el yugo de su cerviz y se ha escapado de la mano bondadosa: *Non serviam,* "No quiero servir" —fue la respuesta de Israel al Señor, a quien debía llevar como un noble corcel a su jinete—. Estar "poseído" por Dios —esta maravilla de las maravillas, le pareció poca cosa [9]—. El Señor había educado a una virgen, la había esco-

[8] Cfr. *Jeremías,* 2, 21; 2.ª Lección.
[9] Cfr. *Ibid.,* v. 20

gido como esposa —El mismo era su más bello adorno, el ceñidor de su honestidad. Pues, ¿qué es lo que "adornaba" a Israel más que a todos los otros pueblos y salvaguardaba su santo honor sino la fe en el Dios único y la Alianza con El? "¿Se olvida por ventura la doncella de sus galas, y de su ceñidor la esposa? Pues mi pueblo se ha olvidado de mí ya desde días sin cuento" [10]. Respuesta de Israel al Agape de Dios: olvido. Respuesta de Dios a la infidelidad de Israel: eterno recuerdo. El pueblo se olvida, Dios se acuerda. El pueblo huye del Señor —el Señor viene a su pueblo. Viene en la persona de su Hijo, para padecer y morir por el pecado de su pueblo. El que rechaza el amor de Dios, debe morir. Pero no es Israel quien muere, sino el Hijo de Dios en lugar del culpable. A los pecadores, a los "prófugos" Dios les prepara un puerto de paz en la Pasión de su Hijo: "la llegada al puerto".

## ENTRADA EN JERUSALEN

He aquí el punto de contacto entre las lecturas del primer Nocturno y las del tercero: Antiguo y Nuevo Testamento, infidelidad de Israel y misericordia de Dios, extravío de Israel y Dios que sale en su búsqueda. Viene el Hijo de Dios para expiar con su sangre el pecado de "la virgen Israel", de la esposa de Yavé. Da su sangre como rescate por la que ha caído

[10] *Jeremías*, 2, 32; 3.ª Lección.

en las redes de Satán, con su sangre calma su sed ardiente. *Pretium et poculum,* precio del rescate, elixir de vida. Es el tema del sermón de Pasión de San León el Grande [11] que leemos en el segundo Nocturno. En el tercero, habla San Ambrosio de la venida de Dios Hijo. Llega a Jerusalén, al lugar de sus tormentos. De camino, encuentra la borrica y su pollino atados —imagen de la humanidad sustraída al cuidado de Dios [12]—. "Advierte cuán malo y amargo es haber abandonado a Dios" [13]. El que huye de Dios, cae en las garras de Satán. Esa es la cabalgadura que "no quería servir", no quería llevar a su Señor: la borrica a la que desatan los Apóstoles para conducirla a Cristo —imagen de Israel, imagen de la Sinagoga infiel.

¿Ha cambiado ésta de actitud, ha cesado en su rebeldía? El lenguaje figurado del relato sagrado parece responder que no; pues no es la borrica la que lleva al Señor, sino el pollino que ha venido con ella. La ciudad abre sin duda sus puertas: Sión acoge a su Señor. El pueblo se apresura a salir a su encuentro, a recibirle triunfalmente. Extiende sus vestidos sobre el camino, lo siembra de flores y de verde, hace ondear palmas y ramos de olivo, lanza vivas y hosannas: "Bendito sea el que viene". ¿Se ha convertido Israel, ha vuelto al Señor? ¿Quiere dar al Hijo lo que ha negado al Padre? Así podría parecer. Pero, dentro de seis días el camino del Señor estará marcado con san-

[11] *Sermo XI de Passione Domini,* c. 3; 6.ª Lección.

[12] Cfr. *Mateo,* 21, 2; a este propósito, Ambrosio, *In Lucam,* 9, 4 (*...de paradiso eiecti in castello...religati*).

[13] *Jeremías,* 2, 19; 2.ª Lección.

gre en vez de flores y el hosanna se habrá cambiado en *Crucifige*: "¡A la Cruz con El!".

No, Israel no se ha convertido todavía, Israel persiste todavía en su *non serviam,* "No quiero ser esclavo". Pero el Hijo de Dios viene para morir por Israel. Y la Redención le acompaña en su cortejo. Junto a la borrica, su madre, trota el pollino que lleva al Señor. Un noble vástago de la raza rebelde. De él será de quien venga, al fin, la salvación de Israel. En el pollino ven los Padres la imagen de un pueblo joven, nuevo, de la Iglesia, reunida de entre todos los pueblos [14]. El pequeño animal, el joven pueblo no ha llevado todavía a ninguno sobre sí [15]; pero ya ha llegado su hora: llevará al que ha sido resucitado y exaltado, al "Señor Jesucristo en la gloria de Dios Padre" [16]. Se dejará domar, embridar y montar el que durante tanto tiempo estuvo indómito, suelto y sin ser montado por nadie. Y así sucederá lo que dice el Apóstol: La muchedumbre de paganos entrará en la Iglesia de Dios, y entonces se salvará también Israel, junto con todos ellos [17]. La madre seguirá a su cría y la cría conducirá a la madre, es decir: la nacida en segundo lugar, la Iglesia de los paganos, precederá a la escogida en primer lugar, a Israel, y ésta la seguirá, porque estaba ciega cuando se la apareció la salud.

[14] Cfr. Ambrosio, *o. c.*, 9, 5: *Et bene: in quo nemo sedit, quia nullus antequam Christus nationum populos vocavit ad ecclesiam.*

[15] Cfr. *Marcos,* 11, 2; *Lucas,* 19, 30.

[16] *Filipenses,* 2, 11. Epístola.

[17] Cfr. *Romanos,* 11, 25 s.

Este es el tormento del Señor en medio de su triunfo: la ceguera de corazón de su pueblo. Los Hosanna no le engañan. El lo sabe: a pesar de lo espontáneo y triunfal del recibimiento no habrá una confesión decisiva, un encuentro auténtico, una verdadera acogida. Las puertas se abren, pero no los corazones. Por eso en este día de triunfo, el Señor se lamenta y llora sobre la ciudad querida y sobre el pueblo de su elección: "¡Si al menos en este día conocieras lo que hace a la paz tuya! Pero ahora está oculto a tus ojos" [18]. Y todavía seguirá oculto mucho tiempo. Ni siquiera la sangre de Cristo curará esos ojos ciegos devolviéndoles la vista. Ni la terrible miseria de la ciudad cercada de enemigos, hambrienta, moribunda, como ha previsto Jesús, ablandará en arrepentimiento los corazones endurecidos abriéndolos al Señor. Pasarán siglos y milenios e Israel habrá de ir entre muertos y más muertos hasta que caiga la ceguera de sus ojos cerrados. Porque, al fin, los ciegos verán "a quién han traspasado" [19] y reconocerán la Vida que ha estado colgada, día y noche, ante sus ojos y en la que no han creído [20].

[18] *Lucas,* 19, 42.

[19] Cfr. *Zacarías,* 12, 10; *Juan,* 19, 37; *Apocalipsis,* 1, 7.

[20] Cfr. *Deuteronomio,* 28, 66; León Magno, *Sermo VIII de Passione Domini,* c. 6.

## LA VOCACION DE LOS GENTILES

Pero en medio de esta dolorosa tristeza del Señor brilla un relámpago de alegría; los gentiles quieren ver a Jesús. Gentiles, helenos, tal vez prosélitos del Judaísmo, han venido a Jerusalén para la fiesta. Se dirigen a Filipo, el apóstol de nombre griego, originario de Betsaida, país limítrofe entre judíos y gentiles: "Señor, queremos ver a Jesús" [21]. Felipe habla a su paisano Andrés y juntos se lo dicen al Señor. Y así alcanzan los paganos el cumplimiento de su deseo. Son testigos de algo sorprendente. A la vista de estos gentiles, que le buscan, el Señor, afligido por la infidelidad de su pueblo, cae en una especie de rapto sagrado. El encuentro que Jerusalén le ha rehusado ha llegado no obstante a producirse. El pueblo nuevo, joven, de quien El había ya tomado posesión bajo la simbólica figura del pollino no cabalgado hasta entonces por nadie, viene ahora en su busca en unas cuantas primicias. Entonces, el alma del Señor se estremece como en otro tiempo junto al pozo de Jacob cuando vio el campo "amarillo para la siega" [22]. El encuentro con estos gentiles le dice que su muerte no será en vano aunque, al menos por ahora, no haya podido ganar a Israel. El recogerá en otros campos la cosecha de su muerte. "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, quedará solo; pero si muere llevará

[21] *Juan,* 12, 21.
[22] *Juan,* 4, 35.

mucho fruto" [23]. Ahora, en el camino de la Pasión, se le da a El, "grano de trigo" dispuesto para morir, la promesa del fruto. Y en el atardecer de este día, cuando la tristeza por Israel y el miedo de la muerte cercana le hacen temblar, esta promesa le consuela.

¿Llegará a suplicar ahora (impulsado por la angustia del corazón del *hombre* Jesús): "Padre, líbrame de esta hora"? [24]. No, no lo hará, porque ahora sabe con toda claridad que El *debe* pasar por esta hora y por qué razón: para la salvación de los gentiles, para la salud de todos. Ahora, quiere y busca la Cruz para subir a ella como a trono de gracia y atraerlo todo a sí. "Levantado de la tierra, atraeré todos a mí" [25]. La grandiosa visión del porvenir le arrastra cada vez con más fuerza. Ve a Satán, príncipe de este mundo, arrojado fuera. ve al mundo ante el juicio de Dios [26], ve resplandecer la gloria del Padre sobre la Cruz del Hijo y, con noble ánimo, se siente empujado hacia la muerte para que ésta haga descender la gloria. Olvidando todo cuanto le rodea, no mira más que al Padre en el que ve el gran "director de escena" del drama de su vida, y entra en diálogo inmediato con El: "Padre, glorifica tu nombre" [27]. Es decir: Padre, dispón de mí. Sé que, según el secreto designio de tu voluntad, sólo mi muerte podrá hacer descender tu gloria sobre la tierra. Hágase tu voluntad. Y del cielo

[23] *Juan,* 12, 24.
[24] *Juan,* 12, 27.
[25] *Juan,* 12, 32.
[26] *Juan,* 12, 31.
[27] *Juan,* 12, 28.

viene la respuesta: "Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré" [28].

Esta es la corona de este día: la consagración de la muerte y la promesa de victoria con que el Padre envía a su Hijo a la Pasión. Así se pone de manifiesto el significado de la entrada en la ciudad. También ella formaba parte del plan de Dios que se revela cada vez más claramente como el origen de estos acontecimientos. Guiados por El, los judíos han debido preparar al Señor, a quien no podían comprender, un cortejo destinado a celebrar anticipadamente, en el umbral de su Pasión, su triunfo definitivo y su gloria futura. A las palmas, anuncios de victoria, se une ahora la corona de la vida y de la gloria, que desde la mano de Dios desciende sobre la cabeza del Hijo consagrada a la muerte.

## LA PROCESION DE LOS RAMOS

Aunque estos textos no se leen hoy, ni en Maitines ni en la celebración de la Eucaristía [29], no obstante es preciso recurrir a ellos para comprender, como es debido, por de pronto las lecciones del tercer Nocturno y sobre todo la procesión de los Ramos, y entrever en ésta el Misterio propio del día —una parte del Miste-

[28] *Ibid.*

[29] Están en la perícopa evangélica del sábado que precede al Domingo de Ramos (alitúrgico, en otro tiempo). Antes formaban parte del Evangelio del lunes después del Domingo de Ramos (Cfr. p. 68, nota 3).

rio total de la Pascua—. O ¿en una víspera de la Pascua, no estará, tal vez, revelada toda la Pascua, que comprende muerte y resurrección, muerte como fuente oscura de la *doxa* (= gloria)? En tiempos antiguos se llamaba a este día una Pascua (antes de la Pascua), la *Pascha florum* o *floridum*, la "Pascua florida". Anticipaba el camino de la Pascua, el camino de la muerte; pero lo sembraba de flores y de signos de victoria, porque la batalla estaba ganada antes de haber comenzado.

Este bonito y melodioso nombre y la costumbre que refleja están en relación con la procesión que imprime su sello a este día y trata de representar el misterio que encierra. Dada su importancia para la comprensión de todo este día y de toda la Semana Santa, pudiera pensarse que se encuentra en el *Ordo* litúrgico ya tempranamente. En realidad no la encontramos hasta una época relativamente tardía. Tiene su origen en Jerusalén, lo cual es significativo, porque el recuerdo del modelo evangélico, de la entrada del Señor en Jerusalén, encontraba allí, en las estaciones concretas del camino, su mejor fundamento. Sin embargo, aun allí la procesión no se introduce hasta el siglo IV. En los tiempos más antiguos, dominaba todavía demasiado la idea de la unidad de la Pascua, que se reducía a una "noche verdaderamente bienaventurada" y no dejaba sitio para un desarrollo independiete de ritos particulares. Además, la difícil situación de la joven Iglesia, que seguía padeciendo persecución, se oponía al desarrollo de tales fiestas de carácter más público.

Pero, en el siglo IV, cuando la Iglesia consiguió su libertad y, en Jerusalén, los Santos Lugares de la vida y Pasión de Jesús, adornados de magníficos santuarios, se ofrecían a la veneración de los fieles, comenzó a fijarse la mirada en los aspectos particulares e históricos. El único gran acontecimiento de salud comenzó a desplegarse poco a poco en sus distintos actos históricos y las "estaciones" de la vida humana de Cristo Salvador, descubiertas y hechas visibles en Tierra Santa, invitaron a los cristianos a recorrer paso a paso su camino de Pascua. El afán por una representación realista y dramática de lo que sucedió en otro tiempo se apoderó de la Liturgia e hizo surgir, en primer lugar en Jerusalén, aquellas solemnidades de la Semana Santa a las que la peregrina aquitana Eteria (o Silvia) asistió con tanta edificación como atestigua su diario de viaje.

Así se llegó al "Domingo de Ramos" en Jerusalén, brillante fragmento de este relato y tan conocido que no hay por qué repetirlo aquí textualmente [30]. Basta el hecho de que a mediodía todo el pueblo salía de Jerusalén y se dirigía hacia el monte de los Olivos en donde, entre lecciones y cánticos en la iglesia de Eleona, se pasaban las dos primeras horas de la tarde; después se ascendía más arriba a Inbomon, sitio de la Ascensión, y allí de igual manera se consagraban otras dos horas a la lectura, a la oración y al canto de himnos y antífonas, hasta que, al fin, a las cinco de la tarde, el relato evangélico de

[30] *S. Silviae peregrinatio*, 31.

la entrada de Jesús en Jerusalén daba la señal de marcha. Dejando en medio al obispo, en lugar de Cristo (*in eo typo, quo tunc Dominus*) se ponía en movimiento la muchedumbre —viejos y jóvenes, nobles y villanos— y, entre continuos cánticos e incesantes hosannas, llevando palmas y ramos de olivo en las manos y sosteniendo en los brazos a los niños más pequeños, bajaban del monte a pie, y *lente, lente* "poco a poco", se dirigían a la ciudad llegando entrada la noche, a la Anástasis, la iglesia de la Resurrección, en donde, con el rezo de Vísperas y la adoración de la Cruz, se clausuraba esta larga solemnidad. No hay duda de que el pueblo estaba animado por la fe y el amor, y por una fuerte tendencia a la actualización de sucesos pasados, no dejándose asustar por ningún sacrificio a fin de emular a los *pueri hebraeorum*, de que habla el sagrado texto. Este entusiasmo fue contagioso. La solemnidad pasó de Jerusalén a otras iglesias de Oriente. sobre todo de Siria, y algunos siglos más tarde tenemos noticia de una celebración análoga del sexto domingo de Cuaresma en las Iglesias de España y de Galia, así como en las restantes Iglesias de Occidente, hasta que al fin, en una época relativamente tardía (probablemente no antes del siglo XI) Roma adoptó también esta costumbre.

La forma y el desarrollo de la procesión son en casi todas partes los mismos que en Jerusalén, prescindiendo de algunas pequeñas diferencias que con el tiempo se han ido formando de país en país y de pueblo en pueblo. Tanto en Occidente como en Oriente se acompañaba al Obispo como si se acompañara en

procesión al mismo Cristo. A veces, el centro de la procesión lo formaban objetos sagrados —así el libro del Evangelio en las Iglesias de Galia, y una gran cruz en las de Italia—, llevados respetuosamente por diáconos; el libro o la imagen sagrados resplandecían en medio de la multitud, como símbolos del Señor mismo a quien se veneraba y aclamaba en determinadas estaciones de la procesión establecidas de antemano. En otros países (en Inglaterra), la santa Eucaristía ocupaba el lugar del libro o de la imagen, pero esto era una excepción. El asno de bronce con la figura del Señor montado era exclusiva de Alemania y revela la tendencia germana hacia lo sensiblemente real. Por lo demás, en tiempos posteriores, no han faltado en la procesión del domingo de Ramos, como en otras costumbres litúrgicas, proliferaciones y desviaciones hacia lo folklórico. Pero de la época de esplendor de esta fiesta nos han llegado no pocos cuadros pintorescos y alegres, procedentes de ciudades españolas y francesas, alemanas e italianas, relatos que, como el de Eteria, nos muestran a un pueblo conmovido rindiendo homenaje a su Señor. Lo mismo que en Jerusalén, se reunían lejos de la ciudad, con frecuencia sobre una colina (el monte de los Olivos) y allí, en un santuario destinado para el caso, eran bendecidos y distribuidos las palmas y ramos de olivo (o lo que hubiera en su lugar) y en medio de cánticos de júbilo, entre los que dominaba el Hosanna, se volvía a la ciudad; en la catedral, con la lectura de la Pasión y el Santo Sacrificio, se recobraba la austera gravedad de la Pascua que comenzaba.

Lo que distinguía desde el principio a Occidente de Oriente en la celebración de la Pascua era la bendición de los ramos que eran llevados en la procesión. Eteria habla largamente de la procesión, pero no dice nada de una bendición de ramos. Esto está en relación con las ideas de los primeros tiempos. Entonces no se pensaba en bendecir ni consagrar a los objetos de culto litúrgico. Quedaban santificados por el hecho de estar apartados para servicio de Dios que santifica todo lo que pasa a ser propio suyo. La misma consagración de altares e iglesias era todavía desconocida entonces; e incluso las vírgenes que se entregaban al Señor no necesitaban consagración alguna. Cuando la celebración del Domingo de Ramos se introdujo en Occidente, ya habían cambiado estas ideas. Y así en los más antiguos testimonios sobre la procesión se encuentra también la previa bendición de los ramos que poco a poco adquirió una gran importancia. Estructurada como una Misa sin sacrificio eucarístico, parecida a una *missa sicca,* pero con la que nada tiene que ver, ni en su origen ni en su significado [31], contiene toda serie de cantos, lecciones y oraciones que figuran en el Misal romano para la

[31] Ad instar "missae siccae". Así A. Bugnini-C. Braga, *Ordo hebdomadae sanctae instauratus* (1956), p. 36. Cfr. Johannes Pinsk, *Die Missa Sicca,* "Jb. f. Liturgiewissenschaft", 4 (1924), p. 109, nota 88.

ante-misa, y alcanza su punto culminante en un prefacio que, por lo demás, es un antiguo prefacio de mártires sin relación directa con la bendición de los ramos [32]. De muchos de estos elementos, de las oraciones sobre todo, había un gran número y eran *ad libitum,* es decir, a escoger. Por exceso de celo se llegó a recitarlas todas en una misma solemnidad, pensando reforzar la bendición por la acumulación de plegarias. Esto sucedía en un tiempo en que ya no se entendía el simbolismo de la procesión de Ramos ni el Misterio que encierra. Los ramos benditos pasaron a ser lo más importante, una especie de sacramental que se lleva a casa como un talismán y se cuelga en la habitación o en el establo para protección de personas y animales.

Con razón, el *Ordo instauratus* ha corregido esta concepción poniendo de nuevo el acento sobre la procesión y despojando el rito de la bendición del exceso de oraciones y de cantos. Nadie lo lamentará, pues en él había realmente proliferaciones que debían ser podadas, aunque se eche de menos este o aquel pasaje, sobre todo la magnífica oración *Deus, qui miro dispositionis ordine,* de la que no se censuraba tanto la extensión cuanto se admiraba el simbolismo; sobre todo, siendo así que Baumstark cree distinguir, tanto en este como en otros textos del *Ordo* anterior, reminiscencias de antiguos textos griegos de la

[32] Para el Prefacio de la Bendición de los Ramos, cfr. Odo Casel y Anton Baumstark en "Jb. f. Liturgiewiss", 2 (1922), pp. 107-110 y Odilo Heiming, *ibid.,* 4 (1924), páginas 183-185.

liturgia del Domingo de Ramos [33]. En todo caso, no estará mal que retengamos de esta oración lo que las palmas y ramos de olivo quieren decir: que en estos días nos acercamos a la victoria de Cristo sobre la muerte y a la unción con el Santo Pneuma del Resucitado.

Los ritos occidentales de la fiesta de Ramos tienen en común no sólo la bendición sino también la ordenación de la procesión. Desde los tiempos de Ludovico Pío, cuando el obispo Teodulfo de Orleans compuso su himno para el Domingo de Ramos, llegó a ser costumbre cantar estos hermosos dísticos a la vuelta de la procesión a la ciudad o al entrar en la Iglesia principal —cuando se iba de una iglesia a otra, sin salir de la ciudad. El canto era alternado entre un pequeño coro, colocado sobre el muro de la ciudad o en el interior de la iglesia, y el gran coro de la multitud que respondía a cada uno de los dísticos repitiendo a modo de estribillo la primera estrofa. En esta costumbre la idea de llegada, de acogida, de encuentro, de entrada adquiere un relieve de singular belleza.

[33] Cfr. Anton Baumstark, *Orientalisches in den Texten der abendländischen Palmenfeier,* "Jb. f. Liturgiewiss". 7 (1927), pp. 148-153.

El canto que atrae e invita desde el interior, y la espera ante la puerta añadían a la escena a la puerta de la ciudad o de la iglesia un algo escatológico. La ciudad y, con mayor razón, la catedral aparecían ya no sólo como imagen de la Jerusalén terrestre, sino ante todo como la Sión celeste descendida a la tierra y en la que el Rey (Cristo), como vencedor de la muerte y señor de la vida, pide entrada con los redimidos por El. Aquí se manifiesta claramente la idea de la Parusía, tan próxima a la de la Pascua: en el fondo, la muerte y la resurrección ponen ya fin al tiempo terrestre, fundan el nuevo eón y abren la entrada a la *eternidad* [34], es decir; a la inmortalidad de Dios, a la ciudad celeste. Hemos sido ya, según la *Epístola a los Efesios* [35], exaltados al trono del Padre con el Resucitado.

Así la representación de la entrada histórica de Jesús en Jerusalén y el encuentro con su pueblo, se prolonga en la visión de su próxima subida pascual al Cielo y de su toma de posesión del "reino" de su Padre al fin de los tiempos. Este carácter escatológico apareció todavía más marcado cuando, bajo el influjo de los ritos sirios y armenios [36], se introdujo la triple llamada con el palo de la Cruz. El cortejo esperando ante la puerta cerrada se asemejaba ahora a

[34] Cfr. la oración del Domingo de Pascua.

la muchedumbre de fieles que piden entrar en el convite nupcial de los Cielos como se describe en la parábola de las vírgenes del Evangelio, una de las parábolas escatológicas de Jesús, que ocupa un puesto importante precisamente en las últimas conversaciones de Jesús con sus discípulos. Sabemos que, por ejemplo, era leída en la liturgia siro-jacobítica al comienzo de la Semana Santa, y que la ya tantas veces mencionada "llegada al puerto", igualmente un rito de esta iglesia, era una representación dramática de la parábola de las vírgenes que llenaba de temblor escatológico el Oficio de la noche del Lunes Santo.

Pero aquí aparecen cambiados los papeles, pues el Señor de la sala nupcial a donde espera entrar la procesión, es Cristo, escondido detrás de la puerta. Así como en otras partes (en el rito mozárabe), el corto diálogo tomado del *Salmo 23,* en el que se repite la pregunta: "¿Quién es este Señor de la Gloria?" con la respuesta definitiva del Obispo: "El Señor de los ejércitos, ése es el rey de la Gloria" [37], hace pensar más bien en la entrada triunfal del resucitado en el cielo. Pero éstos son acontecimientos que en el orden intemporal de Dios son simultáneos. En todo caso, muestran, como ya lo hemos dicho, la interna proximidad de la Parusía y de la Pascua.

Sin duda, es posible dar una interpretación escatológica de la idea contenida en el Domingo de Ramos, aunque no se llegue a la representación simbó-

[35] *Efesios,* 2, 6.
[36] Cfr. Rücker, *o. c.*
[37] *Salmo 23,* 8 y 10.

lico-plástica que hemos descrito. Con todo, no se puede menos de sentir cierto pesar de que se haya suprimido en el *Ordo instauratus* el canto alternado a la puerta y los golpes en la misma. Es verdad que la escena en nuestra forma romana, que sólo había conservado el golpear y no las palabras que lo acompañaban, no era ya tan impresionante como antes. No obstante, uno hubiera deseado que se conservara el rito y, tal vez, que se volviera a la forma antigua; no porque nos inclinemos hacia una dramatización de la historia santa y de las parábolas y menos aún a una especie de misterio medieval dentro del culto, sino únicamente a causa de su contenido simbólico. Frente a tantas degeneraciones en la celebración del Domingo de Ramos hacia lo vulgar o lo divertido para el pueblo, el rito de los golpes a la puerta en sus distintas formas hubiera podido contribuir a mantenerla dentro de un carácter austero y grandioso, realmente en acuerdo con la Pascua. Porque la Pascua es venida, muerte y tránsito; un venir a la muerte y un pasar a la vida. De ahí lo irrevocable, lo último y definitivo de la Pascua. Ahora bien, la Parusía es la Pascua definitiva, la decisión irrevocable, el tránsito sin retorno. La Parusía consuma, hace perfecta la Pascua de Cristo y la del cristiano. De ahí la esperanza de la Parusía de los primeros cristianos en la noche de Pascua: anhelaban el fin que consuma. En la liturgia celebramos una pascua perpetua, a lo largo de días y de años; en la Parusía la Pascua perpetua se hace Pascua eterna.

En este orden de ideas hubiera sido de desear que

se conservara también una de las antífonas más largas del rito anterior, la *Cum audisset*. Es cierto que más que una mera aclamación es un relato, y que puede representar gran cantidad de dificultades para el canto; no obstante, tal vez se la hubiera podido conservar confiando su interpretación a una schola cantorum. Porque en esta manífica antífona está realmente vivo algo de la eterna Pascua, algo de la Parusía y del despuntar del nuevo eón, algo de la fuerza avasalladora de una llegada a la *aeternitas*. Pensemos sólo en el fragmento hímnico *Quantus est iste*! "¡Qué grande es éste...!" "Este es el que ha de venir para salvar a su pueblo. El es nuestra salud y la salvación de Israel. Los Tronos y las Dominaciones se apresuran a salir a su encuentro. No tengas miedo, hija de Sión, he ahí a tu rey que viene a ti. Viene montado en un pollino, como está escrito. Salve, oh Rey, arquitecto del mundo. Tú has venido para redimirnos [38]".

## FIESTA DE LOS RAMOS Y MISTERIO DE CRISTO

En esta antífona está expresado claramente el sentido de la celebración del Domingo de Ramos. Es un símbolo que comprende el Misterio de Cristo en cuanto se encarna, aquí y ahora, en el culto. Y se muestra en eso lo que Odo Casel no se cansaba de

[38] 2.ª Antífona de la Procesión en el antiguo rito.

repetir : "El Misterio es siempre un todo" [39]. Es una alusión a la primera Epifanía: Este que viene es el esperado tanto tiempo, el *desideratus* y el *venturus* de los tiempos antiguos, aquél que ha de venir. Es el Mesías, el Salvador. Viene para "la salvación del pueblo", y El mismo es la salud de todos, porque El es "el redentor", "el liberador". El paga la deuda de la humanidad. A un alto precio: El paga con su sangre, *pretium et poculum*. Con lo suyo propio paga por lo que es suyo, pues El hizo el mundo, y el mundo le pertenece. Esto se refiere a la segunda fase de la obra de salud, la Pasión, que está estrechamente unida a la Epifanía: vino como hombre, para poder sufrir y morir. Con todo, ¡qué grande es!, no permanece muerto. Pasa a través de la muerte y de la tumba para ir al Padre. Las potestades angélicas se acercan y le acompañan. La resurrección y la exaltación consumen la obra terrestre del Señor y acreditan la Parusía, con la cual son una misma cosa. ¡Qué grande es el que viene!, clama el cielo cuando el Crucificado se eleva a las alturas hasta el trono del Padre. ¡Qué grande es el que viene!, clama también la *Ecclesia* de la tierra en este día en que celebra este triunfal *adventus*, en la Liturgia del Domingo de Ramos ; y lo mismo clamará en su última venida, al fin de los tiempos, cuando El vuelva "en el esplendor de sus santos".

Tal vez ninguna otra antífona ilumina tan clara-

[39] Cfr., por ejemplo, *Das christliche Kultmysterium* (1948 [3]), p. 127.

mente el misterio del Domingo de Ramos. Con todos, el nuevo rito lo hace en cierta manera patente, incluyendo en la liturgia los significativos *Salmos 23* y *46*. En uno oímos el diálogo a la puerta de la Iglesia, la pregunta por el verdadero *rex gloriae*, y la respuesta: "El es el Señor de los Ejércitos". El otro describe la llegada del Crucificado y Glorificado al cielo, su subida al trono y el asombro de las potestades en la altura.

Y como verdadera conclusión se añade entonces el *Salmo 147*: "Alaba, Jerusalén, a Yavé". El rey no viene solo, la esposa está a su lado: Sión, la redimida; Sión, la liberada, la bienamada, la perdonada, la acogida de nuevo en gracia. "Alaba, Jerusalén, a Yavé; alaba, Sión, a tu Dios. Por haber hecho firmes las cerraduras de tus puertas y haber bendecido en ti a tus hijos. El dio la paz a tu territorio, te sació de la flor del trigo. El manda su decreto a la tierra, y su palabra corre velocísimamente... No hizo tal a gente alguna, y a ninguna otra manifestó sus juicios [40]". No podía expresarse más hermosamente el Misterio del Domingo de Ramos: El Señor llega a su ciudad. Y derrama sobre ella todas las bendiciones de su soberana presencia: seguridad, paz, víveres, doctrina, ley. Es el cuadro de una ciudad antigua que recibe la visita de su señor [41], y —bajo este símbolo—

[40] *Salmo 147*, 1-4 y 9.

[41] Véase Odo Casel, *Misterio de lo venidero*, ed. Guadarrama, 1963; Ernst H. Kantorowicz, *The "King's Advent" and the enigmatic panels in the doors of Santa Sabina.* "The Art Bulletin", vol. 26 (1944), pp. 207-231; además,

es infinitamente más. Dios visita *su* ciudad, *su* pueblo, *su* esposa, la da *su* Logos, el Hijo, y en El todas las cosas: hijos nacidos de Dios, pan del cielo, su sabiduría, su misterio, la revelación de su oculto plan de salud. Con ningún otro pueblo ha hecho esto. Ahora, las sombras de la noche han sido totalmente absorbidas por la luz del día: Sión, la infiel, ha recobrado la gracia, redimida por la sangre del Hijo de Dios. Una nueva Sión ha nacido, la *Ecclesia,* y en ella también Israel encuentra, al fin, su salud.

Este es el grandioso significado de lo que "representamos" hoy en nuestra celebración de los Ramos: El Hijo de Dios viene y edifica su ciudad (la edifica con su sangre), reúne a su pueblo, muere por su esposa y se une a ella para siempre. Toda la economía de salud se hace patente en un rito figurativo, en un "juego" simbólico. Es en verdad *Pascha floridum,* una fiesta florida, las bodas del Cordero, en cuya sangre ha lavado sus vestidos la esposa. Y los hijos de la Iglesia, estos verdaderos *pueri hebraeorum,* exultan de júbilo. "Cuando el Señor entraba en su ciudad, los hijos de los hebreos anunciaron anticipadamente la resurrección de la vida, agitando ramos de palma y clamando: Hosanna en las alturas" [42].

los artículos de Theophora Schneider que son su continuación: "*Er wird meine Stadt erbauen,* ("Weihnachtsbrief der Abtei Herstelle", 1949, pp. 24-34) y *Der Advent des Königs,* ("Weihnachtsbrief der Abtei Herstelle" 1950, pp. 3-17); por último, la meditación del Miércoles Santo de este libro.

[42] 8.ª Antífona del nuevo Rito (a la entrada en la iglesia), que ha sido conservada del antiguo.

Del rito de la procesión del Domingo de Ramos se desprende, pues, con toda claridad: Dios viene y salva. Visita su "ciudad", la santa Iglesia. Celebra en ella su adviento, un adviento distinto del de la fiesta de la Encarnación y del Nacimiento, un segundo Adviento que consume al primero; El viene —hemos de repetirlo una y otra vez—, El viene a morir por nosotros. ¿Cuándo un emperador que visitara alguna de sus ciudades la ha mostrado tanta gracia, tanto amor? ¿Dónde encontrar un rey grande como éste, grande en su Agape? Viene a su Iglesia, para celebrar en ella el Misterio de su muerte, pues El ha deseado comer esta Pascua con nosotros. *Quantus est iste*! "¡Alabado, bendito sea el que viene en el nombre del Señor!"

*Gloria, alabanza y honor a ti,*
*Cristo Redentor.*
*A quien la flor de la infancia canta*
*un piadoso hosanna* [43]

## LOS SANTOS MISTERIOS

Según el nuevo *Ordo,* los ornamentos del clero en la Procesión de los Ramos han de ser rojos. Muy finamente sentido. El rojo es el color de la alegría y del triunfo, pero también es el color de la sangre y del

[43] Teodulfo de Orleans, Himno para la procesión del Domingo de Ramos.

dolor. Alegría, júbilo pascual anticipado resuenan en todo este día de la Semana Grande, de la Semana Santa; pues grande y santo y digno de toda alegría y de todo júbilo es el acontecimiento que tiene lugar hoy y en los seis días siguientes. Pero el júbilo se empaña de tristeza, la alegría se junta al dolor cuando, después de acabada la procesión, el color rojo cede su puesto al violeta y da comienzo la celebración de la Santa Eucaristía. Sabemos que el Señor viene para salvarnos en el sacrificio del Altar como sobre el ara de la Cruz, y sabemos que El vence siempre. Esto nos llena de gozo y nos mueve a dar gracias. Pero el amor de su Iglesia, nuestro amor, se duele con el Señor que padece por nuestros pecados, que son la causa de su Pasión. En la procesión tiene la palabra la alegría; en el santo Sacrificio, la tristeza [44].

Como el domingo pasado, primero de Pasión, también en éste hay que entender todos los cantos únicamente como palabras del Señor que va a la muerte. Estamos ante la inminencia de la Pasión. El temblor de la agonía del monte de los Olivos y el mortal abandono en la Cruz llegan a nosotros desde estos cantos. Son súplicas y lamentaciones del más absoluto abandono. En primer lugar el *Salmo 21*, del que

[44] Como los textos de la misa siguen siendo los mismos que los del antiguo Rito, he reproducido aquí alguno de los comentarios al Domingo de Ramos de mi libro *El Año del Señor. El misterio de Cristo en el Año litúrgico* (2 tomos, ed. Guadarrama, 1963). Ocasionalmente haré lo mismo más adelante sin hacer ninguna indicación en cada caso.

están tomados el Introito y el Tracto: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?... Soy un gusano, no un hombre; el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo" [45]. ¡Qué bien puesto está aquí, al comienzo de la gran semana de dolor, este *Salmo* en el que David vio proféticamente los sufrimientos del Mesías, en el que la palabra del mismo Dios ha expresado, muchos siglos antes, los tormentos de su pasión humana!

A continuación, sigue la Pasión, el relato evangélico de estos grandes dolores. De nuevo oímos la voz de Cristo; como antes en las lecciones proféticas de la Vigilia y después en el *Salmo* mesiánico, así ahora en el último grito de su vida terrestre. Su agonía se hace realidad y presencia en la palabra divina de la Sagrada Escritura.

En el Ofertorio, una de las partes más sobrecogedoras de todo el Gradual romano, sobre todo por su melodía, la Pasión del Señor aparece concentrada en un solo grito de una aflicción estremecedora. El sacrificio más grande, más perfecto es consumado: un hombre, *el* hombre, en el cual están incluidos todos los demás, porque es al mismo tiempo Dios, el hombre del que todos procedemos y en el que todos subsistimos, se ha entregado a Dios hasta la muerte y el aniquilamiento. No hay sacrificio que pueda ser más perfecto. "El oprobio me destroza el corazón y desfallezco: esperé que alguien se compadeciese de mí, y no hubo nadie; alguien que me consolase, y

[45] *Salmo 21,* 2 y 7; Tracto.

no lo hallé. Diéronme a comer hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre" [46]. Un sufrimiento hasta la aniquilación. Y lo soporta libremente: por la salvación del mundo, por nosotros.

Ante esta voluntaria humillación de su Señor ¿puede la Iglesia desear otra cosa que unirse a su sacrificio, para manifestar [47] su humildad y su paciencia, según la advertencia del Apóstol: "Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús... se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"? [48] Y si así lo desea, ¿qué otra cosa puede hacer sino entregarse de nuevo a la voluntad del Padre, hoy, ahora, en estos santos Misterios, preparada a cualquier aflicción, a cualquier sufrimiento —en sacrificio perfecto con Cristo y en Cristo: "Padre... hágase tu voluntad"? [49] Aquí apunta el gran tema de los días siguientes, que ha sido preparado a lo largo de toda la Cuaresma: la obediencia en el dolor como fundamento de la exaltación. En el don de sí está el secreto de la victoria. La lectura de la epístola del Apóstol indica cómo el sufrimiento que contemplamos en el misterio del Altar está en estrecha relación con el triunfo de la procesión que le ha precedido. "Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en

[46] *Salmo 68,* 21-22; Ofertorio.
[47] Oración.
[48] *Filipenses,* 2, 5 y 8; Epístola.
[49] *Mateo,* 26, 42; Comunión.

los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Kyrios [50] para gloria de Dios Padre" [51].

Esta es la confianza de la Iglesia en los sufrimientos de este mundo: si ella sufre con el Señor, triunfará también con El. Y puede decir con El en la Pasión: "Tú me has tomado de la diestra, me gobiernas con tu consejo y al fin me acogerás en tu gloria" [52]. Este es el fruto que espera de la celebración de la Pascua: "Todopoderoso y eterno Dios que, para dar al género humano un modelo de humildad a imitar, has hecho que nuestro Salvador tomara carne humana y padeciera en la Cruz; concedednos la gracia de manifestar en nosotros su paciencia para participar también en su Resurrección" [53].

[50] En el lenguaje de la Iglesia primitiva, la palabra griega *Kyrios* significa la exaltación y la soberanía de Cristo después de su Pasión y a causa de ella: el Señor glorificado por la Pasión. Para detalles concretos, cfr. la misa del próximo Miércoles Santo.

[51] *Filipenses,* 2, 9-11; Epístola.

[52] *Salmo* 72, 24; Gradual.

[53] Oración.

# *PERFUME DE VIDA PARA LA VIDA*

## LUNES SANTO

Ayer, domingo, en la antífona del Magnificat percibíamos una vez más el doble acento que caracteriza todo este día y que, con más o menos claridad, seguirá sonando todos los días de la Semana Santa: "Escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas de la manada. Pero después de resucitado os precederé a Galilea. Allí me veréis", dice el Señor [1]. En este momento, la Iglesia vuelve a recoger, ligeramente modificada, la predicción con la cual, ya en el domingo de Quincuagésima, fortificaba nuestro corazón para los días de Cuaresma y de Pasión, para que la vista de los sufrimientos del Señor no haga vacilar nuestra fe en el fin "que transfigura y no consume" [2].

Si ya entonces el inolvidable *Et die tertia resurget*, en la melodía gregoriana, alcanzaba la altura de la promesa, la predicción de la Resurrección se anuncia en este día con un sonido incomparablemente más claro todavía. No se predice el hecho, no; se promete un encuentro, una entrevista del Señor, un volver

[1] *Mateo*, 26, 31-32.
[2] Agustín, *In Joannem Tractatus* 55, 2.

a ver los compañeros de su vida terrestre, más aún: una visión del Resucitado por todos los hijos de la Iglesia. "Allí me veréis". Ver, esto significa para los Apóstoles, a quienes fue dirigida esta palabra, no sólo ver con los ojos corporales, sino conocer con la mirada interior. Conocer que hay algo más y distinto de lo que se desangraba en la Cruz y, entre lágrimas, fue colocado en el sepulcro; más que el maestro y amigo terrestre que recorría Galilea con los suyos; conocer que ahora en este hombre se manifiesta más bien aquella gloria que sobre el monte de la Transfiguración se había mostrado a los tres discípulos predilectos. Y precisamente por eso, porque la predicción de la Resurrección ya entonces, en el tiempo de la vida terrena de Jesús, significaba más que un volver a verse terreno y corporal, porque los mismos discípulos de Jesús no podían reconocer al resucitado más que cuando El —como a los dos de Emaús— les abría los ojos del alma, precisamente por eso la promesa vale también para nosotros, los que vivimos hoy día, los que no vemos (con los ojos del cuerpo) y, sin embargo, vemos, vemos en la fe.

¡Qué fiel es el Señor! ¡Cómo consuela a su esposa, la santa Iglesia! ¡Con qué mano tan firme nos sostiene y nos conduce por el camino de la muerte! Sí, es una realidad: lo que sucedió una vez, sucederá siempre. No siempre *de nuevo,* sino siempre lo mismo, lo único, no hoy *como* entonces, sino entonces *y* hoy. Ayer hemos entrado con el Señor en Jerusalén. Hemos tendido a su paso nuestros vestidos —nuestras

envolturas egoístas— y le hemos salido al encuentro en la desnudez de nuestra propia humildad. Hemos cortado ramos de palmas— los vanos retoños del árbol de nuestra pretendida grandeza terrena— y los hemos arrojado a los pies del Altísimo voluntariamente humillado, entre los cascos de la paciente humildad, de la bestia de carga que ya en tiempos de Balaam halló gracia ante el Señor. Estamos despojados y desnudos, y hemos seguido con sencillez de corazón al humilde Señor del mundo y con El hemos entrado en Jerusalén.

Ya no se puede volver atrás: estamos con Jesús, con sus discípulos en esta ciudad, y la ciudad de su señorío, la ciudad de su Pasión. Esta entrada significa: padecer con El, morir con El, y después —al fin— reinar con El. Así nos lo decían el júbilo de los cantos de la procesión, mientras parecía desmentirlo los lamentos de la misa. Así nos lo decía, ayer por la noche, la antífona con la que comenzamos nuestra meditación: herirán al pastor, se dispersará el rebaño, pero *die tertia* el muerto resucitará de entre los muertos y vivirá, y los suyos con El, todos nosotros con El. ¡Consolaos, le veremos de nuevo! Primero, Judea y Jerusalén; proceso, muerte, sepultura. Pero después Galilea: la vida, la contemplación: *Cum resurrexero... videbitis me.* La vida está colgada de la muerte. El que va con su Señor a la muerte, va con El a la vida y a la soberanía. El que no tiene miedo de ir a Jerusalén, no dejará de llegar a Galilea. La ley del morir (en obediencia a Dios) establece que la muerte desemboque en la vida.

Con esta seguridad absoluta, las vísperas del domingo nos conducen a los maitines del lunes. Sus lecciones preparan la celebración de los Misterios en la figura de la cena de Betania. Digno de notarse: ¿no habíamos entrado definitivamente en Jerusalén, en la ciudad de la muerte, y no se habían cerrado sus puertas detrás de nosotros? Y de pronto, ¿otra vez Betania, la casa de la amistad y del retiro, el amor que sirve, el convite y la unción? ¿Es posible volver atrás después de haber puesto la mano en el arado? ¿Salir de la ciudad en la que un celo malévolo ha encerrado al Señor como en una fortaleza sitiada por la muerte?

O, ¿hay algo que no está en regla? ¿Ha habido confusión en las lecciones? Podría parecer así, pues en el *Evangelio de San Juan* se encuentra primero la cena en Betania, y después la entrada en Jerusalén. Ahora bien, en la Liturgia actual es a la inversa: el sábado antes del Domingo de Ramos oímos la perícopa de la entrada, y el lunes siguiente la descripción de la cena. Y, en todo caso, esta última parece estar en su puesto: "Seis días antes de la Pascua". Los más antiguos leccionarios romanos la señalan para este día [3] que, originariamente alitúrgico, fue relativamente pronto incorporado a la celebración ampliada de la Pascua y recibió su liturgia propia. A juzgar por la antigüedad de los leccionarios, esto debe

[3] Por lo demás, en una forma más larga (*Juan,* 12, 1-36) incluyendo el texto que actualmente se lee el sábado pasado. Cfr. Th. Klauser, *Das römische Capitulare Evangelorum* (1935), pp. 23 (86), 69 (100), 110 (96, 150 (109).

de haber sucedido en Roma ya antes de que se celebrara allí el sexto domingo de Cuaresma con la bendición y la procesión de Ramos. El sábado anterior a este domingo siguió siendo alitúrgico después de que el lunes tenía ya su liturgia. Se comprende que más tarde, una vez introducida la procesión, se asignara a la víspera del domingo de Ramos el evangelio de la entrada de Jesús en Jerusalén, para que al mismo tiempo fuera como el preludio de aquélla. Así —sin pretenderlo— se pudo haber llegado a la división de la perícopa del lunes y a la —desde el punto de vista histórico— "equivocada" ordenación de las dos partes. Ahora bien, la fidelidad a la sucesión histórica de los hechos no puede ser nunca el fin de la Liturgia, con tal de que ésta permanezca consciente de su esencia como acción actual de Dios, como un continuo presente en el que todo sucede a la vez y se compenetra al modo divino; por eso ninguna reforma posterior de la Liturgia ha tenido por necesario modificar nada de esto.

Contentémonos, pues, también nosotros, de haber estado "ayer" en Jerusalén y de estar "hoy" de nuevo en Betania. No hay ninguna salida del círculo de la muerte en el que hemos entrado con el Señor. La Pascua ha comenzado, y la cena en Betania forma parte de ella, lo mismo que la entrada en Jerusalén. Estos hechos históricos son ante todo, como lo eran ya entonces (Juan pone empeño en señalarlo), signos simbólicos. Esta cena en la cual un muerto resucitado se sienta a la mesa con los vivos, teniendo a su lado a uno que está destinado a la muerte y a la resurrec-

ción, es ciertamente de una naturaleza especial: promesa de vida y de reunión eternamente indisoluble de comensales en el reino que se avecina.

*Factum audivimus, mysterium requiramus.* "Hemos oído lo que ha sucedido, investiguemos el Misterio" [4], dice San Agustín en su comentario del texto evangélico de esta noche. "Investiguemos el Misterio" quiere decir: la realidad profunda y verdadera que se oculta en el hecho externo. La cena es de fiesta, aunque de una alegría amortiguada; y María unge los pies del Señor: ¿qué es lo que verdaderamente sucede? ¿Aquí, ahora, entre nosotros? ¿Seis días antes de la Pascua, de la Pascua litúrgica? La Iglesia celebra el banquete eucarístico y se alegra, no como María por *un solo* muerto, sino por muchos que en estos días de Pascua vuelven a la vida en el Sacramento de la Penitencia: "Lázaro" vive y está entre los comensales. Y María —es decir, la Iglesia misma—, unge los pies del Señor. Dentro de unos días consagrará los óleos santos y vivificantes: el crisma de la confirmación, de la ordenación sacerdotal, el óleo de la extremaunción.

¿Es éste el misterio que se revela en lo ocurrido en Betania? Agustín interpreta la unción de los pies de Jesús como un acto de caridad para con los pobres. Pero, con eso, nos deja a deber el "misterio" de que quería hablarnos, manteniéndose en el terreno de la aplicación moral. Es preciso penetrar más profundamente. En lo que lee en Juan, ¿no tiene la Iglesia

[4] Agustín, *In Joannem Tractatus* 50, 6; 1.ª Lección.

a Cristo y sólo a Cristo ante los ojos? De El habla en los Responsorios que intercala entre las lecciones. En este momento, al menos, no se preocupa de los pobres. ¿No acaba de oír decir a Jesús: "A los pobres los tenéis siempre con vosotros; a mí no me tenéis siempre?" [5]. Es Jesús, es su muerte, lo que la importa. El mismo habla de su sepultura [6]. En los cánticos intermedios la Iglesia va desplegando el cuadro de Jesús cercado de odio y de muerte y pone en su boca la voz de la queja, de la acusación, de la llamada de auxilio: "No han tenido ninguna consideración conmigo, me han escupido a la cara. Me han herido con sus lanzas; todos mis huesos están quebrantados. Me tuve por muerto, en tierra" [7]. A los muertos se les embalsamaba para la sepultura. Y El mismo Jesús refiere a su muerte la unción con que le honra María. Asimismo, el óleo santo de la Iglesia está al servicio de la muerte. Pero, más aún al servicio de la vida.

Hoy, como entonces, el amor de los corazones fieles lo emplea para el muerto y resucitado, para el Hijo del Hombre y de Dios. La envidia del traidor se escandaliza de este homenaje. Pero Jesús, con toda la majestad que le da su conciencia mesiánica, da expresamente razón a la "pródiga" contra los envidiosos. A El le es debida esta muestra de respeto y de amor. No puede haber derroche en la alabanza y en el amor a Aquel en quien se ha manifestado vi-

[5] *Juan,* 12, 8; Evangelio.
[6] *Juan,* 12, 7; Evangelio.
[7] Tercer Responsorio (citado libremente).

siblemente el amor de Dios. Todo tesoro, toda belleza, todo aroma de la tierra debería ser acumulado sobre Aquel que ha creado todo y que ha venido para renovarlo todo. Una vez más encontramos, frente al indignado asombro de sus adversarios, esa tranquila majestad de Jesús, que encuentra del todo en regla las alabanzas de la multitud y los hosanna de los niños. "Si éstos callasen, gritarían las piedras" [8]. ¿Cómo podría permanecer mudo el mundo cuando aparece Aquel que lo ha hecho? Así, pues, lo que ha hecho María de Betania está también en regla. Es más, en el orden de las cosas dispuesto por Dios, no sólo es justo y permitido, sino lo único necesario. María de Betania, la amante, hace siempre espontáneamente, a impulso de su amor, lo único necesario. Y eso es siempre contrario a la razón natural: a ésta le parece ociosidad [9], le parece derroche. Pero ante Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, es lo debido, lo único necesario. "Pobres, los tenéis siempre con vosotros; a mí no me tenéis siempre". ¿Para quién están las cosas, los hombres de este mundo sino para Aquel que las ha hecho? Para los pobres, está *El* ahí. No es necesario que nadie se preocupe por ellos. Cuando uno se prodiga a sí mismo por Dios, no salen perdiendo los poderes. La preocupación angustiosa del mundo, cuando alguno mira sólo a Dios, es siempre que no se descuiden los intereses de aquí abajo. ¡Qué error tan grande! El que se prodiga por Dios es de

[8] *Lucas,* 19, 40.
[9] Cfr. *Lucas,* 10, 38-42.

Dios y, junto con Dios, tiene puesta su mano sobre el Universo.

Pero, ahondemos aún más. Las palabras del cuarto *Evangelio* apuntan siempre más allá de su sentido inmediato, a un segundo y tercer estrato simbólico en donde se descubren los verdaderos misterios. Si al Hijo de Dios hecho hombre le es debido todo honor, todo derroche de amor, ante todo le será debida la unción. Desde antiguo han sido bendecidos sacerdotes y reyes. Como signo de elección divina y de una virtud divina se derramó el óleo sobre Aarón, sobre David, sobre la cabeza de Salomón. Ahora bien, Cristo ha sido enviado a este mundo para tomar posesión de la herencia de aquéllos: "Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec" [10], verdadero rey del mundo. Como Sumo Sacerdote ha de ofrecerse a sí mismo a Dios: gran sacrificio expiatorio por los pecados del mundo; como Rey ha de "reinar desde el madero" [11]. La cruz es el altar de su sacrificio sacerdotal, el trono de su realeza. Por eso habla de su muerte como de una elevación, en un doble sentido: "Cuando sea levantado de la tierra, lo atraeré todo a mí" [12]. Ahora que está cerca de la pasión, esta "elevación" es inminente. Y le es debida la unción. Ya ayer lo anunciaban los ramos en las

[10] *Salmo 109,* 4; cfr. *Hebreos,* 5, 6, 7 y 17.

[11] Cfr. *Salmo 95,* 10 y v. 12 del Himno *Vexilla regis prodeunt* de Venancio Fortunato: *Regnavit a ligno Deus.* Estas palabras no se encuentran en la Vulgata, pero según San Justino mártir, pertenecen al texto (erróneamente).

[12] *Juan,* 12, 32.

manos de la multitud entusiasmada. Asimismo, el nardo que María de Betania derrama hoy sobre Jesús, es símbolo de aquella invisible unción celeste, de la virtud divina de la que se dice proféticamente en el *Salmo*: "Dios, tu Dios te ha ungido con óleo de la alegría más que a tus compañeros" [13]. De este óleo de alegría que Dios Padre ha derramado sobre la cabeza ensangrentada y coronada de espinas de su Hijo, es de donde toma éste su nombre: Cristo, Ungido. Y porque el camino para esta unción pasa por la muerte y la tumba, por eso dice Jesús con doble sentido: "Déjale, lo tenía guardado para el día de mi sepultura" [14]. La unción formaba parte del entierro. La unción de María, la amante, anuncia de antemano muerte y sepultura de Jesús y la gloria consiguiente de su realeza y sacerdocio eternos. La "pródiga" se muestra también como verdadera creyente en Jesús.

Y no se ha de olvidar tampoco una cosa: los luchadores ungían su cuerpo antes del combate en la arena. También Cristo va a la pasión como un luchador. Se trata del gran combate: la lucha a muerte con el enemigo de Dios —Satán—. La unción que había de fortalecer y dar elasticidad, para esta lucha, a su naturaleza humana como el cuerpo de un luchador, esta unción con la virtud de Dios la recibió el Señor de la mano del Padre en el monte de los Olivos. Y también de ella, la unción de Betania es una figura y una imagen anticipada.

[13] *Salmo 44*, 8; Antífona de la consagración del altar.
[14] *Juan*, 12, 7; Evangelio.

El nardo de María exhala, pues, el perfume de fiesta de la vida, de la realeza y del sumo sacerdocio de Cristo, y al mismo tiempo recuerda la lucha y la muerte, la tumba y el entierro. Pero el misterio más profundo que este perfume nos hace barruntar es aquél que nos ha sido revelado ya hace algunas semanas en el aceite milagroso de Eliseo [15]. Cristo mismo es el nardo, el ungüento derramado del cielo que según el plan amoroso de Dios ha de elevar toda la humanidad —si cree en El— al sacerdocio y a la realeza. El pomo —el cuerpo humano de Jesús— había de ser quebrado en la muerte, para que el nardo se derramara y desde la cabeza, Cristo resucitado, ungiera todo el cuerpo de la Iglesia y le consagrara como cuerpo regio y sacerdotal de Cristo. Este alabastro había de ser quebrado para que el ungüento celestial llenara los recipientes vacíos de la Iglesia, impregnara con su perfume toda la casa y enriqueciera a los "pobres". Pues éste es el verdadero misterio de la unción de Betania que el traidor no podía percibir, pero que nosotros podemos reconocer con regocijo. El ungüento que allí fue derrochado por amor a Jesús es la verdadera riqueza de los "pobres", es la vida divina que se derrocha a sí misma, que comunica primero al Hijo y por El, brotando de sus llagas, a los pobres, es decir, a los hombres privados de la gracia y destinados a la muerte.

Este misterio del milagroso torrente de aceite que

[15] Cfr. la Lección del miércoles después del domingo 3.º de Cuaresma. Véase además Emiliana Löhr, *El año del Señor* (ed. de 1955), pp. 323-329.

fluye del cielo y enriquece la pobreza del mundo pecador fue anunciado ya en tiempos de Noé por la paloma con el ramo de olivo como un don divino de reconciliación; después fue prefigurado simbólicamente por el aceite milagroso del profeta y más aún por la unción de María. Pronto se hará una realidad místico-litúrgica en la bendición de los óleos del Jueves Santo y en la unción de los neófitos el Sábado Santo. Cuando, el Jueves Santo, las solemnes palabras de la bendición invoquen la virtud de Cristo sobre el óleo que lleva su nombre, y cuando, poco más tarde, en la noche de Pascua, el obispo o el sacerdote unja la cabeza de los nuevos bautizados con este santo Crisma, entonces la acción simbólica de María, la amante, habrá alcanzado su plenitud de sentido, entonces se habrán hecho realidad todas las figuras simbólicas de los tiempos antiguos, y habrá sido revelado el misterio oculto. Entonces la paloma divina vuela hacia el arca de la Iglesia con el ramo de olivo llevando la vida que ha surgido de la muerte. Entonces se llenan los recipientes vacíos de la Iglesia —nunca le faltan, pues diariamente vienen al mundo innumerables hombres que están privados de la vida divina. Entonces María de Betania prepara de verdad la sepultura de Cristo, cuando los bautizados y sepultados con Cristo reciben de manos de la Iglesia la unción sagrada. Entonces se expande a raudales por toda la casa de la Iglesia el "buen olor de Cristo" [16], y ha de enmudecer la voz del odio porque

[16] *2 Corintios,* 2, 15.

la pobreza agasajada se llena de júbilo por este amoroso derroche.

Este día se muestra, pues, alegre y festivo por la imagen prometedora de estas riquezas cercanas. Pero a su lado está presente a los ojos de la Iglesia el manantial amargo de tan gran perfume. Mientras que el ungüento de María exhala su olor y el perfume de Cristo alegra el corazón de la Iglesia, ésta dirige su mirada a la corteza herida del árbol que destila las "olorosas lágrimas" [17] del ungüento celestial. "Si la madera no es herida no puede despedir de sí un tal perfume... Así también Cristo, crucificado sobre el madero de la prueba, lloró sobre el pueblo para lavar nuestros pecados, y de lo más profundo de su misericordia derramó el bálsamo cuando dijo: 'Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen'. Entonces fue traspasado en el madero y salió sangre y agua más dulce que cualquier bálsamo, un sacrificio agradable a Dios, que derrama sobre la tierra entera el perfume de la santidad; y como bálsamo de un árbol, así sale una virtud de su cuerpo, de la que El mismo dijo: 'Siento que ha salido de mí una virtud' " [18].

En los responsorios del oficio nocturno y en las antífonas de Laudes la Iglesia expresa la queja, la llamada de auxilio del "árbol" herido de cuyas llagas brotan torrentes de bendiciones. Sólo la antífona del

[17] *Pontificale Romanum,* Bendición de los óleos en el Jueves Santo.

[18] Ambrosio, *In Psalmo* 118, III, 8.

Benedictus alude a la exaltación que aguarda tras tanta humillación: "Glorifícame, Padre, junto a ti con la gloria que tenía antes de que el mundo fuera creado" [19]. En este texto brilla de súbito el fondo de oro de la filiación divina que eclipsa por un instante la Pasión del Hijo del hombre. Pero no, la Pasión no puede quedar eclipsada: la cruz está en la encumbrada luz de la gloria de Dios. Gloria y oprobio son inseparables.

En los cánticos de la misa vuelve a hablar otra vez Cristo paciente. En la lectura escuchamos su voz conmovedora. El está preparado, El quiere soportar la herida a causa de la bendición que saldrá de ella y traspasará con aliento de vida y de salud el mundo lleno de fetidez mortal. El, el Hijo de Dios, prodigará su vida, lo más íntimo —el perfume— de su corazón misericordioso, a los pobres. Pero, siendo hombre, sentirá el dolor. El hombre Jesús clama a su Padre: "Enséñame a hacer tu voluntad" [20]. Lo sé: soy el vaso que ha de ser quebrado, el árbol cuya corteza ha de ser desgarrada, y estoy dispuesto a sufrirlo. "He dado mis espaldas a los que me herían y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no escondí mi rostro ante los que me ultrajaban y me escupían. Hice mi rostro como de pedernal [21]. Y, sin embargo: Señor, Padre, yo soy un hombre —me

[19] Cfr. *Juan*, 17, 5. El texto escriturario está ligeramente modificado en la Antífona.

[20] *Salmo 142*, 10; Oficio.

[21] *Isaías*, 50, 6 y 7; Lección.

duele —ayúdame—, enséñame a hacer tu voluntad. Tú me has "abierto los oídos" a tu voluntad y a tus deseos, "no me vuelvo atrás" [22]. Escucho, percibo tu voz: hágase tu voluntad. Enséñame a hacer tu voluntad.

Así penetra la Iglesia (y el alma) en el corazón agonizante de Jesús de donde fluye el buen olor de vida. Y no la es difícil comprender qué es lo que está en combate: es el corazón de su Esposo, es ella misma, la desposada y hecha una sola cosa con El, la que en ese momento lucha y combate por el cumplimiento de la voluntad divina. El la ha plantado como árbol oloroso en el desierto de este mundo para hacer de él un paraíso. Crece sobre una tierra árida, como un retoño del árbol del Gólgota, y ha de soportar continuamente los golpes y las punzadas de los impíos para que no se cierre nunca la herida, para que nunca cese de derramar el bálsamo de la vida. "La Iglesia está herida, pero con la herida del amor; pues ésa es la herida que recibió Cristo y de ella fluye bálsamo... [23]. Por eso, porque ella tiene la misma herida, comprende el dolor, la queja del Amado; por eso lucha y suplica con El: "Enséñame a hacer tu voluntad." Pero también experimenta con El que la dulzura y suavidad de este bálsamo refluye sobre el herido mismo fortaleciéndole y consolándole con el aliento cercano de la vida divina

[22] *Isaías,* 50, 5; Lección.
[23] Ambrosio, *In Psalmo* 118, v. 16.

fruto de esta pasión. Así, impulsada por la fuerza de este divino aliento de vida, puede elevarse sobre sus sufrimientos, sobre sí misma, *en Dios,* y decir: "Comparezcamos juntos" —cabeza y cuerpo—; en Cristo único "¿quién es mi adversario? ¡Que se ponga frente a mí! Si el Señor Yavé, asiste, ¿quién me condenará? Todos ellos caerán en pedazos como vestido viejo. La polilla los consumirá. Quien de vosotros tema a Yavé, oiga la voz de su siervo. El que ande en tinieblas, sin luz, que confíe en el nombre de Yavé y se apoye sobre su Dios" [24].

Una vez más el poder de la vida triunfa sobre las sombras de la muerte. Como decíamos al principio, el sonido claro de la victoria flota en lo alto. Volvemos a oirlo en las Vísperas, cuando resuena en la antífona del Magnificat la voz del Señor: "No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto" [25]. La conciencia de su divinidad sostiene al hombre que sufre y le mantiene erguido. En medio de los rugidos del caos desencadenado está en pie regiamente el árbol de la vida, con su llaga olorosa: Cristo, Cabeza y Cuerpo, Cristo y su Iglesia. Y nosotros, sus hijos —*filii excussorum* [26], los hijos de los maltratados, de los oprimidos, de los heridos— qué otra cosa podemos hacer sino mirar hacia Aquel "al que traspasaron" [27], de cuya herida

[24] *Isaías,* 50, 8-10; Lección.
[25] *Juan,* 19, 11.
[26] *Salmo 126,* 4 (Vulgata).
[27] *Zacarías,* 12, 10; cfr. *Juan,* 19, 37 y *Apocalipsis,* 1, 7.

fluye nuestra vida y por cuyo olor respiramos: "Os suplicamos, Dios omnipotente, nos concedáis que los que desfallecemos por nuestra flaqueza en medio de tantas adversidades, cobremos aliento por la Pasión de vuestro Unigénito Hijo" [28].

[28] Oración.

# *PADECER LA PASION DEL SEÑOR*

## MARTES SANTO

Es maravilloso cómo las figuras bíblicas, una vez que han entrado en la Liturgia, comienzan a vivir en ella con una vida propia. Un día las transmite al otro, una vigilia a la siguiente, rara vez a propósito, lo más a menudo sin intención, cambiando de muchas maneras, pero produciendo a la larga una continuidad que nos facilita echar raíces en el mundo litúrgico. Los *nova et vetera* que la Iglesia (y en ella Cristo como buen padre de familia) saca infatigablemente del tesoro de la Biblia para ofrecérnoslos a nosotros, hacen que nos sintamos en ella como en casa propia. Rodeados una y otra vez por las mismas imágenes familiares las comprendemos cada día más profundamente y podemos entender cada vez mejor su lenguaje alegórico hasta que llega el momento en que, dejando atrás toda figura y todo símbolo, somos hechos dignos de entrar en la misma realidad de Dios.

La Liturgia de ayer nos despidió con la imagen del olivo herido por causa nuestra. Hoy, cuando esperaríamos nuevos símbolos en la nueva vigilia, volvemos a encontrarnos en la primera lección frente al mismo símbolo. Otra vez un olivo verde, de hermosa talla, frondoso y cargado de frutos, precursor y ancestre del

sagrado madero en el que ayer, confusos y agradecidos, estaban fijos nuestros ojos llenos de lágrimas. *Olivam uberem, pulchram, fructiferam, speciosam vocavit Dominus nomen tuum* [1]. Oráculo del profeta Jeremías en el que un Otro, que ha de venir, levanta su voz intemporal. Estas palabras de asombro a las que sigue de cerca una queja llena de reproche, se dirigen a Israel. Israel era un hermoso olivo plantado y cuidado por la mano de Yavé para que diera fruto en abundancia. Pero el jardinero celeste, él mismo, ha prendido el fuego que consume su planta.

¡Cómo conmueve en la lectura latina la forma femenina del nombre: *oliva*! Israel era la prometida, la esposa de Yavé, una oliva bella, fecunda, la maravilla de los árboles de los imperios antiguos y la preferida de Yavé [2]. Pero la esposa fue infiel; hizo sacrificios a los ídolos inanimados, ella la esposa del Dios vivo. *Libantes Baalim* [3], "haciendo libaciones" a Baal, los escogidos se han apartado del Dios de su juventud. La *oliva* ha llevado en ofrenda el jugo de sus frutos a altares extranjeros. Por eso Yavé ha dejado que se agostara su vida y una vez seca, la ha exterminado en el fuego. En el fuego de la visita divina, de la invasión de los enemigos, de la guerra y del cautiverio.

La virgen de Israel ha sido infiel y ha sido rechazada por Dios. La *oliva* escogida ha dejado de hallar gracia a los ojos de Yavé, y todo lo que ha quedado

[1] *Jeremías,* 11, 16.
[2] Cfr. *Jeremías,* 11, 15.
[3] Cfr. *Jeremías,* 11, 17.

de ella es un huerto de olivos junto a Jerusalén, en el que el Hijo de Dios lucha con la voluntad salvífica del Padre que le condena, a El su Unigénito, a morir en lugar del infiel. Dentro de dos noches este comienzo de la Pasión de Jesús, la agonía de Getsemaní, se remontará en el ciclo litúrgico y nos introducirá con la violencia de las primeras gotas de sangre de Jesús en el *fiat* de su aceptación del sufrimiento.

¿No son las lamentaciones de la noche del cercano Jueves Santo las que resuenan en las lecciones de Jeremías de los maitines de hoy? Este Profeta que a cambio de su apasionada solicitud por su pueblo no cosechó más que mofas y escarnios, ultrajes y persecuciones, es la verdadera imagen de Aquel que apareció como cumplimiento de todas las profecías para la salud de Israel y que fue rechazado y crucificado por este mismo Israel. En Jeremías, como en tantas otras figuras del Antiguo Testamento, Cristo se ha anticipado a sí mismo y ha presentado queja contra Israel y por Israel, el hermoso olivo que se secó por la aridez del pecado y se convirtió en Cruz para su jardinero y Salvador.

Una consternación atónita se desprende de las plegarias del Justo del Antiguo Testamento que esta noche recita la Iglesia como oración de su Señor y Cabeza, consternación de que pueda haber tanta perfidia, tanto odio de Dios y de los hombres en el corazón humano. "Yavé, házmelo saber y que yo lo entienda. Entonces vi con claridad su proceder conmigo. Estaba yo entre ellos como inocente cordero que sin saberlo era llevado a la muerte, pues habían tramado

una conjura contra mí diciéndose: Vamos a darle veneno en el pan, le raeremos de la tierra de los vivos y no se hará más memoria de su nombre. ¡Oh Yavé Sebaot, juez justo, que escudriñas los riñones y el corazón. Que vea yo en ellos tu venganza, pues a tí te he confiado mi causa" [4]. Esta es la voz del hombre Jesús; así ha debido de hablar El con su Señor y Padre en las últimas noches antes de su Pasión, sobre todo en la noche de Getsemaní.

Sólo en un pasaje se abre paso la voz del Hijo de Dios que consciente de la voluntad paterna clama venganza sobre los deicidas para que en la desgracia reconozcan su injusticia y se conviertan al Señor. En realidad, este grito de venganza resuena todavía como una dulce súplica. Pero ya desde la lección siguiente alcanza una fuerza tan potente que es imposible no oírlo. El que está sentado a su derecha dice al Señor del Trono: "Tú los plantas y ellos echan raíces, crecen y fructifican; te tienen a tí en la boca, pero está muy lejos de tí su corazón. Tú, ¡oh Señor! me conoces; tú me ves, tú penetras los sentimientos de mi corazón para contigo. Reúnelos como rebaño destinado a la matanza, conságralos para el día de la mortandad... Dice: 'Dios no ve nuestros caminos' " [5]. Terribles palabras de la cólera divina que con súbito resplandor de lo alto encienden el rostro del siervo de Dios atormentado y paciente revelándole como el que en realidad es: Dios igual

[4] *Jeremías*, 11, 18-20.
[5] *Jeremías*, 12, 2-4.

al Padre, que misericordioso y justo al mismo tiempo, lo mismo tiene en la mano el rayo de la ira que el óleo de la misericordia, ambas cosas para salvación de los perdidos. Los remedios en la mano del divino Salvador cortan y queman, son casi crueles. Salvador y juez al mismo tiempo, nos salva sólo a través de muerte.

Pero, la espada de la cólera traspasa su propio corazón, antes de que se abata sobre los culpables; así nos lo revela la conmovedora lamentación de la lección tercera. Un extraño pasaje —el único del libro de Jeremías en el que no es el profeta, en lugar de Dios, quien se lamenta, sino el Señor mismo. ¿El Padre o el Hijo? No es posible determinarlo. Tan pronto parece ser el Padre que se lamenta por el Hijo entregado por su amor: "He entregado lo que más amaba en manos de enemigos" [6]. Tan pronto parece ser el Hijo, que se aflige por su "casa" y "heredad" que le había sido preparada en Israel y ahora está desierta por culpa del pueblo —de la esposa—: "Muchos pastores han entrado a saco en mi viña y pisotearon mi heredad, han convertido mis deleitosos campos en desolado desierto. Hicieron de ella campo de desolación y está ante mí triste y asolada. Toda la tierra es desolación por no haber quien recapacite en su corazón" [7].

El Señor ha venido a un desierto —de ahí su tristeza en el monte de los Olivos—, y ha de transfor-

[6] *Jeremías*, 12, 7.
[7] *Jeremías*, 12, 10-11.

marlo en el Paraíso que era al principio. Ha encontrado un olivo seco y quiere hacer surgir en él nuevos retoños. Para esto va a la muerte. Con su sangre empapará la tierra endurecida, regará las muertas raíces del árbol seco. Tal vez, con estos remedios resurja la vida.

Pero la sangre de Cristo —por preciosa que sea— no puede por sí sola obrar este milagro. La tierra muerta, el árbol agostado han de hacer también lo que está de su parte. La esposa infiel ha de emprender ella misma el camino de la penitencia, del retorno al Señor. Todos nosotros, que esperamos la redención y la salud de la Pasión y Muerte del Señor, hemos de aceptar humildes y contritos la muerte en la que hemos incurrido por el pecado. Hemos de tomarla sobre nosotros como Cristo la ha tomado: como sentencia del Padre, como realización de su justicia que exige la muerte en expiación por la desobediencia del hombre. Para decirlo en *una* palabra, no debemos padecer —más o menos pacientemente— *nuestra* Pasión, no debemos morir —más o menos resignadamente— *nuestra* muerte, sino que hemos de entrar en la Pasión y en la Muerte de Cristo, que es puro don de sí, pura obediencia y voluntad de expiación.

El olivo seco no puede volver a ser la noble *oliva,* —tal como fue creada desde el principio— si no consiente en ser cruz de Cristo. Siendo cruz, cargada con la Pasión y la Muerte del Señor, el árbol profanado, cuya vida estranguló la serpiente, resurge a una vida nueva y da frutos más ricos que antes. "Ha-

biendo amado a los suyos, Jesús los amó hasta el fin" [8]. Cantamos en el Benedictus al amanecer de este segundo día de la Semana Santa. "Hasta el fin", es decir, como la *Epístola de San Pablo a los Filipenses* no cesa de repetírnoslo en estos días: "Hasta la muerte de cruz" [9].

No podemos evitar la muerte. Tal es la sentencia: "Morirás de muerte" [10]. Pero el Hijo de Dios, el amor del Padre hecho hombre se ha interpuesto entre nosotros, condenados a muerte, y la justicia de Dios y, una vez para siempre, se ha sometido a juicio en sustitución de todos nosotros, haciendo que se ejecutara en El la sentencia. Con esto no se nos ha eximido de morir. Pero la muerte de Cristo nos ha sido dada como un modelo al cual ajustarnos para que nuestra muerte ya no sea desesperada, como la muerte natural de los impíos, sino saludable y vivificadora, como la muerte por obediencia y amor del Señor. El que toma la mano de Cristo y sube a su lado en la Cruz, deslizándose dentro de su Pasión y de su Muerte como dentro de la armadura de uno más fuerte o, mejor, del más fuerte, del destinado a la victoria y a la vida, ese "representará", "recorrerá" (*peraget*), para decirlo con una expresión de la oración del día, la Pasión del Señor, la vivirá enteramente desde el principio hasta el fin haciendo y padeciendo con el Señor a la manera de un gran actor

[8] *Juan,* 13, 1.
[9] Cfr. *Filipenses,* 2, 8.
[10] *Génesis,* 2, 17.

trágico que representa (*peragit*) toda la vida y la pasión de su héroe.

La súplica de padecer y morir así con Cristo y de "representar" (*peragere*) perfectamente la Pasión del Señor es la pieza central de la misa de hoy. Esta no pertenece más que la de ayer a los tiempos primitivos; pero no obstante, encaja con la mayor perfección en el cuadro de conjunto de la liturgia de esta semana. Todo será provecho —así lo cree con razón la maternal solicitud de la Iglesia—, si sus hijos entran en la Semana Santa, con este sentimiento y este deseo de su voluntad: de padecer la Pascua de Cristo, de recorrerla de un extremo a otro hasta el "fin transfigurante, no aniquilante". "Oh Dios omnipotente y eterno!" —así suplica—, "concédenos recorrer de tal manera los Misterios de la Pasión del Señor que merezcamos obtener el perdón (de nuestros pecados)".

En esta súplica se encierra, expresado con una concisión clásica, el programa de vida del cristiano; porque en eso consiste la vida de todo cristiano desde el bautismo hasta su muerte corporal: *Dominicae passionis sacramenta peragere*. "Representar el Misterio de la Pasión del Señor", padecer la Pasión del Señor. Una vez, en la única vida terreno-histórica que le ha sido dada, todo hombre ha de realizar esta acción, ha de recorrer este camino: la subida del Hijo del Hombre desde Galilea hasta Jerusalén, hasta la Cruz, su descenso a la muerte, al sepulcro, a los infiernos. Es el camino de penitencia del hombre caído, el camino de penitencia y de salud de Adán.

Cristo ha recorrido de tal manera este camino de muerte que se ha convertido para nosotros en camino de salud y de vida. Cristo ha padecido de tal manera la Pasión que ésta procura la remisión: remisión de la culpa de Adán que El asumió y expió por todos. El ha ido por delante, nosotros debemos seguirle. Y, como El, también nosotros, para obtener la remisión. Para que "seamos libres de toda decrepitud del pecado, que nunca deja de acecharnos, y seamos capaces de la santa novedad en la que Cristo vive junto al Padre" [11]. Todo depende del término de este camino que no es descenso, sino subida —tránsito, superación de sí mismo, de lo humano: una transfiguración, una divinación. Esto quiere decir *per-agere*: recorrer, padecer, representar hasta el fin —hasta la consumación. "Todo está consumado" [12], dijo Cristo agonizante. Había recorrido el camino hasta el fin, había sufrido la pena del pecado de Adán: todo estaba consumado.

Cristo lo ha realizado de una vez para siempre. Pero esta Pasión y esta consumación se hacen diariamente presencia y realidad misteriosas en la santa Liturgia. Por nosotros, que estamos todavía en camino, que todavía no hemos padecido toda la medida que se nos ha señalado de la Pasión de Cristo. Por nosotros, para que nos sirva de entrenamiento diario aquello que hemos de realizar una vez en el curso de nuestra vida terrestre. Padeciendo y muriendo

[11] Oración sobre el pueblo.
[12] *Juan*, 19, 30.

místicamente la muerte de Cristo en la Liturgia, hemos ejercitado cada día en lo que hemos de realizar una vez en el tiempo terreno. Pero cada uno de estos entrenamientos es ya una verdadera participación a la Pasión del Señor, así como el bautismo es ya una verdadera participación a la muerte de Cristo, de suerte que el que realiza una vez los Misterios de la Iglesia con una donación de sí, semejante a la de Cristo crucificado, ese ya habría muerto en realidad, estaría ya del otro lado, junto al Padre. Pero, ¿quién es capaz de hacerlo así? Para esto nos ha sido dada la santa Liturgia, la celebración diaria y anual de la Pasión del Señor, para que de cuando en cuando muramos más, nos desprendamos más de este mundo, pasemos más perfectamente a la "santa novedad", hasta que su práctica cotidiana, en el culto, nos conduzca a una realización perfecta en la muerte corporal.

En este día de preparación, en esta celebración anual de la Pascua, la Iglesia no cree poder insistir lo suficiente para grabar en el corazón de sus hijos este pensamiento de preparación, de padecer cada día místicamente lo que un día se ha de realizar en el tiempo. Y así como ruega con ellos y por ellos para que participen en la Pasión, así pone sin cesar ante sus ojos, en las lecciones y en los cánticos, esto que han de padecer. De ahí, la lectura de la historia de la Pasión hoy y mañana, como en el pasado Domingo de Ramos y en el próximo Viernes Santo. De ahí, las figuras proféticas: ayer, Isaías, que endurece su rostro en una pétrea paciencia frente a los que le in-

jurian; hoy Jeremías, que se deja "arrastrar a la muerte como un manso cordero" [13]. De ahí los cuadros de la Pasión de los *Salmos* mesiánicos que surgen sin cesar en los cánticos de la misa de este día. Cada palabra de estos *Salmos* y de estas lecciones —que, como palabra de Dios, es, en la boca de la Iglesia, una palabra eficaz— significa para nosotros "ejercicio", un ejercicio de morir, una preparación para aquel *tempus beneplaciti,* "tiempo de la benevolencia" [14], cuando Dios "en la plenitud de su misericordia" transformará toda nuestra muerte en vida. En aquella vida eterna que ahora, en cada ejercicio de morir, es depositada como germen en nosotros y hace preciosa, por la esperanza en la plenitud de la posesión, esa muerte que nos acerca a ella. Y así, el ejercicio diario de la muerte, participando en su pasión, nos une tan perfectamente con el Señor que muere y resucita, que recibimos parte en su divino y soberano poder sobre la vida y la muerte, y con El y en El podemos decir lo que cantamos en las vísperas de esta tarde como antífona del Magníficat: "Tengo poder para dar mi vida y poder para volver a tomarla" [15].

[13] *Jeremías,* 11, 19; **Lección de la misa.**
[14] *Salmo 68,* 14; **Comunión.**
[15] *Juan,* 10, 18.

# *HA LLEGADO LA HORA*

## MIERCOLES SANTO

Este día, colocado exactamente en la mitad de la semana, proyecta directrices claras hacia adelante y hacia atrás. Con el Domingo de Ramos tiene en común la nota triunfal, el motivo de la llegada y de la entrada. Abre, en cierto modo, una segunda puerta solemne a la ciudad santa y levanta sobre el que hace su entrada montado humildemente sobre un pollino, un arco de triunfo imperial tan magnífico como no fue construido nunca para César alguno. Así lo advierte cualquiera que esté un poco familiarizado con la pompa de los cortejos imperiales de la antigüedad y con las entradas triunfales de los generales que volvían victoriosos en la antigua Roma. Le basta oír los primeros acentos del Introito de hoy o el lenguaje triunfal de *Isaías,* 62, 63 [1]. Ya en la expresión de invencible confianza que se dejaba oír en la Antífona del Magnificat de ayer, se anunciaba esta nota característica de hoy. Aquel que puede dar su vida libremente y no menos libremente puede recobrarla después de haberla sacrificado, en otras palabras, Aquel que no sólo puede morir por su causa,

[1] Lección 1.ª de la misa.

sino que además puede resucitar y vivir por ella, ése está seguro de cualquier triunfo y de un poderío ilimitado; porque es Dios y no mero hombre. Así se fortalece en nosotros cada vez más la certeza de que en cada día y en cada hora de la Semana Santa nos vamos acercando a la muerte, pero que, en definitiva, es una fiesta de la vida lo que se nos prepara.

Es significativo que vuelvan a ser los Oficios de la noche los que, con sus oraciones y lecturas, nos hacen sentir el escalofrío de la muerte. Este Oficio parece ser una continuación inmediata de los Maitines del martes. Aunque la *Feria IV* fue, sin duda, introducida en la Pascua litúrgica y distinguida por una liturgia propia antes que los dos días precedentes [2], no obstante, en el Oficio de la noche no se advierte ninguna ruptura. En la noche del martes al miércoles la Iglesia más bien prosigue la lectura del Antiguo Testamento comenzada en el Oficio de la noche del martes. Oímos de nuevo a Jeremías cuya lucha con Dios, cuya apasionada acusación y maldición de Israel no se puede comprender, si no se percibe en sus palabras la voz del Hijo de Dios y del Hombre, oprimido, lleno de dolores y, sin embargo, invencible, con poder para dar su vida y para recobrarla, con poder también para atraer sobre los dei-

[2] Así lo indica el mayor número de lecciones en la misa; además, el carácter más solemne de la Feria IV, ya desde la antigüedad día de estación, y una nota en los sermones de León Magno según la cual éste habría continuado el Miércoles Santo un sermón de Pasión comenzado el domingo (el actual Domingo de Ramos).

cidas "el día de la desgracia" [3] a fin de que se les convierta en salvación.

La figura del Antiguo Testamento se hace hoy todavía más diáfana que en la vigilia de ayer y deja aparecer en luminosa transparencia a uno más grande que se oculta en ella: Cristo en su doble naturaleza, tal como le encontraremos también en la misa, ya como el siervo de Dios lleno de dolores que en dulces quejas desahoga ante el Padre su alma afligida, ya como igual a Dios, con iguales derechos de juez y vengador que el Padre, y que en una apasionada acusación clama por el día de la venganza que el mismo tiempo aniquila (para este mundo) y salve (para la vida eterna) a los malos. Sólo este modo de interpretación (tan empleado por los Padres de la Iglesia) de la Antigua Alianza, y esta idea de su transparencia (tipicidad o simbolismo) nos orienta, como hilo conductor, a través de las lecciones y cánticos del Antiguo Testamento que constituyen una parte tan grande de la Liturgia de la Iglesia, sobre todo en estos días. Entonces comprendemos con qué amor el Padre celestial, mucho tiempo antes de la venida de su Hijo al mundo, trazó un bosquejo de este Hijo bienamado, prometido a los hombres y esperado por ellos, de El y de su obra, para mantener despierto el deseo y fortalecer la esperanza.

Uno de los mayores atractivos de la Liturgia (el Señor quiso hacernos también atractivo lo necesario para nuestra salud) consiste en descubrir cuidadosa-

[3] *Jeremías,* 17, 18; 1.ª Lección.

mente en sus textos la huella del dedo de Dios desde el principio del mundo y ver resplandecer cada vez más clara y distintamente la realidad salutífica dentro de la cual hemos nacido por la gracia. Las afirmaciones del Nuevo Testamento sirven en alguna manera de prueba por el ejemplo, y las palabras del Evangelio ponen su sello sobre las antiguas Escrituras y nuestra interpretación de las mismas, confirmando que hemos descifrado rectamente los signos apenas bosquejados En este día es relativamente fácil de comprender la verdad nueva encerrada en los signos verdaderos antiguos. El lenguaje de los Profetas es inequívocamente el lenguaje de Cristo. Expresamente lo indican los cánticos que siguen a cada una de las lecciones (Responsorios). Aunque tomadas de otros libros de la Biblia distintos, estas frases intercaladas suenan casi como una continuación inmediata de los oráculos de Jeremías, y queda confirmada de nuevo la idea de que Nuestro Señor Jesucristo se refleja en todas las partes del Antiguo Testamento, hablando y exhortando, padeciendo y reinando, de suerte que es precisamente a causa de esto por lo que hay una unidad entre las partes más antiguas y las más nuevas de la Antigua Alianza: todas se refieren a Cristo, todas las designan a El.

Es en el segundo Responsorio de los Maitines de este día donde esto resalta con más claridad: "Se dijeron entre sí los impíos... Pongamos asechanzas al justo, que nos molesta y se opone a nuestro modo de obrar. Pretende tener la *gnosis* (es decir, la ciencia de Dios) y llamarse hijo del Señor. Se gloría de

tener a Dios por Padre. Veremos si sus palabras son verdaderas. Porque si es Hijo de Dios, El le acogerá y le librará de las manos de sus enemigos. Condenémosle a muerte afrentosa" [4]. Esto lo escribía el autor del libro de la Sabiduría de algunos judíos piadosos que, en su tiempo (un siglo antes de Jesucristo) padecían persecución por parte de los egipcios malintencionados. ¿Era él consciente, hasta qué punto sus palabras describían la suerte de Jeremías, muerto hacía mucho tiempo, y cómo, al mismo tiempo, designaban anticipadamente al Unico, al Hijo de Dios, lleno de dolores, que se lamenta, sufre y triunfa en Dios en todos los siervos de Dios martirizados en el pasado y en el porvenir? Es sorprendente cómo el texto del libro de la Sabiduría, hasta en las palabras y en el tono, puede ser puesto en boca de Jesús. y por lo mismo orienta plenamente en esta dirección la lectura de Jeremías, haciendo de sus palabras palabras de Jesús. El arte y la sabiduría de la Iglesia, su inteligencia iluminada por Dios, reúne con paciente esfuerzo los múltiples detalles, diseminados en las partes más diversas de la Biblia, para formar con ellos en la Liturgia la figura del Salvador paciente (o triunfante) y presentarlo como un todo.

Una vez que el Responsorio, tomado del libro de la *Sabiduría,* ha dado a conocer tan expresamente el nombre del Hijo de Dios, con lo cual se ha hecho claro de quién se trata, ya no necesitan ninguna explicación más los lamentos de venganza y las mal-

[4] *Sabiduría,* 2, 12-13, 16-18 y 20.

diciones de las lecciones de Jeremías. Como en el Oficio de la noche anterior, los comprendemos sin dificultad como palabras del Hijo de Dios a quien —y sólo a El— el Padre ha transmitido el juicio, que El ejerce con misericordia, para que la venganza produzca la salud.

Pero la queja dolorosa que llena estas lecciones, culmina en un formidable grito de angustia que ya hemos oído en la misa del viernes pasado: *Non sis tu mihi formidini!*, "no me hagas temblar. Protégeme el día de la tribulación" [5]. Sólo con *uno* tiene el Señor que habérselas en la situación amenazadora y terrible en que se encuentra. No con un hombre, no; con ninguno de esos seres engañados y enfurecidos, pues ninguno de ellos hubiera tenido potestad sobre El, si no les hubiera sido dada de lo alto. Dios, el Padre, les deja libres las manos a los malos para que sirvan a los planes de su justicia y de su amor. Dios, el Padre, abandona al Hijo, porque su justicia reclama expiación por el pecado del mundo, y porque su amor quiere librar a los pecadores. Toma el cuchillo que quitó a Abrahán de la mano y sacrifica lo que no había dejado sacrificar a aquél: su único Hijo. Es, pues, este rostro paternal de Dios, con su misteriosa mezcla de justicia y amor, lo que hace temblar a Jesús. Esto y nada más que esto. Porque en él y sólo en él está el "no" implacable que en el Monte de los Olivos decidirá el resultado de la lucha del hombre Jesús con la voluntad de Dios. "Si es po-

[5] *Jeremías,* 17, 17; 1.ª Lección.

sible...", suplica Jesús. Pero, no, responde el Padre, *no* es posible, y si alguno lo sabe, eres tú, Hijo mío, confidente del misterio de mi amor. Si no fuera más que un hijo de hombre, habría esperanza de salvación; pero precisamente porque es Hijo de Dios que, por sacrificio de un incomprensible amor, quiere salvar al mundo, por eso es preciso que Cristo muera. El lo sabe. Y aunque a El, como Hijo del hombre se le hace espantoso y terrible el rostro implacable del Padre, como Hijo de Dios sigue convencido en el fondo de que esta justicia ha de seguir su curso sobre su cuerpo humano para que el Amor triunfe en la muerte.

De ahí el irresistible, el radiante acento de triunfo con el que la misa de este día, ya desde el comienzo, ahuyenta las sombras de la noche. Como si ésta no hubiera existido y como si los motivos de pasión de las noches y de los días precedentes no hubieran tampoco existido, este Introito empalma inmediatamente con el alegre júbilo de la procesión de Ramos del domingo pasado. "Al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos; pues el Señor se ha hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Jesús, Cristo es Señor para gloria de Dios Padre" [6]. ¿Qué toques de clarín son éstos? Un heraldo que hace una proclamación, una orden de homenaje universal, un César en el esplendor de su dignidad soberana, más aún, en el esplendor de la apoteosis, rodeado de la aureola

[6] *Filipenses,* 2, 10, 8 y 11; Introito.

de lo divino, introducido en la esfera de lo celestial. Un Kyrios, un Dios terreno, elevado, aún en vida, por la fe del pueblo, hasta la luz de la divinidad. Así desfilan ante nuestra mirada interior las imágenes de la antigua soberanía.

El nombre de *Kyrios* las suscita. Toda la pesada pompa de la soberanía del antiguo Oriente y de la gloria imperial romana, inspirada en ella, surge ante nosotros. La pretensión ilimitada a la dignidad divina, está vinculada a él: no por gracia divina, sino por una suerte de igualdad con Dios debida al nacimiento, a la filiación divina. Hijo de los dioses, dios él mismo y por tanto portador y dispensador de vida divina, esto es, según la concepción del antiguo Oriente, el soberano. A él le es debida adoración, homenaje de todos los seres celestes, terrestres e infernales. En este sentido es como hay que entender nuestro Introito. Pablo, que vivía en contacto inmediato con este culto imperial al soberano —precisamente en su tiempo el orgullo de los césares romanos se iba acercando cada vez más a la antigua imagen oriental del soberano—, Pablo sabe qué es lo que quiere decir cuando llama a Jesucristo *Kyrios*. "Jesucristo es *Kyrios* para gloria de Dios Padre", dice él, o sea: reina sobre la tierra, pero su trono está en el cielo a la derecha del Padre divino; es Hijo de Dios y Señor del Universo.

Pero —y esto es lo maravilloso, lo paradójico, lo propiamente cristiano en la predicación del Apóstol, y de lo cual no existe ningún paralelo en el paganismo antiguo— antes, el *Kyrios* se ha hecho obediente

hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso está en la gloria de Dios Padre. En medio de todo el júbilo del homenaje rendido al soberano vuelve a resonar ahora el oscuro tañido de la muerte. Es verdad que apenas es perceptible —tan plenamente cambiado parece— literalmente absorbido por el tono jubiloso de victoria que lo domina todo. No obstante, permanece subyacente esta nota de dolor y de tristeza. Y a menudo parece como si quisiera sobreponerse a los sones claros, a los vítores y a los toques de clarín. Pero, por último, como siempre en esta semana, acaban por equilibrarse, por acercarse uno a otro, y, en fin, por mezclarse dando por resultado ese tejido de alegría y de dolor, de muerte y de triunfo que convierte a la liturgia pascual romana en lo que es: fiel espejo de la Pascua de Cristo.

La misa de hoy y en particular su Introito es uno de los más bellos ejemplos. Ya en la Epístola del domingo pasado nos salían al encuentro las palabras de Pablo, que ya no nos dejarán hasta la mañana de la Resurrección. La muerte y la vida aparecen indisolublemente unidas, radicalmente vinculadas una a otra: porque fue obediente, por eso es *Kyrios*. El obediente hasta la muerte es soberano del Universo; el siervo de Dios, Dios; la cruz, su trono; la sangre que corre en su muerte, su púrpura imperial; la corona de burlas, su corona de victoria y su diadema real. *Regnavit a ligno Deus,* "Dios reinó desde la Cruz" [7]. atrae todas las cosas a sí, las rinde todas a

[7] Cfr. p. 73, nota 11.

sus pies, somete a los pueblos de la tierra *non ferro sed ligno,* "no por el hierro, sino por el madero" [8], por el madero de la cruz.

Las dos lecciones desarrollan, en lenguaje simbólico, el doble cuadro, maravilloso y paradógico: el del dominador de pueblos —bajo la imagen del lagarero—, y el del hombre de dolores. La figura triunfal del lagarero se presenta en primer lugar. La Iglesia tiene mucho empeño en dirigir la mirada hacia el fin de la Pasión que es lo que la da sentido. El cuadro se desarrolla ante nosotros con grandeza apocalíptica: el luchador gigante, solo en medio de un mar rugiente de pueblos, rodeado de luz y empujado sin cesar hacia adelante por la cólera divina contra tanta bajeza, tanta innoble maldad que le cubre de espuma asquerosa y amenaza tragarle. Pero, El, inaccesible, invulnerable, domina todo este repugnante tumulto. Enviado como vengador de la divina majestad ofendida, está solo en medio de un mundo enemigo de Dios. Pisa el lagar de la cólera divina. Los racimos de pueblos caen, demasiado maduros, de la viña del mundo en la cuba de la muerte. Y el pie divino los aplasta como a frutos que bebieron demasiado ávidamente el sol de la gloria terrena, medio podridos, destinados a la muerte. Se tiñe de rojo el vestido del lagarero solitario. Vestido de púrpura, rey y vencedor, vuelve del gran día del juicio a su trono, en los brazos del Padre. Y el júbilo es-

[8] Agustín, *In Psalmo* 54, 10.

talla en el Cielo y, sobre la tierra purificada, un poderoso asombro:

"¿Quién es aquél que avanza enrojecido, con vestidos más rojos que los de un lagarero, tan magníficamente vestido, avanzando en toda la grandeza de su poder? Soy yo el que habla justicia, el poderoso para salvar. ¿Cómo está, pues, rojo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan las gentes? He pasado con furor, he hollado con ira, y su sangre salpicó mis vestiduras y manchó mis ropas. Porque estaba en mi corazón el día de la venganza y llegaba el día de la redención. Miré, y no había quien me ayudara, me maravillé de que no hubiera quien me apoyase; y salvóme mi brazo, y me sostuvo mi furor, y aplasté a los pueblos en mi ira, y los pisotée en mi furor, derramando en la tierra su sangre. Cantaré las misericordias de Yavé, ensalzaré la gloria de Yavé, todo cuanto ha hecho por nosotros" [9].

No se podría contemplar cuadro más grandioso de los sufrimientos de Cristo, ni anunciar mejor su sentido profundo, su objeto y su fin. Son combate y juicio, ejecución de una sentencia de Dios. La obediencia dolorosa del Hijo de Dios es el juicio sobre la inobediencia del mundo que no quiere creer; el comienzo del juicio que se ha de consumar al fin de los tiempos. En esta lección de Isaías se encierran rasgos escatológicos acusados. Como el *Apocalipsis,* describe aquello que está sucediendo siempre y que se consumará al fin de los tiempos: el combate con

[9] *Isaías,* 63, 1-7; 1.ª Lección.

el dragón antiguo que no cesa de agitar al mar de los pueblos contra Dios y contra su Ungido. El maligno será vencido —como en la muerte de Jesús, así en todo tiempo— no por la fuerza, sino por la obediencia y el sufrimiento hasta la muerte.

Esto es precisamente lo que nos sugiere la imagen del lagar. Para el que mira al fondo de las cosas, presenta un doble aspecto: el lagar de la ira es al mismo tiempo el lagar del sufrimiento; el lagarero que pisa es al mismo tiempo el racimo que es aplastado. Así nos lo indica la segunda lección de la misa de hoy. Nos muestra al vencedor de Edom, al vengador y ejecutor de la cólera divina como "el despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores". "Como retoño de raíz en tierra árida" surge ante la mirada del Profeta que le contempla, "no hay en él parecer, no hay hermosura", "como uno ante quien se vuelve el rostro". "Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades ...y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros" [10]. Así se transforma ante nuestros ojos la imagen del lagarero. La sangre que tiñe sus vestidos es la suya propia. El pisa el lagar de la cólera de Dios, pero *él* es el primero y, en realidad, el único que padece. Como Hijo de Dios ejecuta la sentencia, pisa el lagar; pero

[10] *Isaías,* 53, 2-6; 2.ª Lección.

como hombre carga él mismo con la culpa de todos, se entrega al juicio, padece en el lagar de la cólera de Dios.

Por eso los Padres le vieron místicamente prefigurado en el grueso racimo de los dos exploradores [11]. Fue traído sobre un palo para hacer ver al pueblo en el desierto la feracidad de la tierra prometida. Así Jesús, el Hombre-Dios, el grueso racimo de tierra extraña que colgado del palo de la cruz, nos hace barruntar en el desierto de este mundo la gloria del celeste. Este grueso racimo es aplastado en el lagar de la Pasión, en el que pisa la cólera divina, a causa de los pecados de los hombres. Pero su sangre que corre, llena para nosotros pecadores "el cáliz de la eterna salvación" [12]. Cristo, Hijo de Dios: el lagarero; Cristo, el Hijo del Hombre, el racimo aplastado —éste es el misterio del lagar, con dos aspectos, como todos los verdaderos símbolos. Lo que es "pisado" en las cubas es el viejo cuerpo de pecado de Adán. Lo que corre es la sangre de Dios, es el vino de la vida eterna de la que hoy oiremos decir a Jesús: "No volveré a beber con vosotros del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios" [13]. Así habló a sus discípulos antes de su muerte. Pero con su muerte comenzó el reino de Dios. Desde entonces bebe El a diario con los suyos el vino de la vida eterna, que

[11] Cfr. *Números*, 13, 23 s.

[12] *Missale Romanum*, Canon Missae (*Unde et memores*).

[13] *Lucas*, 22, 18; Pasión.

El les prensa cada día en el Misterio de la presencia de su Pasión.

Así la nota de triunfo sigue dominando. Con el cáliz de la alegría en la mano, Cristo, golpeado y aplastado, sube del lagar de la Pasión. Como un alegre lagarero se acerca a su esposa la Iglesia y la ofrece la bebida de la vida. "Decid a la hija de Sión: Llega tu salvador, viene con su recompensa" [14]. Su recompensa: el vino de la vida eterna y la comunidad de los que "beben sobriamente" [15] a su mesa. Su recompensa: la estirpe inmortal de los que han nacido de El: "Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad... Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres, y recibirá muchedumbres de botín; por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los pecadores" [16]. Así habla el Padre eterno, que conoce el fin de todas las cosas, a su Hijo que padece en el tiempo. Esta es su respuesta a la llamada de auxilio del que es aplastado en el lagar de la Pasión, llamada que en el Gradual y en el Tracto de la misa de hoy penetra nuestros oídos y desgarra nuestro corazón. Son palabras tomadas del *Salmo 68* y del *101*, que cobran aquí como en ninguna otra parte su verdadera vida. "No escondas de tu siervo tu rostro, porque estoy en angustia; apresúrate a oirme. Sálvame, ¡oh Dios!, porque amenazan ya mi vida las aguas. Húndome en pro-

[14] *Isaías*, 62, 11; 1.ª Lección.

[15] Cfr. Ambrosio, Himno de los Laudes del lunes (*Laeti bibamus sobriam, ebrietatem spiritus*).

[16] *Isaías*, 53, 10 y 12; 2.ª Lección.

fundo cieno, donde no puedo hacer pie; me sumerjo en el abismo y me ahogo en la hondura" [17]. "Escucha, ¡oh Yavé!, mi oración y llegue a ti mi clamor... Cuando te invoco, apresúrate a oírme. Pues se desvanecen como humo mis días y se tuestan mis huesos como en horno. Está seco mi corazón y consumido como heno, y me olvido de comer mi pan..." [18]. En medio de estas quejas doloridas resuena como respuesta la promesa de eterna descendencia para el que ha sido abandonado y muere. Y, de pronto, con una fe absoluta, en una visión profética, el paciente se reanima. La queja se interrumpe, se cambia en un canto de esperanza, casi de acción de gracias por la salvación firmemente creída y ya contemplada: "Pero tú, ¡oh Señor!, permaneces eternamente. Tú te alzas y tienes misericordia de Sión; porque ha llegado el tiempo de que le seas propicio" [19].

*Venit tempus*: "Ha llegado el tiempo". Cuántas veces no habremos oído decir a Jesús: "Mi tiempo no ha llegado todavía" [20]. Por fin ahora se dice: "El tiempo ha llegado". Esta es la recompensa del que sufre: saber que ha llegado el tiempo, y que éste es el tiempo de la misericordia. Para El es el tiempo de la Pasión, para Sión el tiempo de la misericordia. Aquí, ante todo se pone de manifiesto quién es este paciente, cómo penetra en una esfera enteramente distinta, más allá de toda violencia humana,

[17] *Salmo 68,* 18; Gradual.
[18] *Salmo 101,* 2-5; Tracto.
[19] *Salmo 101,* 13-14; Tracto y Comunión.
[20] *Juan,* 7, 6 (cfr. también *Juan,* 2, 4, 8 y 20).

más allá de todo tormento terreno. Mientras padece y muere como hombre, vive verdaderamente como Hijo de Dios en los planes del Agape divino que abarcan el espacio y el tiempo y cuyo designio no es la Pasión del Hijo, sino la redención de los pecadores. Está en juego Sión, la nueva Sión: la *Ecclesia* de Dios. La imagen de la esposa —de la liberada, de la redimida, de la purificada— está ante los ojos del que padece. Es ella su verdadera recompensa. "Decid a la hija de Sión: Llega tu salvador, viene con su recompensa" [21]. Con ella, como el esposo con la esposa. Tú misma, nueva Sión, *Ecclesia* de Dios a quien se acerca el que padece —pero ya no como paciente, sino más bien jubiloso, triunfante como lagarero y vencedor—, tú misma eres su hermosa recompensa: el cáliz que El llenará con su gloria, del cual beberá con alegría el vino nuevo en el reino de Dios.

A causa de este cáliz de alegría no rechaza el otro, el cáliz de dolor que le alarga el Padre. Mezcla con lágrimas su bebida [22] y no teme la amargura de la hiel ni la acidez del vinagre; pues ya se acerca el ángel consolador con el cáliz de la alegría. El tiempo ha llegado: el tiempo de la Pasión y el tiempo de la misericordia. Tiempo de lagar, tiempo de bodas. El tiempo de las bodas de Dios con su creatura ha

[21] *Isaías,* 62, 11; 1.ª Lección. Cfr. la enérgica traducción de Martín Buber: "Sprecht zur Tochter Zion: / Wohlan, / deine Freiheit kommt! / wohlan, / sein Sold ist bei ihm, / sein Werklohn vor seinem Antlitz."

[22] *Salmo 101,* 10; Comunión.

llegado. Del lagar donde sufre el esposo fluye el vino de la vida divina y la esposa es el cáliz que se ofrece para recogerle. Y beben todas las generaciones de la tierra de Oriente a Occidente, desde el principio hasta la hora actual, los llamados y los invitados, los convidados de las bodas reales, todos beben de él y dicen llenos de admiración al anfitrión y esposo divino: "Tú has guardado hasta ahora el vino mejor" [23]. Y El responde: *venit tempus*, "ahora ha llegado el tiempo".

[23] *Juan*, 2, 10.

# *CENA Y TRADICION*

## JUEVES SANTO

## CENA DOMINI

El miércoles de la *hebdomada sancta* la liturgia milanesa canta un prefacio propio del día en el cual constituye la nota dominante la representación de la *Cena Domini* y el deseo de la misma. Hoy (miércoles), confesión y perdón de los pecados, mañana sobreabundancia de los dones espirituales; hoy, cumplimiento de la penitencia prometida, mañana tránsito del ayuno a la fiesta, un santo festín en mesas abundantemente provistas, recepción, admisión entre los comensales de la Santa Cena —es la insistente súplica de este canto de alabanza, una súplica que está tan segura de ser escuchada que ya antes de haber recibido lo que pide, alaba, bendice y da gracias.

*Ut cras* [*nos*] *venerabilis cenae dapibus saties... cras nos ad sacratissimae cenae introducas*! [1]. ¡Qué hambre del banquete, de deleite, de saciedad! ¡Qué deseo de ser introducido, iniciado, admitido en la mística Mesa Redonda! Has ayunado durante cuarenta días, Iglesia Santa, y ahora tienes hambre, como el

[1] "Para que nos sacies mañana con los manjares de tu venerable cena... para que nos introduzcas mañana en el convite de tu sagrada cena..."

Señor, tu Señor, tuvo hambre después de haber ayunado cuarenta días, en el desierto, con las fieras. Y se acercaron ángeles a El, Hombre-Dios que ayunaba, y le servían. Tu ángel, oh Iglesia que ahora, al fin de tu ayuno, se acerca a ti para alimentarte, es el Señor mismo. El ha ayunado, ha renunciado a Sí mismo, se ha anonadado; El, el Hijo de Dios, se ha hecho hombre; se ha metido como uva en el lagar, ha caído en tierra como grano de trigo —por eso hay ahora pan en tus manos, su Cuerpo, y vino en tu cáliz, su Sangre.

La *Ecclesia* tiene ante sus ojos la imagen que se ha hecho realidad pura: el Señor como hospedador y como alimento. Los Profetas y los Apóstoles le han abierto los ojos: el sábado pasado ha leído en San Juan la parábola del grano de trigo; el miércoles, en Isaías, la del lagar. En las figuras descubre lo que sucede, lo que pronto, dentro de pocos días, sucederá: la muerte del racimo en el lagar, la muerte del grano de trigo en la tierra, la muerte bajo el signo de la cruz, la muerte por la cruz; porque el arado, que prepara la tierra para que reciba el grano, y el lagar en el que es prensada la uva tienen, en su estructura más antigua, más simple, la forma de cruz. Pero allí donde la cruz ha hecho su obra de muerte, allí está a punto para los hambrientos un pan nutritivo, allí se escancia en el cáliz un vino de alegría. "Tú pones ante mí una mesa... Y mi cáliz rebosa" [2], dice la *Ecclesia* a su Señor y Esposo ahora

[2] *Salmo 22,* 5; cfr. a este propósito el bellísimo artículo de Jean Daniélou, *Le psaume XXII et l'initiaton chrétien-*

cuando al término de cuarenta días de ayuno ve su mesa puesta con el fruto, dulce y amargo al mismo tiempo, de la pasión. *Venit tempus, venit hora.* Ha llegado el tiempo, ha llegado la hora: el tiempo del lagar, el tiempo de la Pasión, la hora de la cena. La uva es pisada, el grano de trigo molido, a fin de que sea para ti, oh *Ecclesia* "hora de cenar". *Venit hora,* la hora ha llegado. Para el Señor, la hora de la muerte; para ti, la hora de la cena, para que tú gustes en el pan la muerte del trigo, y en el vino la pasión de la uva que ha sido pisada, y para que comas, en la amarga Pasión y muerte, la vida divina y la salud eterna: la inmortalidad.

Y no sólo tú, sino también todos aquellos que todavía no viven en ti, casa del Señor, que todavía no comen a tu mesa el pan de Dios, ni beben el vino de la vida eterna, aquellos que todavía no han pasado del ayuno a la fiesta y del hambre a la comida porque en su ceguera tienen por estrecha la casa, y la comida por insípida, también esos acabarán comiendo y hartándose, bebiendo y embriagándose con la gloria de Dios. Pues tú te levantarás de la mesa y, en medio de la alegría del festín, saldrás apresuradamente afuera, te pondrás a la puerta de tu casa y harás entrar a los que todavía andan errantes por el desierto de este mundo y comen con lágrimas el pan amargo de la penitencia. "¡Oh vosotros, los sedientos!, venid a las aguas; aun los que no

*ne.* "La Maison Dieu" n. 23 (1950), pp. 54-69. Cfr. en Daniélou, *Sacramentos y Culto según los Santos Padres* (Ed. Guadarrama, 1962), pp. 254-274: "El Salmo 22").

tenéis dinero. Venid, comprad pan y comed; venid, comprad sin dinero, sin pagar, vino y leche... Escuchadme y comeréis lo mejor y os deleitaréis con manjares suculentos. Dadme oídos y venid a mí; escuchadme y vivirá vuestra alma" [3]. Así reunirás en torno a la mesa del Señor a los extranjeros, a los alejados de Dios por el pecado, para que resulte una santa familia y, por la participación a un único pan, crezca el Cuerpo único.

La Iglesia de Milán conduce así a sus hijos hacia el gran día de la Cena, y la liturgia romana se expresa de manera parecida en la alegoría del lagar [4]. Del ayuno a la fiesta. ¡Levantaos, sentaos a la mesa! Esa es la consigna del último miércoles antes de Pascua, y ella nos abre el acceso al Misterio del Jueves Santo. Este es, ante todo, el día de la cena: *Feria V in Cena Domini,* como le ha bautizado la Iglesia romana, y el *Natale Calicis,* "nacimiento del cáliz", como se le llamó en la Galia meridional y occidental [5]. *Cena Domini,* "la Cena del Señor", pues el Señor dio la cena, se sentó a la mesa con los suyos como padre de familia y El mismo es el pan que El parte, la bebida que El ofrece: Cena del Señor. Y

[3] *Isaías,* 55, 1-3; Profecía 5.ª de la Vigilia pascual según el antiguo Rito.

[4] Cfr. *Isaías,* 62, 11; 63, 1-7; 1.ª Lección de la misa del Miércoles Santo.

[5] Así es designado el 24 de Marzo en el calendario de Polemius Sylvius. Cfr. Synkletika Grün, Art. "Becher" en *Reallexikon für Antike und Christentum II* (1954), col. 61; asimismo, Bugnini-Braga, *o. c.,* p. 67 y Ludwig Eisenhofer, *Handbuch der katholischen Liturgie* (1941 [2]) I p. 514.

convite de bodas. Pues en los doce, que participan a la Cena del Señor, está presente la *Ecclesia* de la que ellos son los Padres más antiguos y más ilustres, la *Ecclesia* que ellos fundan con su sangre como mártires —testigos que mueren por ella [6]. *Calicem Domini biberunt, et amici Dei facti sunt.* "Bebieron el cáliz del Señor, y fueron hechos amigos de Dios" [7]. Del Cáliz que llena la sangre del Señor beben los comensales, los primeros escogidos (los *príncipes* [8]) sacando fuerza para morir como testigos fieles, para derramar su propia sangre, a fin de que de esta sangre que unida a la sangre del Señor, llena su copa nupcial, la Iglesia saque fuerza para nuevos alumbramientos.

Por eso, dice con todo derecho al divino Hospedador y Esposo: *Calix meus..., quam praeclarus est!*, "¡qué precioso es mi cáliz!" [9]. Y esta palabra de admiración la repite cada día en el Canon de la misa, cuando celebra la memoria de aquella primera y última Cena del Señor: *...Accipiens et hunc praeclarum ca-*

[6] *Isti sunt, qui viventes in carne, plantaverunt ecclesiam sanguine suo.* "Estos son los que, viviendo en la carne, han plantado la Iglesia con su sangre". Cfr. *Breviarium Romanum,* 7.º Responsorio de los Maitines del Común de los Apóstoles.

[7] *Ibid.*

[8] Cfr. *Salmo 44,* 17; *Breviarium Romanum,* 3.ª Antífona de Maitines, verso del 2.º Nocturno, Responsorio breve de la Sexta del Común de los Apóstoles; asimismo *Salmo 46,* 10; *Breviarium Romanum,* 4.ª Antífona de Maitines del mismo Común.

[9] Cfr. pp. 120 s., nota 2.

*licem,* "tomando también este precioso cáliz". El lo tomó, y ella lo bebió. El lo toma a diario, y ella lo bebe a diario. Pero nunca con mayor alegría y gratitud que hay en el "nacimiento del cáliz". De él ha brotado su vida y la de todos sus hijos: *vinum germinans virgines,* este "vino" ha "hecho nacer vírgenes" [10]. En verdad, *calix praeclarus,* calix salutis perpetuae, un cáliz precioso, maravilloso [11], un "cáliz de salud perenne" [12].

## LA CENA PASCUAL

Y nuestra admiración aumentará más todavía cuando meditemos más profundamente en el milagro. Todavía no conocemos del todo el misterio de este cáliz, el misterio de esta cena. ¿De qué cena se trata? Ya lo hemos oído, de la *Cena Domini,* de la Cena del Señor [13], de la última Cena antes de su Pascua, antes de su tránsito al Padre por la muerte. El mismo la llama su cena pascual. "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer" [14].

[10] Cfr. *Zacarías,* 9, 17.

[11] Cfr. nota 9.

[12] Cfr. *Missale Romanum,* Canon Missae (*Unde et memores*).

[13] *Cena* = comida principal, tomada al atardecer.

[14] *Lucas,* 22, 15; *Breviarium Romanum,* Antífona del Jueves después del Primer Domingo de Pasión (el "primemero" en relación al Domingo de Ramos, llamado ahora *Dominica II Passionis*).

Pero ¿esta última cena del Señor que precede inmediatamente a su prendimiento, es una verdadera Cena Pascual? Según Juan, el día siguiente era el día de la preparación de la Pascua judía, y en la tarde del viernes, a la hora en que Jesús moría en la Cruz, eran sacrificados en el Templo los corderos pascuales [15], de suerte que la cena del Jueves no habría pasado de ser una cena ordinaria. Sin embargo, aun así sigue siendo válida la palabra del Señor. El sabe lo que dice: ésta es *su* Pascua... Como Israel antes del paso del Mar Rojo, así El antes del tránsito al Padre, está ante su Pascua, y el cordero que come con los suyos es El mismo. Y hoy, en la misa de la tarde del Jueves Santo, cuando la *Ecclesia* como heredera de los Doce se reúne en torno del Señor presente en el Obispo (o en el Sacerdote), sigue siendo la Pascua lo que El celebra con ella. Su Pascua y la nuestra. No la antigua Pascua judía, sino la nueva Pascua cristiana. No la figura, sino la realidad. La "pascua mística", la "pascua pura", la "pascua de los creyentes" [16]. Carne y sangre de un Cordero, del "Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo" [17]. Pues, ¿cómo hubiera podido decir el Señor a los judíos: "El pan que yo os daré es mi carne, vida del mundo" [18]. "Mi carne es verdadera comida y mi

[15] Cfr. Odo Casel, *Art und Sinn der ältesten christl. Osterfeier,* "Jb. f. Liturgiewiss." 14 (1934), pp. 54-55.

[16] Canon de Pascua de la liturgia griega compuesto por San Juan Damasceno.

[17] *Juan,* 1, 29.

[18] *Juan,* 6, 52.

sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él" [19]. Lo que El había prometido después de la milagrosa multiplicación de los panes, —con escándalo de los judíos e incluso de algunos de sus discípulos, más débiles— eso lo cumplió ahora en la noche de la última Cena ante la mirada de sus fieles; eso lo cumple hoy entre los descendientes de aquellos fieles, entre los creyentes y bautizados. Bajo las especies simbólicas del pan y del vino éstos reconocen "al carnero de Dios" cuya figura apareció ya en tiempo de Abrahán salvando a Isaac de ser inmolado [20].

## MISTERIO

Pero ¿cómo puede servir de alimento lo que no ha sido inmolado todavía en sacrificio? ¿Cómo puede ser presentada la sangre en el Cáliz si todavía no ha sido derramada en la muerte? Hasta el viernes, en la hora en que se sacrificaba el cordero pascual, no se ofreció el Señor en la Cruz como verdadera víctima pascual. El murió en viernes y, no obstante, ya en la tarde del jueves se dio como manjar [21]. ¿Y no sucede hoy día lo mismo? El Señor ha resucitado para nunca volver a morir; pero, sin embargo, cada día da en alimento a la Iglesia su cuerpo inmolado. ¿Cómo comprenderlo? ¿De dón-

[19] *Juan*, 6, 56-57.
[20] Cfr. *Génesis*, 22, 13.
[21] Cfr. *Casel, o. c.*

de procede la Cena Pascual si el Señor no ha sido sacrificado todavía como Cordero pascual? ¿De dónde procede ese cuerpo inmolado bajo la especie de pan partido, de dónde esa sangre derramada bajo la especie de vino, si el Señor se sienta vivo a la mesa?

La pregunta penetra en el corazón del Misterio en cuanto éste es acción cultual. Porque una cosa es cierta: dondequiera que haya cena pascual, antes ha debido haber inmolación del Cordero Pascual. Por tanto, si el Señor en la víspera de su muerte ya se da en manjar a los suyos, es preciso que ya en ese instante haya sido consumada su Pascua, o sea, su Pasión y Muerte, de una manera tan real y verdadera como en el Viernes Santo, aunque bajo el velo de una acción simbólica. Son pronunciadas palabras de bendición, de acción de gracias, de transustanciación; se parte el pan, se ofrece el cáliz, y el hombre sencillo, que piensa no en conceptos, sino en imágenes, sabe lo que esto quiere decir: aquí y ahora, en la víspera de su Pasión, ya el Señor se ofrece como "carnero de Dios" por los pecados del mundo y se da como manjar a los hombres para que se hagan partícipes de Dios. Por eso, el Gradual de la misa de esta tarde anuncia con razón: "Cristo se ha hecho por nosotros obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de Cruz" [22], y el Evangelio: "Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin" [23]. Antes del hecho sangriento

[22] *Filipenses,* 2, 8; Gradual.
[23] *Juan,* 13, 1; Evangelio.

del Viernes Santo, ambas cosas son ya realidad y actualidad en la Cena simbólica del Jueves Santo.

Pero, lo que sucedió una vez, antes del hecho histórico, también puede suceder después en el futuro siempre que se repita según la voluntad del Señor, "en memoria suya", esta escena simbólica de la Cena. "Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor" [24] nos enseña hoy el Apóstol. Desde un principio los Apóstoles y la Iglesia primitiva han entendido de esta manera las palabras y la acción simbólicas de Jesús en la Ultima Cena: como una actualización cultual de su Pasión y de su Muerte, como un Sacrificio y una Cena pascual. Si la Iglesia sigue haciendo lo que su Señor y Sumo Sacerdote ha hecho en el Cenáculo de Jerusalén, en esa fracción del pan, en esa efusión del vino está representado el sacrificio del nuevo Cordero Pascual: su cuerpo sacrificado y su sangre derramada. Y si lo está su muerte, también su resurrección, su glorificación, su vida divina, inmortal, que es inseparable de su muerte por ser el fruto magnífico de la misma y la manifestación de que el Padre ha aceptado y consagrado el sacrificio del Hijo. Y así, en esta gran "tradición" [25] del día de hoy, en el rito de la Cena simbólica que nos fue "transmitida" para que lo imitáramos, se nos da el Señor mismo. No sólo su palabra, no sólo su doc-

[24] *1 Corintios,* 11, 26; 8.ª Lección de las Tinieblas y Epístola de la misa vespertina del Jueves Santo.

[25] Cfr. Secreta y *Hanc igitur,* ibid.

trina, sino El mismo, el Cristo viviente con todo lo que El hizo y hará por nuestra salud: el Hijo de Dios hecho hombre, crucificado, resucitado y que ha de volver en el último día.

## AMOR HASTA EL FIN

Podría preguntar alguno: ¿Por qué esta "tradición"? ¿Por qué no es suficiente el sacrificio del Viernes Santo? ¿Por qué, además, la continuación mística del Sacrificio instituida el Jueves Santo? No hay más que una respuesta: Porque el Señor nos amó. Porque nos amó hasta el fin. Porque nos amó como esposo. Porque quiso las bodas, la perfecta identificación. Porque debíamos participar en su muerte a fin de que participáramos en su vida. Porque ha amado tanto nuestra libertad que no ha querido redimirnos contra nuestra voluntad, sin nuestra cooperación; porque quería una esposa, no una esclava; porque quería dejarnos en libertad para beber su cáliz o para rechazarlo. Libre participación de Dios, comunidad de muerte y de vida con el Señor —tal es para nosotros, hombres, el sentido de la "tradición" de hoy. Y esto la caracteriza como Misterio. Como Misterio en el sentido verdadero, antiguo y cultual, es decir: *como actualización sacramental de una acción salutífera históricamente pasada, que da participación al hombre en la obra y en la vida divina, arrancándole a sí mismo, introduciéndole en el ciclo de la vida divina y haciéndole uno con Dios, más aún, Dios.*

Esto da su grandeza al Jueves Santo, esto le hace precioso para nosotros: Dios se nos da en el Misterio de la *Cena Domini* y este don es vida. Pero los hombres no pueden apropiárselo más que a través de la muerte. Porque los hombres son pecadores. Sus manos están manchadas. Habían sido creados para *recibir* el don de Dios, como niños, en manos inocentes. Su pecado fue haber querido *arrebatar* el don antes de tiempo. Quisieron coger con sus propias fuerzas el fruto del árbol de la ciencia y así llegar a "ser como Dios", en lugar de esperar la perfección de su estado, de gracia original, en la visión de Dios y en la plena participación del ser y de la vida divina. Había entrado el ansia en el ojo del hombre y la codicia en sus manos y en su corazón. La mano, que quiere poseer, se fue tras el don y lo perdió. Habituado a coger, el hombre echó mano del Dios hecho hombre cuando vino para dársenos.

Pero el instante del más grave pecado es el instante de la más grande gracia. Cuando la mano del hombre, cuyo pecado había comenzado cogiendo el fruto prohibido, atentó contra Dios mismo, llegando así al colmo del pecado, entonces volvió a hacerse capaz de recibir. A ninguna otra mano hubiera Dios colmado con más gusto que a la mano de Judas, una vez que éste dejó, por fin, la bolsa y arrojó el salario de la traición. El, que era el más miserable, en su ceguera no lo reconoció así. Pero la porción más escogida de la humanidad sí que lo comprendió. Bajo la Cruz estaba la Iglesia que recibió el cáliz de salud con la sangre de Dios. En la última Cena Pedro se

dejó lavar los pies, para tener parte en el Señor. He aquí que todo se ha hecho nuevo. El hombre renuncia a su lucha titánica y deja humildemente que se cumpla en él la obra misteriosa de Dios. La hora del nacimiento de la Liturgia ha sonado. Este día la ha hecho posible; pues ella, la Liturgia, es obra y don de Dios que quiere ser recibido, no arrebatado.

## TRADICION

Así se explica el doble aspecto maravilloso del Jueves Santo. Es un día de alegría, porque Dios se da al hombre, y un día de tristeza, porque, para que el hombre pudiera recibir el don, fue necesario el deicidio. La Iglesia celebra hoy con alegría y dolor el recuerdo de una doble "tradición". Celebra el *dies traditionis* [26], "el día santo en el cual Nuestro Señor Jesucristo fue *entregado*" [27] y, al mismo tiempo, el día "en el cual Nuestro Señor Jesucristo *entregó* a sus discípulos el Misterio de su cuerpo y de su sangre" [28]. Los términos *tradere* y *traditio,* siempre que aparecen en la Liturgia de este día, oscilan entre la luz y la sombra de su misteriosa ambivalencia.

En todo caso, significan una "transmisión". *Trado*

[26] Usado ya en los primeros tiempos, así como los demás nombres del Jueves Santo. Cfr. Hermann Schmidt, *Geist und Geschichte des Gründonnerstags.* "Liturg. Jb." 3 (1953), pp. 241 s.

[27] *Missale Romanum,* Canon Missae (*Communicantes*).

[28] *Ibid.* (*Hanc igitur*).

(de *trans* y *do*) quiere decir, a la letra, que yo doy del todo una cosa soltándola de mi mano y pasándola a otra. Si yo entrego así una cosa, ya no tengo ningún derecho, ningún poder sobre ella. Derecho y poder pasa a su nuevo propietario. En una tal transmisión puede haber la más noble, aunque la más dolorosa, renuncia a una cosa muy querida, en el caso de que la necesidad nos fuerce a despojarnos de ella. Puede haber también en tal *traditio* una pura alegría cuando un gran amor al que la recibe convierte la ofrenda en un don libre, en un regalo de un corazón amante. Pero por otra parte, puede haber traición e infidelidad, en desprenderse de un bien entregándolo a otros, cuando se trata de algo de lo que uno no puede desprenderse, de algo a lo que uno está ligado hasta la ruina y la muerte, que uno ha de defender y conservar hasta la última gota de su sangre. O cuando se reconoce que la mano en la que se va a dejar el don no es pura ni cuidadosa, no es fiel ni segura, que va a profanarlo y a echarlo a perder. Esto vale de cosas y mucho más de hombre; vale especialmente de las doctrinas y conocimientos, y ante todo de los Misterios de la fe y del amor, de la presencia y de la acción del Dios en el hombre, de todo lo que del más allá ha sido confiado a nuestra vida terrestre, de los *pignora aeternitatis,* de las prendas del mundo divino.

Una de éstas fue confiada a los discípulos, les fue entregada por Dios mismo: el hombre Jesús y en El la presencia corporal de Dios, el Evangelio del Agape del Padre. Por El —y ésta es la *traditio* de este

día, que en los Apóstoles, como primicias de la Iglesia, se nos dio también a nosotros— por El, el Misterio del pan y vino eucarísticos, de la carne y de la sangre sagradas de Cristo, del sacrificio expiatorio y vivificante, del manjar de inmortalidad, de las arras de una vida en la Gloria de Dios. Uno se asusta ante la grandeza de estos dones; uno se asusta, humanamente hablando, ante la osadía de Dios que pone un tal don, mejor dicho, el único don —El mismo en la persona de su Hijo— en manos tan miserables, y lo entrega a una protección tan dudosa. Y en realidad, esta incomprensible empresa de Dios fracasa (de nuevo, humanamente hablando). La *traditio* de Dios, que se dio en su Hijo a los hombres para que ellos se lo dieran unos a otros, esta cadena de una *traditio* tan maravillosa y planeada con tanto amor, se rompió desde el principio. La amorosa donación que Dios hizo de Sí mismo se convierte por culpa del hombre en abandono de sí mismo; y en lo que al hombre se refiere, en malversación de lo que le ha sido confiado, en traición y en deicidio. En el instante en que alcanza su culmen el sacrificio que Dios hace de sí mismo en el Misterio de este día —el sacrificio y la cena eucarística— precisamente en este instante rechaza el hombre la mano de Dios, le traiciona vendiéndole a su mortal enemigo y abandona el Misterio de Dios.

Esto es lo espantoso de este día, lo que verdaderamente hace estremecer de horror: esta unión inseparable de Agape divino y de infidelidad humana. Produce dolor el verlo, amargo dolor, porque no es sólo

Israel quien se aparta, ni es sólo Jerusalén quien quebranta su fidelidad, ni sólo Judas quien traiciona, sino que también Pedro reniega y los hijos de la Iglesia están asimismo expuestos a la tentación de infidelidad, de apostasía, de traición, y una y otra vez sucumben a ella en las horas de debilidad. Este dolor —es no sólo dolor *nuestro,* es ante todo dolor de Cristo, que vive en su Iglesia—, este dolor es un rasgo esencial de este día.

## LAS TINIEBLAS

Este dolor alcanza su plena expresión en el Oficio de la noche del Jueves Santo. Ya la forma primitiva de las Horas, mantenida en estos últimos días antes de Pascua [29], y que tiene algo de insólito, de austero y arcaico, podría dar la impresión de un Orden litúrgico encaminado a sabiendas a la seriedad y a la tristeza. En todo caso, ésta es la impresión que con frecuencia, ha producido y sigue produciendo, y los liturgistas medievales no han dejado de interpretarla en este sentido; aunque, probablemente, en este caso no haya entrado en juego más que "la ley de la conservación de lo antiguo, en un tiempo de gran riqueza litúrgica" [30].

[29] Las horas se empiezan sin el *Deus in adiutorium,* los Maitines, sin el Invitatorio. Se suprimen himnos, capítulos, versículos, *Te Deum* de Maitines, etc. Cfr. además Bugnini-Braga, *o. c.,* p. 65.

[30] Cfr. el artículo así titulado de Anton Baumstark en "Jb. f. Liturgiewiss." 7 (1927), pp. 1-23.

Una impresión parecida produce la manera particular de apagar los cirios en las Tinieblas de estos tres últimos días de la Semana Santa. Es conocida la costumbre. Un gran candelero en forma de triángulo sostiene quince cirios [31] que son apagados uno tras otro, al fin de cada uno de los salmos de los Maitines y de los Laudes, hasta que no queda encendido más que el cirio de la punta del candelero. A éste no se le apaga, sino que se le retira encendido del candelero y se le mantiene oculto detrás del Altar durante la última oración: después se le saca afuera y se le vuelve a colocar en su sitio de antes. Esta costumbre, que puede explicarse muy sencillamente por razones meramente prácticas [32], recibió pronto una interpretación simbólica: la extinción de los cirios representa la huida de los discípulos y de los apóstoles al comienzo de la Pasión de Jesús. El único que queda encendido, que se oculta y se saca de nuevo colocándole en la cúspide del candelabro, es la imagen del Señor abandonado de todos que va solo a la muerte, pero no permanece en el sepulcro, sino que resucita y resplandece en una nueva vida. Esta misteriosa cos-

[31] El número de los cirios ha oscilado, según tiempos y lugares, entre 7, 9, 12, 14, 15 y 24. El número de 15 corresponde a la suma de los *Salmos* que se rezan en Maitines y Laudes (9+5). Por lo que se refiere al cirio sobrante, v. más arriba.

[32] O bien —se dice— se han ido apagando uno tras otro los cirios a medida que iba aumentando poco a poco la claridad de la aurora, o bien se ha querido indicar, apagando los cirios, el número de *Salmos* ya recitados. Cfr. Bugnini-Braga, *o. c.* y Eisenhofer, *o. c.*, p. 514.

tumbre de los cirios ha ejercido desde siempre una impresión cuando menos momentánea y a veces duradera, sobre los asistentes a las *Tinieblas* [33], sobre todo en unión con la otra misteriosa costumbre de las "Tinieblas", el *strepitus*, ruido confuso de golpes [34], que, según la interpretación simbólica de los comentaristas medievales, representa los espantosos fenómenos naturales que acompañaron la muerte de Jesús, una especie de irrupción del Caos, aunque también en este caso la Historia podría hacer remontar el origen de esto que parece lleno de significación a simples motivos de orden práctico [35]. Pero, aunque sea así, es cierto que no necesitamos atender sólo a estas formas externas de las Tinieblas para percibir la tristeza de Cristo por la traición de los suyos, la inutilidad aparente de su pasión en este aspecto y la compasión de la Iglesia. El rezo mismo, en íntima participación a estas cosas, nos da una inteligencia mucho más profunda de las mismas.

[33] Jean-Louis Barrault, el actor francés, intérprete de Claudel en el teatro, habla del "extraordinario drama de los cirios que van siendo apagados uno tras otro hasta que el último es escondido detrás del altar, como para conservar la última llama, el alma del mundo, que está en vela durante la muerte de Cristo..." Cfr. Eduard-Maria Lange, *Besuch bei Claudel* en "Michael", número del 8 de agosto de 1954.

[34] Lo producen los que participan en el Oficio, golpeando todos a una con los nudillos sobre la sillería del Coro.

[35] En su origen probablemente no era más que una señal para indicar el fin del Oficio.

## EL PRIMER NOCTURNO

Como en los días y noches precedentes, oímos la voz de Cristo y de la Iglesia —estas dos voces que no son más que una— en las palabras proféticas del Antiguo Testamento. En los *Salmos* de David, en las Lamentaciones del profeta Jeremías resuena la gran lamentación fúnebre de los tiempos antiguos, que sólo ahora, en la boca de Cristo y de su Iglesia, nos revela su verdadero sentido. Tanto en ésta como en las noches sucesivas los *Salmos* han sido escogidos con cuidado, colocando a cada uno bajo una antífona que, tomada del salmo, hace ver por qué se canta en este día y hora.

"Porque me consume el celo de tu casa; los denuestos de los que te vituperan caen sobre mí" [36]. Con esta antífona se inicia de manera impresionante la vigilia de Jueves Santo, y en seguida nos sentimos en el centro de la realidad. escondida no sólo en este único Salmo, sino más bien en todas *las Tinieblas*; y, en verdad, incluso en el centro de toda la liturgia de la Pascua. Reconocemos sin esfuerzo la palabra del cantor y suplicante del Antiguo Testamento como una revelación que Cristo hace de sí mismo, semejante al gran discurso del "Yo soy" del cuarto Evangelio. Es cierto que no es tampoco mera casua-

[36] *Salmo 68,* 10; 1.ª Antífona de las Tinieblas del Jueves Santo.

lidad, que precisamente el autor de este Evangelio al hablar de la expulsión de los mercaderes del Templo se acuerde de estas palabras del *Salmo* que se confirman aquí y ahora como una verdadera Profecía de Cristo [37]. El látigo en la mano de Jesús lo dice más claramente que las palabras: "El celo de tu casa me devoró". Según los Sinópticos, la expulsión de los mercaderes ocurrió el Domingo de Ramos, inmediatamente después de la entrada triunfal en Jerusalén; así que el Señor la realizó casi de cara a la muerte. Pocos días después había de consumar en la Cruz, padeciendo, lo que había comenzado en el Templo, haciendo. Su "celo" por la verdadera casa de Dios en la tierra le llevó consecuentemente del Templo a la Cruz, del testimonio de la palabra y de la acción al testimonio de la sangre: su celo le consumió hasta la última gota de sangre.

Así la Antífona arroja su luz sobre todo el Salmo iluminándole en todas sus partes como profecía del Salvador paciente. "No hay duda —dice San Hilario—, el *Salmo 68* contiene el Misterio de la Pasión del Señor —*sacramentum passionis Domini*" [38]. Volvemos a encontrar aquí las palabras que nos conmovieron el martes pasado: *dominicae passionis sacramenta peragere*. Lo que la oración pedía, una verdadera participación en la Pasión del Señor, nos lo pone ante los ojos el *Salmo* profético; hace que el drama se desarrolle ante nosotros. Desde la primera

[37] Cfr. *Juan*, 2, 17.
[38] Hilario, *In Psalmo* 68, I.

palabra hasta la última va trazando un cuadro de la Pasión de Cristo: le presenta como el hombre a quien "llegan las aguas hasta el cuello" [39]; el que como Jonás, bajo las olas del mar, clama al Padre "desde el cieno del fondo" [40]; el que, rodeado de crueles verdugos, cubierto de burla y de escarnio, de injurias y de ignominia, levanta no obstante la cabeza intrépidamente. y consciente de su filiación divina invoca el juicio y la venganza de Dios sobre los impíos, no para perderlos, sino para mejorarlos y convertirlos, de una horda del demonio, en una comunidad de adoradores y amadores de Dios. Es un cuadro parecido al que nos ofrecían en las noches anteriores las lecciones de Jeremías. En efecto, a través de lo sombrío y en apariencia desesperanzado de las desnudas imágenes de Pasión, el Salmo nos conduce hacia el final dichoso. El que ha sido devorado por su celo por la causa de Dios se muestra no como una víctima sacrificada sin sentido, sino agradable a Dios" [41], y el "pobre" y "el paciente" [42] que en su tormento clama en vano por un "consolador" [43], se encuentra al fin sano y salvo en una Sión liberada y reconstruida, mejor aún, en un mundo redimido y nuevo [44] y en una comunidad exultante de

[39] *Salmo 68,* 2. Según la nueva versión latina del *Salmo.* La Vulgata traduce de un modo menos concreto y, sin embargo, más enérgico: "hasta la vida".

[40] *Salmo 68,* 3.

[41] Cfr. *ibid.,* vers. 32.

[42] *Ibid.,* vers. 30.

[43] *Ibid.,* ver. 21.

[44] *Ibid.,* vers. 35-36.

júbilo que —esto ya no lo dice el *Salmo,* pero lo sabe y lo dice la *Ecclesia*— recibe la vida de la muerte de su Salvador.

El tono agudo de la vida, de la victoria y de la alegría vuelve a dominar aquí caracterizando el *Salmo* como una pieza auténtica de la liturgia pascual. De igual manera el breve *Salmo 69* que le sigue, y que parece un compendio de lo anterior, expresa más bien el ánimo y la segura confianza del siervo de Dios oprimido que su tristeza y sus lamentos y el *Salmo 70* pone fin al triple acorde de la salmodia del primer Nocturno con la oración del anciano víctima de la opresión. Esta oración refleja la Pasión del Hijo de Dios que desde su juventud sobrenatural y divina ha pasado a la vejez y decrepitud de la carne humana pecadora, y acaba también con palabras de confianza y de firme esperanza, e incluso con un alegre cántico de alabanza.

## LAS LAMENTACIONES

Es verdad que las tres lecciones que siguen precipitan de nuevo al alma en un sufrimiento al parecer sin salida. Como en el Domingo de Ramos volvemos a ver frente al Señor —como verdadera causa de su Pasión y de la amargura sin fondo de su dolor— a la esposa infiel, al pueblo escogido y vuelto prevaricador, a la ciudad querida y ¡ay! traidora, entregada al Juez divino a quien ella ha tenido la osadía de juzgar. Este cuadro estaba ante los ojos del Señor,

cuando, inmediatamente después de su entrada triunfal en Jerusalén, lloró sobre la ciudad que se había negado obstinadamente a todos los llamamientos de su amor, incluso a este último. A nosotros se nos presenta hoy, en la Vigilia del Jueves Santo, como lamentación [45] del profeta Jeremías [46], espantosa en el lenguaje realista de un hombre que ya en su tiempo fue testigo ocular de una horrible destrucción de Jerusalén [47].

## LA TENTACION EN EL MONTE DE LOS OLIVOS

Pero por sobrecogedora que sea su descripción, queda no obstante muy lejos de lo que en aquellos días, entre la entrada en Jerusalén y el prendimiento del Jueves Santo, pasó ante la mirada omnisciente del Señor: la ruina cercana de Jerusalén bajo las armas romanas. En el Monte de los Olivos, a la vista del Templo refulgente, Jesús había predicho al pequeño grupo de los Doce, este cuadro del terror venidero, a

[45] En griego *threnos,* en latín *lamentatio,* de ahí que las lecciones del primer Nocturno sean llamadas "Lamentaciones". No son tanto lecturas como cantos fúnebres, cuya antigua melodía, que se remonta quizá a la Sinagoga, acentúa todavía más la impresión que produce el texto. Cfr. Photina Rech, *Die Lamentationen der Kartage.* "Osterbrief der Abtei v. Hl. Kreuz zu Herstelle" (1950), pp. 16-30.

[46] Sobre la atribución de este texto al Profeta, cfr. Tharsicius Paffrath, *Die Klagelieder* (1952), pp. 6 ss.

[47] Bajo Nabucodonosor, 587 a. C.

fin de quitarles su funesta confianza en la magnificencia y solidez exteriores y confirmar su fe en Aquel que podía destruir el Templo de Dios (un otro, es verdad, más precioso que el que admiraban los discípulos) y edificarle de nuevo en tres días.

Estas imágenes de los padecimientos pasados y futuros de su pueblo —junto con la visión profética del fin del mundo, que El hizo surgir ante sus discípulos en estos últimos días de su vida— eran para el Señor mismo algo tan horrible y atormentador que ningún consuelo humano podía librarle. Por eso es sobremanera significativo que la Iglesia haya incluido las Lamentaciones de Jeremías en la liturgia de las Tinieblas. La lamentación profética tiene en este momento, casi en la Vigilia de Pascua, una función importante. Es, en efecto, una mirada a la ruina segura y próxima de Jerusalén, a la dispersión de Israel, a los indecibles sufrimientos del pueblo y al mismo tiempo, a su dureza de corazón y a su repulsa del Mesías —esta visión de la culpa y de los padecimientos de Israel, al comienzo de su camino pascual debía turbar profundamente al Señor, a lo menos en el ámbito de su naturaleza humana. Era, por así decirlo, el cebo que Satán le arrojó en la noche del Monte de los Olivos para prender en el anzuelo a este precioso pez (cuya esencia no podía conocer quien había sido cegado por Dios) y atraerlo a las aguas muertas de su reino. Es verdad que ya antes, en el desierto, había experimentado el Corruptor la resistencia sobrehumana del hombre Jesús, pero sin que llegara a reconocerlo con seguridad como el

Hijo de Dios. Por eso el Tentador, entre risas de burla, renueva su intento en el instante en que la posición de Jesús, según la humana comprehensión, estaba debilitada hasta el extremo. Rodeado de enemigos, seguro de una muerte cercana, el Señor tenía que reconocer a la vista de su pueblo, miserable, descarriado y casi perdido, la inutilidad de su Encarnación, de su Pasión y Muerte, el cruel fracaso de su obra de amor —tenía que dudar.

Tal vez así, instruidos por la lectura litúrgica de la Escritura podremos comprender la noche del Señor en el Huerto de los Olivos. Aunque, ¿quién de nosotros, hombres, puede penetrar en el Corazón de un Dios-Hombre y comprender realmente sus padecimientos, su tentación? Apenas si se pueden entrever cuando en los primeros Salmos del Oficio nocturno contemplamos al Señor en su Pasión e inmediatamente después, en las Lamentaciones, oímos su queja sobre Sión, más aún, el lamento de la ciudad misma.

## LAMENTACION SIN FIN

Se lamenta de su dolor, en lugar de todo el pueblo. Israel, Jerusalén, la ciudad santa, era la novia, la esposa de Yavé. Pero se ha prostituido con pueblos extranjeros y con sus dioses, porque esperaba más de ellos que de Yavé el esposo de su juventud. Y ha quedado duramente decepcionada: los amantes extranjeros han abusado de ella y la han

abandonado después a la ignominia. Su santuario ha sido profanado por los paganos. Sus sacerdotes, sus vírgenes están afligidos porque ya no se celebran sacrificios solemnes ni se bailan danzas sagradas. Los caminos que conducen al Templo están desiertos, abandonados y silenciosos; ya no se oyen los sagrados cánticos de los peregrinos. Está sentada sola y desierta, quejándose —rechazada y abandonada tanto por su verdadero esposo, justamente enojado, como por los falsos amigos—. Desolada, tiene los ojos fijos en la lejanía por donde sus hijos que le han sido arrebatados "marchan cautivos ante el opresor" [48]. Sólo la queda una única esperanza: se lamenta ante la faz de Yavé: ¿percibirá El en sus gemidos la voz del arrepentimiento y la confesión de su culpa? ¿Se compadecerá de ella?

Nuestra época, nuestra generación comprende sin dificultad los antiguos lamentos de Sión. Hemos visto a los descendientes lejanos de esta desdichada, a los judíos de nuestros días, desaparecer en una nube de exterminio que ahogaba hasta la misma queja. Hemos tenido que contemplar con horror cómo en Alemania gobernantes obcecados se constituyeron injustamente en vengadores de una culpa que ellos —impíos como eran— no podían de ninguna manera comprender. Al mismo tiempo hemos visto también los caminos de dolor de otros pueblos y los de nuestros propios hermanos: fugitivos sin cuento, personas arrastradas lejos de sus hogares,

[48] *Lamentaciones,* 1, 5; 1.ª Lamentación.

transplantada contra su voluntad, prisioneros, torturados, deshonrados. Hemos visto nuestras ciudades en llamas y en ruinas, nuestras viviendas asoladas, nuestras iglesias profanadas y derruidas. Y ni siquiera una sola vez hemos tenido la gracia de poder lamentarnos como Sión. Porque los hombres de nuestros días han olvidado "quejarse" y "gloriarse", porque, en una larga medida, han perdido a Dios. El impío sufre y muere sin queja ni gloria; pues la queja se queda delante de Dios, y la gloria glorifica a Dios. "Los himnos se marchitan en el corazón de aquellos que no alaban a Dios" [49]. La queja es también un himno, un himno de signo negativo, pero, con todo, un himno: también la desgracia que procede de la culpa alaba a Dios cuando reconoce su origen.

Habiendo pasado por tales experiencias hemos adquirido, precisamente a través de ellas, una comprensión enteramente nueva del antiguo lamento de Sión. Ya no es sólo el pueblo del profeta Jeremías, ya no es sólo la Jerusalén del tiempo de Jesús los que en las Lamentaciones de nuestras Tinieblas alzan sus quejas y provocan las de otros. Ahora, esta aflicción sobre los muros de Sión crece, sobrepujando el tiempo y penetrando en lo perdurable. Ahora, esta ciudad derruida y desierta presenta múltiples rostros. Son los *deserta saeculorum,* las "devastaciones de los siglos" [50] que desde ella nos miran fija-

[49] Agustín, *In Psalmo 72, 6.*
[50] *Isaías,* 58, 12.

mente; viejos escombros, y en medio de ellos, algunos que nos son conocidos —casas queridas que murieron demasiado pronto. Todavía sigue lamentándose Jerusalén, sigue lamentándose Judá; y se lamentan también todos los pueblos y épocas, se lamenta la humanidad entera. Nos lamentamos también nosotros, y por todos nosotros se lamenta la verdadera y eterna esposa, la que ha permanecido fiel, la *Ecclesia*.

Se lamenta aquí y ahora, en las Tinieblas del Jueves Santo, ante la faz de Dios, por los pecados de la hija de Sión, por los pecados del mundo, y en primer lugar por los pecados de todos sus hijos. Ella, la *Ecclesia* de Dios, la iniciada en su misterioso designio —está sentada, en esta vigilia, sobre las ruinas de los tiempos y llora el pecado de todos los hombres. Llora por sí y por sus hijos: llora también por los que no tienen lágrimas, llora de misericordia por éstos que son los más desgraciados: pero llora mucho más todavía por amor a Cristo, su Esposo. Llora viéndole esta noche postrado en el Huerto de los Olivos, abandonado por los más fieles de los suyos, traicionado por su Apóstol, cargado con los pecados de Sión, con los pecados del mundo, y al parecer abandonado hasta por el mismo Dios, su Padre.

Este hombre abandonado en Getsemaní también se lamenta, y no encuentra tampoco a nadie que le consuele; y también él llora. No lloran sus ojos, llora todo su cuerpo —no lágrimas, sino sangre. Gracias a esta sangre, es escuchado el lamento de la

hija de Sión —si ahora no, al fin de los tiempos. Gracias a esta sangre es escuchado el lamento de la Iglesia —ahora, en este instante. Y es escuchado así: Dios, el Padre, toma los pecados del mundo y los carga sobre el Hijo inocente; toma al inocente cargado de pecados y venga en él los pecados de todos los pecadores. Así, el culpable es perdonado, y el inocente, tentado. Tentado de retirarse; tentado de intervenir en el plan de salvación para librarse a sí mismo; tentado de dudar del fruto de su muerte, porque sabe que el grano cae ciertamente en tierra y muere, pero el germen amenaza de ser sofocado por el pecado del mundo que está siempre retoñando.

En esta noche, la *Ecclesia* se lamenta por este inocente así tentado, padece con él; presta voz a su aflicción en los Responsorios que siguen a las Lamentaciones. Hoy sí que llevan este nombre con la mayor razón: son la "respuesta" a la lamentación de la humanidad. La Pasión del Hijo es la respuesta del Padre al grito de dolor de los pecadores atribulados; pueden "descansar" [51] en esta Pasión. Pues Cristo "ha cargado con nuestros pecados, y padece por nosotros; ha sido herido a causa de nuestras iniquidades. Con su sangre hemos sido curados. Verdaderamente, tomó sobre sí nuestra enfermedad y cargó con nuestros dolores" [52].

[51] Cfr. la meditación sobre el Domingo de Ramos, pp. 29 s.

[52] Cfr. *Isaías,* 53, 5 y 4; 3er. Responsorio de las Lamentaciones.

Así habrían de reconocerlo llenos de gratitud, después de los neófitos, ante todo, los *poenitentes,* los pecadores públicos, a quienes en otro tiempo se les volvía a admitir en este día en la comunidad del Cuerpo de Cristo, en la *Ecclesia.* Al mismo tiempo que de las penalidades de la penitencia quedaban también verdaderamente libres del peso de la culpa y, por el abandono del Señor, se convertían en "allegados de Dios" [53]. La práctica penitencial de la Iglesia ha cambiado; ya no se exige la penitencia pública, y el Jueves Santo ha quedado empobrecido en un rito que echamos de menos porque correspondía profundamente a la esencia de este día. Porque, el que es tentado y da buena prueba de sí en el Huerto de los Olivos, se preocupa de aquellos que son tentados y con frecuencia sucumben. Aun en medio de su tristeza y de su angustia mortal mira a los que están amenazados: "Mi alma está triste hasta la muerte. Quedáos aquí y velad conmigo" [54]. "Velad y orad, para que no caigais en la tentación" [55]. Y en las Lecciones de San Agustín, del segundo Nocturno, vemos las manos del crucificado exten-

[53] *Pontificale Romanum,* De reconciliatione poenitentium, p. 343.

[54] *Mateo,* 26, 41; 2.º Responsorio de las Lamentaciones.

[55] *Mateo,* 26, 41; 1er. Responsorio de las Lamentaciones.

didas hacia los pecadores: "El Señor... extendía sus manos hacia un pueblo incrédulo y recalcitrante (a la letra, contradicente); y, sin embargo, esperándolos también a ellos, decía: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen' " [56]. En el instante en que se comete en él el mayor pecado del mundo, su mirada busca a aquellos que han cometido este crimen, para atraerlos también a sí, como lo había prometido después de su entrada en Jerusalén. Apenas comienza a padecer, apenas comienza a correr su sangre, cuando ya busca y encuentra corazones que purificar y vivificar. ¡Cuán eficazmente expresaba en otro tiempo el rito de la reconciliación de los penitentes esta amorosa actitud del Señor! Aun antes de que el grano de trigo haya caído y muerto en la tierra, daba ya, en la reincorporación de los pecadores, su primer hermoso fruto. El segundo maduraba en la noche de Pascua: en la regeneración de los neófitos. *Augemur regenerandis, crescimus reversis,* dice la *Ecclesia* en la reconciliación de los penitentes, dichosa de la doble cosecha de vida nacida de la única muerte fructífera; "aumentamos a causa de aquellos que renacen; crecemos a causa de aquellos que retornan" [57].

[56] Agustín, *In Psalmo 54,* 12 (con citas de Isaías, 65, 2, *Romanos,* 10, 21, y *Lucas,* 23, 14).

[57] *Pontificale Romanum,* De reconciliatione poenitentium, p. 341.

Es como si esta visión de la salud nacida del desastre de la muerte y del pecado, comunicara al desarrollo ulterior de las Tinieblas una tenue claridad, una lucecita de esperanza. Ante todo, las Lecciones de San Agustín, antes mencionadas —un comentario del *Salmo 54*— nos enseñan a ver y a amar en los pecadores a futuros hermanos, y reconocemos con gozo que el mundo "ha sido domado por la cruz, no por el hierro" [58].

Pero también en los salmos del segundo Nocturno brilla ya la gloria cercana de la Resurrección y de la Exaltación de Aquel que hoy entra en su Pasión. El esplendor real de la soberanía, de la soberanía universal, domina el *Salmo 71*. El *Salmo 72* discute ante Dios y con Dios, en lenguaje de oración, acerca de la incomprensible, y para los justos escandalosa, felicidad de los pecadores, encontrando la solución en estos versos casi pascuales: "Tú me has tomado de la diestra, me gobiernas con tu consejo y al fin me acogerás en gloria" [59]. Aquí está en pocas palabras toda la Pascua: el camino de la humillación extrema a la gloria. La Pasión no es descenso, sino subida radiante, "ascensión" a la gloria del Padre [60].

[58] Agustín, *o. c.*, 12 y 4.

[59] *Salmo 72*, 24; cfr. Gradual del Domingo de Ramos, Pascua anticipada.

[60] Cfr. *Lucas*, 9, 51 en donde la Pasión, la Pascua del Señor, están claramente designadas como "ascensión"; a

Así, pues, los dos *Salmos* tienen por contenido Cristo y su Pascua. Pero nada nos impide oír también en ellos la voz de la Iglesia, ya que ella participa en los padecimientos y en la gloria de su Cabeza. Por el contrario, el *Salmo* tercero (73) del segundo Nocturno parece imponer un nuevo retroceso a la alegría que ya empezaba a florecer. Todo vuelve a ser en él llamadas de auxilio y súplicas de represalias. Sin embargo, la imagen del Dios Creador, que brilla inesperadamente en medio del Salmo, no deja ninguna duda sobre quién es el que en realidad tiene todo en sus manos; de suerte que tampoco este canto carece de una perspectiva luminosa.

## JUDAS

Los Responsorios, al contrario, exhalan, de nuevo, un dolor profundo. Antes era la culpa de Israel y de Jerusalén, en definitiva, la de toda la humanidad pecadora, la que abrumaba al suplicante del Huerto de los Olivos; ahora esta multitud de pecadores y de pecados se condensa en una sola persona y en un solo acto, en *el* pecador y en *el* pecado de este día: Judas, el que traicionó al Salvador. Una vez más se abre paso un dolor personalísimo de Jesús: "Mi amigo me traicionó con la señal del beso" [61]. "Uno de mis discípulos me traicionará hoy". "El que mete

este propósito V. Odo Casel, *Das christl. Festmysterium* (1941), p. 69.

[61] 4.º Responsorio de las Tinieblas (adaptación libre).

conmigo la mano en el plato, me entregará en las manos de los pecadores" [62].

¡Terrible "tradición" la de esta noche! El corazón de la *Ecclesia* tiembla también con el Señor a la vista del amigo traidor. También se aflije por el hombre que sucumbió a tal tentación —en la misma noche en que Jesús resistió al tentador hasta la sangre. *Vae illi per quem tradar ego,* "¡ay de aquel por quien seré entregado!", oímos decir al Señor. "Mejor le hubiera sido no haber nacido" [63]. Y la *Ecclesia* suscribe: "Judas, pésimo negociante... Por unos cuantos denarios ha entregado el Señor a los judíos" [64]. La Iglesia queda aterrada ante el misterio de esta culpa que según el plan de Dios *tenía* que darse —"el Hijo del hombre se va, como está escrito" [65]— pero que, no obstante, constituye culpable a su autor. *Erat autem nox* [66], dice Juan con un doble sentido misterioso, cuando cuenta que Judas salió del Cenáculo, "era de noche". Noche del pecado, noche de la muerte, noche, ante todo, del inescrutable misterio de Dios que encierra en su oscuridad la culpa y la redención, la traición y la salud, entretejiéndolas inextricablemente. Ante esto, como ante toda acción misteriosa de Dios, no le queda al hombre más que la admi-

[62] 6.º Responsorio de las Tinieblas (adaptación libre).
[63] *Mateo,* 26, 24; *Marcos,* 14, 21; *Lucas,* 22, 22; 6.º Responsorio de las Tinieblas.
[64] 5.º Responsorio de las Tinieblas (adaptación libre).
[65] *Mateo,* 26, 24.
[66] *Juan,* 13, 30.

ración silenciosa, la adoración muda, el temblor sagrado ante el "enteramente Otro".

Así se comprende que, en realidad, sólo el Oficio de la noche se acuerde de la suerte de Judas; la misa vespertina, verdadera cumbre del día, no le menciona más que en la Oración y eso fugazmente. Más a menudo y con mayor insistencia le nombra la liturgia de Milán, en su misa de este día. No sólo ordena leer el relato de la Pasión hasta la negación de Pedro —incluidos, por tanto, la última Cena, la designación del traidor y el beso de Judas en el Huerto—, sino que, además, inmediatamente antes de esta lectura tan propia del día, inserta dos cantos tomados del Evangelio [67] que ambos a dos se refieren al prendimiento y añaden a la citación literal de la Escritura una conclusión casi idéntica: *Traditis ad crucifigendum, tradis ad crucifigendum.* El segundo texto contiene el breve relato del beso de Judas y la pregunta del Señor invitándole al arrepentimiento: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" Todavía resulta más emocionante cuando, después de la lectura de la Pasión, se canta, a manera de Antífona, la bella oración para la Comunión de la Iglesia griega: "Hijo de Dios, tú me admites hoy como comensal en tu maravillosa Cena. Yo no entregaré tu Misterio a tus enemigos; yo no te daré un beso como Judas, sino que, como el buen ladrón, confesándote, digo: Acuérdate de mí, Señor, en tu reino." Así, una de las dos "tra-

[67] *Marcos,* 14, 49 y *Lucas,* 22, 47 s.

diciones", la mala, tiene en esta Liturgia un acento más marcado que en la romana con lo cual resalta tanto más agudamente la tajante oposición de ambas *tradiciones,* la desgarradora tensión entre la "tradición" del amor de Dios y la del odio del hombre.

## EL TERCER NOCTURNO

La liturgia romana, por el contrario, después del segundo nocturno, se orienta más resueltamente hacia la gran "tradición" del Misterio. Leemos, repartido en dos lecciones, el relato de la Cena de la *Primera Carta a los Corintios,* que sirve también de Epístola en la misa vespertina de este día, en la que ocupa un lugar importante como recuerdo literal de la "Tradición del Misterio". Como novena lección de las *Tenebrae* figuran los versículos siguientes de la *Primera Carta a los Corintios* con la advertencia sobre la recepción indigna del Misterio de la Cena Sacramental. Así está puesto de relieve, con severa gravedad, el pensamiento del Juicio en que incurre aquel que la recibe indignamente, el traidor a una tan amorosa "tradición".

Aquí apunta una vez más la cercanía de Judas a quien se mencionará en el octavo Responsorio y precisamente en una advertencia del Señor a los demás Apóstoles (y en ellos, también a nosotros). Judas es propuesto a la inercia de los buenos como un ejemplo de celo: "Así, ¿no habéis podido velar una hora conmigo, vosotros que me habíais prome-

tido morir por mí? ¿No véis a Judas cómo no duerme, sino que corre a entregarme a los judíos? ¿Por qué dormís? Velad y orad, para que no caigáis en la tentación" [68]. Palabras graves del Señor, pero al mismo tiempo muy íntimas y directas, a la manera profunda de muchas fórmulas griegas e inspiradas sin duda por ellas. Podrían servir de exhortación en todas las velas nocturnas.

La proximidad del Juicio, sentida en todas las Vigilias, porque en todas se espera en vela al Señor y su última venida, se percibe claramente en este Responsorio así como en las Lecciones. La impresión se hace todavía más fuerte en los tres *Salmos* del tercer Nocturno. Todos ellos contemplan al Señor como Juez, en pleno acuerdo con la Pascua de cuyo comienzo inmediato dice el Señor: "El príncipe de este mundo está ya juzgado" [69]. El cadáver del Hijo de Dios en la cruz lo atestigua: Dios ha juzgado. Ha juzgado el pecado del mundo y lo ha vengado en su Hijo hecho hombre.

[68] Adaptación libre de *Mateo,* 26, 40 y *Lucas,* 22, 46, sin duda siguiendo una versión griega. Cfr. Karl Kastner, *Praktischer Brevierkommentar* (1923) I, p. 225 y la bibliografía contenida en esta obra.

[69] *Juan,* 16, 11.

Así termina el Oficio de la noche. Trasladado por el Nuevo *Ordo* de la Víspera por la tarde a las primeras horas de la mañana o a las últimas de la noche [70], da paso con los Laudes a uno de los días más plenos, más ricos en bienes de salvación de la Semana Santa. Son los Laudes habituales de las ferias de Cuaresma que hoy, enriquecidos con una Antífona, presentan un aspecto enteramente nuevo y están del todo marcados con el sello del día. Una vez más vuelve a dirigirse nuestra mirada a la "doble traditio": La Antífona del Benedictus habla del traidor; la Antífona del Cántico de Moisés, en cambio, se refiere con la bella expresión *refectio sancta,* a la *Cena Domini* que, como verdadera cumbre del día, nos espera en la Misa de la tarde.

[70] *Mane, hora competenti,* dice el *Ordo* acerca de la hora del Oficio. Si por *hora competens* se entiende la que "corresponde" a la esencia de las Tinieblas, ésta no puede ser otra que la noche, las últimas horas de la noche, de suerte que el último cirio (el que no ha sido apagado) del Triángulo juntó su luz a la del alba, y el Benedictus sea cantado, como de ordinario, al salir el sol (*mane*). Cfr. Bugnini-Braga, *o. c.*, p. 84, nota 2.

Es un irse acercando en fiesta a lo largo del día hasta la tarde, aunque para la mayor parte de los fieles sólo el trabajo de los días laborales llene las largas horas. Pero nada impide, aun en medio del trabajo, mantener vivo el deseo del corazón que anhela la llegada de la tarde en la que hemos de recibir de las manos del Señor la grande, la santa "Tradición", el Misterio perenne, la Liturgia perpetua del Sacrificio y de la Cena, por la que el Hijo de Dios hecho hombre quiso convertir en presencia continua la obra de nuestra Redención. ¿Cómo podría ser nuestro deseo menor que el del Señor mismo a quien una semana antes ya oíamos decir: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar,* "ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer"? [71]. Le urgía, aun antes de que su sacrificio vivificante fuera consumado en el tiempo, darle continuidad y estabilidad en el Misterio. La puerta de la Redención, una vez abierta, ya no debía cerrarse nunca; la fuente de la sangre y del agua viva, una vez desatada, debía correr por todas las generaciones y todos los tiempos. Y debía estar en la mano del hombre mismo el poder abrir diariamente la puerta, el dejar correr diariamente la fuente; del hombre, es decir,

[71] *Lucas*, 22, 15. Cfr. p. 124, nota 14.

de la Iglesia, esa comunidad de los elegidos y creyentes. En ella corresponde a los sacerdotes la palabra y la acción que obran la presencia continua de la salud de la cruz, pero a esto contribuye no menos la fe y la receptividad de los demás fieles.

Esta tradición vespertina del Jueves Santo y el ardiente deseo de ella que dura desde la mañana hasta la tarde y que aumenta de hora en hora, bastaría para hacer de este día —"el gran y santo quinto" [72], como le llamaban los griegos— rico y pleno de salud como ningún otro fuera de la Pascua, de la que es una parte. Pero todavía es mayor su plenitud sacramental. El *Sacramentarium Gelasianum* contiene además de la misa vespertina de la *Cena Domini* que celebra el principal Misterio del día, la "tradición" del Sacrificio y de la Cena eucarísticos, otras dos misas para la mañana de este día, una de las cuales incluye la readmisión de los penitentes públicos, y la otra la consagración de los santos óleos. Demasiadas celebraciones y ritos, en *un* día, podría pensarse; una acumulación de acciones cúltuales que significa para todo el que asiste a ellas, por grande que sea su fe y su buena disposición, una cierta sobrecarga, pudiendo hacer difícil una participación verdaderamente intensa. Con todo, esta preocupación desaparece si nos damos cuenta de que todas las gracias del Jueves Santo —el perdón de sus pecados a los penitentes, la virtud divina (el Espíritu de Cris-

[72] Hay que añadir la palabra griega ἡμέρα = día (en latín, *feria*), de ahí "la quinta".

to) en los santos Oleos y, en primer lugar, el sacrificio vivificador de Cristo bajo las especies simbólicas de pan y de vino—, que todos estos Sacramentos y sacramentales son "misterios pascuales", *sacramenta paschalia,* todos brotan de *una misma* fuente, la *Pascha Domini,* todos tienen su origen en la noche de Pascua. En realidad, todos deberían ser celebrados y recibidos en esta noche madre de los misterios, en la que corre sangre de Cristo y el Espíritu de Cristo es libre de soplar donde quiere; en la que muere la vida temporal de Cristo para que pueda florecer y comunicarse a todos la eterna. La noche de Pascua ha cedido muchas de sus riquezas a los días anteriores, en particular al Jueves Santo; pero todo permanece, no obstante, en ella como en su origen, todo refluye derechamente a ella.

## LA RECONCILIACION DE LOS PENITENTES

Esto se aplica en primer lugar a la reconciliación de los penitentes. Por desgracia, como ya se ha dicho, ya no está en uso el hermoso rito de esta santa acción, dado que la penitencia privada ha sustituido a la penitencia pública. Es una pena; porque nada podría ofrecer una representación más clara del retorno pascual del hombre al Paraíso de la sociedad de Dios como la vista de los penitentes: cómo esperan —con los pies desnudos,, miserables, andrajosos, con cirios apagados en sus manos— en el atrio de la Iglesia, cómo después el arcediano se los encendía y por fin

se acercaba a ellos el Obispo y cogía al primero por la mano, éste al segundo, el segundo al tercero y así sucesivamente hasta que toda la fila, conducida por el Obispo, iba entrando en la Iglesia como una ronda luminosa —imagen simbólica del retorno pascual de Cristo al Padre a quien El conduce los redimidos como trofeo de victoria y don de gratitud. Pero, aunque esta celebración ya no pueda llenarnos de gozo, es posible no obstante salvaguardar su sustancia aun hoy día. ¿No somos todos pecadores, que tienen necesidad de penitencia, y no manifestamos ésta voluntariamente cuando el miércoles de Ceniza recibimos la ceniza bendecida sobre nuestras cabezas? Así, es conveniente que, si no hoy, en uno de estos días que preceden a la Pascua, nos esforcemos por reconciliarnos con Dios y por ser recibidos de nuevo en la Iglesia, aunque sea sólo en la esfera de la confesión individual privada, la única posible hoy día. Esta tampoco carece del todo de publicidad, ya que tiene lugar en la Iglesia en donde los demás fieles, si no nos oyen, al menos nos ven acercarnos al tribunal de la penitencia. En todo caso, para aquellos a quienes, en el Jueves Santo, fuese posible meditar sobre el viejo rito de la reconciliación de los penitentes [73], reconciliarse con Dios y satisfacer por la confesión y la penitencia a la *Ecclesia,* contra la cual se peca no

[73] Para el Rito de la reconciliación de los penitentes, cfr. el *Pontificale Romanum,* pp. 339-351; para la misa, el *Sacramentarium Gelasianum,* PL 74, 1095-1099; V. además, Pierre Jounel, *Le jeudi saint* "La Maison-Dieu", n. 41 (1955), pp. 35-39.

menos que contra Dios, habrían aprovechado bien este día lleno de esperanza y se habrían preparado convenientemente a la *Cena Domini* vespertina. Porque el vivo deseo de comer la Pascua con el Señor no es auténtico más que cuando nosotros, los culpables, participamos en su voluntad de penitencia y de expiación que a El, inocente, le condujo a la Cruz. El así purificado podrá sentarse con mayor confianza a la santa mesa del Señor y oír con mayor razón las palabras de Jesús en el Evangelio de la misa vespertina: "El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio" [74].

## MISSA CHRISMATIS Y BENDICION DE LOS OLEOS

A pesar de su seriedad, el rito de la reconciliación de los penitentes y lo que hoy ocupa su lugar, la penitencia y la conversión individuales, tienen un carácter de alegría pascual; la reincorporación de los convertidos encierra, en efecto, una primicia de los frutos gloriosos de la Pascua. Pero la solemnidad, la alegría, el resplandor pascual son todavía más propios de la segunda (hoy única) misa de la mañana del Jueves Santo, la antigua *Missa chrismalis* o *Chrismatis* que nos ha devuelto el *Ordo instauratus*. El mero hecho de que la consagración de los óleos y, por consiguiente, la misa en la que ésta tiene lugar, sea celebrada por el Obispo, la da un carácter de fiesta que es acentuado además por el numeroso séquito

[74] *Juan*, 13, 10; Evangelio de la misa vespertina del Jueves Santo.

del Pontífice. Doce sacerdotes, siete diáconos y siete subdiáconos, todos con ornamentos blancos de día de fiesta, por no hablar de los *ministri* de rango inferior, acompañan al Obispo al Altar. En cabeza, entre dos ceroferarios, va un turiferario con el incensario. Le siguen, de dos en dos, los subdiáconos, después los diáconos, los sacerdotes, un subdiácono con el libro del Evangelio, y por último el Obispo entre los dos canónigos más dignos de su Iglesia; un cortejo imponente de verdad, que puede darnos una primera impresión fugaz de la grandeza y de la significación de lo que va a suceder.

Por de pronto, el Santo Sacrificio sigue su curso habitual hasta la fórmula de bendición, hacia el fin del Canon, que en otro tiempo era pronunciada sobre las ofrendas de los fieles: "Por El (Jesucristo), oh Señor, creas todos estos dones, los santificas, los vivificas, los bendices y nos los das." Entonces, se hace una pausa en el desarrollo de la acción santa: el Obispo se dispone a consagrar los Oleos. El momento está bien escogido: el aceite pertenece también a los dones buenos de Dios que el pueblo ofrece para el servicio del Altar y que eran bendecidos con la oración *Per quem*. Los cantos, oraciones y lecturas de la misa han preparado la consagración. Una parte de estos textos se remonta a una venerable antigüedad: [75] así, ante todo, el Prefacio [76] y las oraciones, que se encuentran ya en el Gelasiano. Los cantos y las lec-

[75] Cfr. *Sacramentarium Gelasianum*, PL 74, 1099-1102.

[76] *Ibid.*, 1099. Cuando la *Missa Chrismatis* cayó en desuso fue incluido en el Prefacio de la bendición de los

turas son, por el contrario, recientes. Una cuidadosa y consciente elección, característica de los nuevos formularios de misa, ha reunido muchos pasajes de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento acerca del óleo y de la unción sagrada. Pero tampoco faltan entre éstos, textos de carácter más bien histórico-narrativo, referencias a la Salud de Dios escondida en el símbolo del óleo sagrado y operante en la unción sacramental.

En la Antífona del Introito, a la entrada del Obispo, se alza la voz de Dios desde el Antiguo Testamento y ordena a Moisés: "Haz un aceite para la unción sagrada y habla a los hijos de Israel: Ese será el óleo de la unción sagrada para mí de generación en generación" [11]. Así que ya entonces puso el Señor la mano sobre su criatura, el aceite, y, además de sus cualidades naturales, la dotó con virtudes celestes, para que en las manos de los profetas sirviera a sus santos fines. De la abundancia de aceite que los hombres cosechan del fruto del olivo y extraen en el trujal, se reservó Dios una parte que no habría de servir más que para ungir la tienda y el arca de la Alianza, el altar con todos los utensilios del santuario y en primer lugar a Aarón, el Sumo Sacerdote, y a los demás sacerdotes "santificándoles" para el Señor. Dios indicó al detalle cómo había que mezclar este aceite. Nadie podría tratar de imitar esta mezcla para usarla en la vida ordinaria (después del baño, en

óleos, de donde ha sido sacado y trasladado de nuevo a su verdadero sitio como Prefacio de la misa.

[11] *Exodo,* 30, 25 y 31.

las fiestas), si no quería incurrir en la cólera vengativa de Yavé. Así, la Antigua Alianza tenía ya su óleo *santo* con el cual eran ungidos los reyes y sacerdotes de Israel quedando consagrados al Señor y sustraídos a todo contacto profano. De este óleo de unción de entonces Dios, con sabia previsión, hizo una imagen de un don y de una gracia futura, una imagen de la vida y del espíritu divinos que, en la plenitud de los tiempos El quería derramar como un torrente de óleo celeste [78] sobre los hombres para hacer de ellos sus reyes y sacerdotes.

No es una casualidad la unión de la Antífona con el *Salmo 88* en el que Dios por medio del profeta-cantor dice: "He hallado a David, mi siervo; lo he ungido con mi óleo consagrado" [79]. La Iglesia, animada ella también de espíritu profético, contempla los tiempos y las generaciones en *una única* imagen de elección y consagración divina: el óleo de Moisés, siglos más tarde, unge a David como rey, y en David unge Dios mismo, por una misteriosa anticipación, al futuro rey y Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, a su Hijo y Cristo, el "Ungido" por excelencia, a *cuius nomine santo Chrisma nomen accepit,* "de cuyo santo nombre recibió el suyo el Crisma" [80]. Y con el nombre, la esencia: la virtud salvadora, y santificadora, el Pneuma de Cristo, que sobrepuja infinitamente todas las virtudes naturales del óleo y extiende al hombre interior su acción refrescante,

[78] Cfr. la Meditación sobre el Lunes Santo.
[79] *Salmo 88,* 21.
[80] *Pontificale Romanum,* Benedictio Chrismatis, p. 361.

fortificante y curativa en el ámbito corporal. Así resulta de la "criatura óleo" "un *Sacramento* de salud y de vida perfectas" [81], un símbolo lleno de Cristo que en los renacidos del agua y del Espíritu Santo consume toda "corrupción del primer nacimiento", los unge como "sacerdotes, reyes, profetas y mártires" [82], hace de cada uno de ellos un templo perfumado de vida y de inocencia, un "participante de la vida eterna (es decir, divina)" y "un co-heredero de la gloria celestial" [83].

De esta maravilla, que transforma una creatura bienhechora en un sacramento que consagra y santifica, habla no sólo el gran Prefacio de la bendición del Crisma, al que acabamos de citar abundantemente. De ella dan testimonio también todas las lecciones y oraciones de la *Missa Chrismatis* y la celebran todos sus cantos. En el Gradual se entretejen hermosamente la alegría del alivio corporal y de la unción espiritual. Los versos proféticos del Salmista, que son en primer lugar un sencillo cántico de acción de gracias por la buena creatura, aceite que hace florecer la carne del hombre [84] y exultar de

[81] *Ibid.*

[82] *Ibid.*

[83] *Ibid.*, p. 362.

[84] Lástima que la nueva versión del *Salmo* no haya podido mantener aquí el giro concreto de la versión antigua, que, en vez de *todo,* decía: *refloruit caro mea* —"mi carne ha vuelto a florecer" (*Salmo 27, 7*). Y, en el verso siguiente, *christi,* en vez de *uncti,* decía más y descubría inmediatamente, incluso a quien desconociera la lengua, la relación entre crisma y Cristo.

júbilo su corazón ante el dador de todo bien, son al mismo tiempo una verdadera *Eucharistia* por el sacramento de la unción celestial, en la que Dios se hace la "fuerza" de su "pueblo", la *Ecclesia,* y el protector de su Cristo. Pero en el canto del Ofertorio el profeta-cantor y con él la *Ecclesia,* la Profetisa de la Nueva Alianza, se muestran arrebatados por la visión que Dios les presenta del misterio del óleo santo y de la unción celeste. Dirigiéndose de igual manera a Cristo y al cristiano, trata de expresar el misterio en pocas palabras: "Amas la justicia y aborreces la iniquidad; por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con el óleo de la alegría" [85]. Lo que quiere decir: por este "amor" y por este "odio", ¡oh Cristo! has satisfecho a la Justicia divina en la Cruz y has expiado en tu sangre la "iniquidad" del pecado. Por eso Dios, "tu Dios", o sea el Padre, te ha ungido con el "óleo de la alegría, es decir, con la alegría de la nueva vida nacida de la Cruz, con el Pneuma de la Resurrección. En ti, Cristo, cada uno de tus miembros, todo cristiano sabe amar y odiar como Tú, por tu amor y por tu odio, vivir y morir por la justicia de Dios, y con este testimonio de la muerte vencer la iniquidad —Satán y el pecado del mundo—. Con el Pneuma de Cristo, que El, el protomártir, ha conseguido por su Cruz y por su muerte, con este "óleo de la alegría" derramado de la mano del Padre, es ungido también el cristiano como mártir, es decir, es llamado y fortalecido para testigo de la Justicia y contra la iniquidad.

[85] *Salmo 44,* 8; Ofertorio.

Con esto, el Misterio de la unción sacramental en el Bautismo y en la Confirmación, en el Orden y en la Extremaunción, queda comprendido y expresado en toda su profundidad. Unicamente, el Prefacio (de la misa y de la bendición), en su lenguaje neotestamentario más claro y en su forma de expresión cristiano-sacramental, va más lejos todavía. Al lado de estas expresiones tan densas y enérgicas, los textos de índole más histórico-narrativa de la misa —Epístola, Evangelio y Comunión— tienen menos peso. Con todo, no deja de ser significativo que ya los Apóstoles curaran los enfermos por medio de una unción "en el nombre del Señor" [86]. "En el nombre del Señor", esto es lo importante. El nombre de Cristo, el Ungido, que por el don de su sangre [87] ha conseguido el "óleo de unción" invisible a los ojos del cuerpo, el Pneuma santo, convierte el óleo natural en dador de la gracia celeste que nos renueva según el hombre interior (*mentibus*) y nos traslada de lo antiguo a lo nuevo [88], realizando por tanto en nosotros una obra verdaderamente pascual. Así, tanto por su acción como por su origen, el sacramento de la unción se muestra como un Misterio de vida nacido de la muerte de Cristo, como un verdadero fruto de la Pascua. Al mismo tiempo, el autor de este Misterio junto con su Pneuma parecen tan compenetrados con el Sacramento, que se comprende la actitud del

[86] *Santiago*, 5, 14; Epístola.

[87] "Da sangre y recibe Pneuma", reza un antiguo proverbio monástico.

[88] Cfr. la Postcomunión de la *Missa Chrismatis*.

más profundo respeto y de fe viva con la cual, durante la acción consecratoria, Obispos, Sacerdotes y Diáconos saludan y veneran al óleo exorcizado y consagrado, casi como a una persona: *Ave, sanctum Chrisma! Ave, sanctum oleum!* [89]. En el fondo, es el mismo Cristo a quien invocan y ante quien doblan la rodilla. Sería de desear que, siguiendo el ejemplo de los católicos franceses, todos los años pudieran algunos fieles de cada parroquia hacer el viaje a la ciudad episcopal, para asistir allí a la consagración de los santos óleos y recibirlos en nombre de su comunidad a la que se los entregarían solemnemente para que, también ella, pudiera ensalzar los *Sacramenta paschalia* saludándolos con el *Ave* de la fe y y del amor [90].

## EXEMPLUM CARITATIS

Una vez que la consagración del óleo de la *Missa Chrismatis* ha dado a la mañana del Jueves Santo un resplandor verdaderamente paradisíaco, un hálito de frescura primaveral y joven [91], todo está preparado

[89] *Pontificale Romanum, o. c.,* p. 362 y 364.

[90] Cfr. Pierre Herbin, *Note sur la route des saintes Huiles,* "La Maison-Dieu", n. 19 (1950), pp. 115 ss.; Jean-Baptiste Molin, *La route des saintes Huiles, Ibid.* n. 41 (1955), pp. 64-68; Louis Bouyer, *Le jeudi de la Cène, Ibid.* n. 45 (1956), p. 51.

[91] ¿No habría que interpretar "Gründonnerstag" más bien como *dies viridium,* día del "reverdecer" y de los "reverdecidos", es decir, de los renovados en la santa savia de

para la reunión vespertina de la *Cena*. Esta ciertamente no puede eliminar el recuerdo de la malvada "tradición" —para la muerte—, pero más bien gozará con la alegría de la buena "tradición" del sacrificio vivificante de donde brotan todos los dones y gracias pascuales. Así, desde el comienzo de este Oficio de la tarde está presente el alegre gloriarse en la Cruz de Cristo [92]; pero en su continuación lo está el *exemplum* [93], el gran "ejemplo" del *lavatorio de los pies,* en el cual el Agape de Dios muestra de lo que es capaz: de hacerse hombre y de lavar los pies de sus criaturas, es decir, tomar sobre sí el lodo de sus pecados y llevarlo a la cruz para que desaparezca en el fuego de un holocausto perfecto; en fin, en el centro de la misa, el Misterio en el que se realiza lo que prometía el *exemplum*: la muerte de Dios para vida del mundo.

## EUCHARISTIA

Un resplandor cálido y solemne envuelve el atardecer del Jueves Santo. Cosas, lugares, sucesos que en la vida ordinaria se nos hacen cercanos y entraña-

la juventud (lo que, en primer lugar, puede referirse a los penitentes que han sido recibidos de nuevo, pero también —anticipando la noche pascual— a los ungidos con el óleo consagrado hoy, a los neófitos), y no como día del "llanto" (de "gronen", "grünen", en dialecto bávaro = llorar) y de la tristeza? Cfr. a este propósito Eisenhofer, *o. c.,* pp. 513 s. y Bugnini-Braga, *o. c.,* p. 67.

[92] Cfr. *Gálatas,* 6, 14; Introito de la misa vespertina.

[93] Cfr. *Juan,* 13, 15; Comunión de la misa vespertina.

bles, tranquilos y alegres, dichosos y tonificantes, aparecen en este atardecer sublimados a lo santo y a lo divino, ganando así una altura y una gloria que al mismo tiempo nos encanta y nos estremece, que lo mismo nos hacen penetrar en lo más hondo de nuestro interior como nos transporta infinitamente lejos de nosotros mismos. Esa es la casa al atardecer, con su cenáculo iluminado: la Iglesia en la hora de la misa vespertina. Está la mesa puesta con copas y platos: el Altar. Esa es la cena: pan y vino. Ahí están las luces y cantos. Ese es el Señor de la casa con una escogida servidumbre, todos en hábitos de fiesta: el celebrante con los ministros del Altar. Hay una numerosa concurrencia de invitados: hombres, mujeres y niños: la comunidad de los fieles. Todos se conocen y se aman y el anfitrión va de uno a otro para lavar los pies de sus invitados. Entonces se reúnen los cantores y cantan el himno: *Ubi caritas et amor, Deus ibi est,* "donde está la caridad y el amor, allí está Dios" [94]. Una presencia está en la sala y abraza a todos más estrechamente que los muros de la casa. Nadie sabe quién ha llevado el pri-

[94] Este himno, del que el misal actual no contiene más que tres estrofas, parece haber sido compuesto, según Dreves, en Francia, según Wilmart, en Verona, pero, en todo caso, en el siglo IX, probablemente en un ambiente monástico en donde estaba en uso el lavatorio de los pies una vez por semana. Cfr. Guido M. Dreves, *Liturgische Hymnen des Mittelalters,* "Anal. hymn." XII, pp. 24-26, y André Wilmart, *Auteurs spirituels et textes dévots du Moyen Age latin* (1932), p. 26-36, cit. por Bugnini-Braga, *o. c.,* p. 75.

mero la mano a la comida. Pero ahora hay uno que da gracias y todos comen de una misma fuente de oro el mismo blanco pan. Y hay una alegría y una paz y un dichoso estar juntos, aunque todos saben que uno ha de morir para que exista esta fiesta; aunque todos sienten al entrar en la sala un temblor helado; uno ha salido y maquina la traición. Pero la fiesta no se interrumpe, y permanece el calor de la intimidad; pues "la vida" es más fuerte que la muerte. De su muerte hace "la fiesta anual del mundo" [95], y si muere ahora es sólo para poder darse en alimento: alimento y festín, vida y bienaventuranza a pesar de la traición y de la muerte.

Y la fiesta dura hasta entrada la noche. Es verdad que se quita la mesa después de haberse terminado la cena. Pero esto no es ningún motivo de tristeza ni de aflicción. Ha sido siempre costumbre así en la Iglesia de Dios como en toda buena casa, quitar la mesa después de la comida. Uno no ha de pensar por eso en la muerte que arrebata y despoja al hombre, ni en el abandono del moribundo, ni en la huida de los discípulos, ni en la desnudez de Cristo en la Cruz [96]; pues el Señor permanece viviente entre nosotros. Ni tampoco debe desconcertarnos el que sean

[95] Ambrosio, *De excessu fratris sui Satyri*, 2, 46.

[96] Así se acostumbraba a explicar, simbólicamente, en la Edad Media y hasta los tiempos modernos, la *denudatio altaris* del Jueves y Viernes Santo. Ya se había olvidado o se había dejado de tener en cuenta que en la antigüedad cristiana se despojaba el Altar después de cada celebración litúrgica.

retirados del Altar los restos de la Santa Cena y se guarden en otro sitio de la casa de Dios para el día siguiente. Esto no es un entierro del Señor, y el lugar en que es encerrado no es una tumba que se haya de visitar y junto a la cual se haya de hacer guardia durante la noche. Porque, una vez más: el Señor viene, y el pan sagrado, que es su Cuerpo, vive también y da vida; y todo esto es motivo de alegría y de acción de gracias. En esta noche, ciertamente se puede y se debe dar gracias al "autor del sacrificio" [97] y dispensador de los Misterios. Saborear la cena y dar gracias por la santa "tradición" —en esto puede consistir la "sobremesa" de la *Cena Domini,* y los que aman a Dios la prolongarán tal vez hasta la medianoche [98].

Pero entonces surge algo nuevo.

[97] Cfr. *Missale Ambrosianum,* liturgia del Jueves Santo (*da sacrificio auctorem suum*).

[98] Es la intención de la Iglesia que el traslado del Sacramento, que no es más que un acto necesario y que en otro tiempo se hacía sencillamente y sin ornato, se lleve a cabo también hoy dignamente, aunque sin pompa especial, y que la adoración no se prolongue demasiado; sobre todo, que no se la considere como una "visita al Sepulcro", lo que es contrario a la realidad. Cfr. Joachim Kettel, *Zur Liturgie des Gründonnerstags,* "Liturg. Jb." 3 (1953), pp. 60-74; y Bugnini-Braga, *o. c.,* pp. 79-82.

# *CON CRISTO EN LA CRUZ*

## VIERNES SANTO

Ya pasó el día cuyo "centro y corazón" [1] fue la Cena del Señor, y comienza otro en cuya cumbre está la Cruz. *Dies amaritudinis,* lo llama San Ambrosio "día de amargura" [2]. Escalofríos de muerte flotan en la noche que todavía le envuelve. Estamos como en tierra de nadie, entre dos días, uno de los cuales nos comunica todavía su calor, mientras el otro comienza ya a llenarnos de frío y de espanto. *Erat autem nox* [3], oímos decir a Juan. No es la primera vez en esta semana. Estas palabras nos han acompañado continuamente. Pero es como si hoy por vez primera nos descubrieran todo su sentido. "Era de noche", cuando Judas salió para traicionar a su Maestro; cuando Jesús salió a inmolarse por nosotros. Era de noche, y ahora lo *es*; estamos en medio de ella. Noche antes del "día de la amargura". Se acabó el resplandor de la tarde iluminada, la alegría de la cena, la cálida intimidad de la casa. Se acabó la cercanía de los amigos y la santa comunidad de los hermanos. Noche del Señor antes de su Pasión:

[1] Bugnini-Braga, *o. c.*, p. 79.
[2] *Epístola 23*, 12.
[3] *Juan*, 13, 30.

oscuridad y angustia de muerte, traición y prendimiento, negación y huida. Después, al romper el día, juicio y condenación; más tarde, durante la larga mañana y el caluroso mediodía, la amarga Pasión; por último, cuando está el sol en su cenit, la muerte en la Cruz. *Dies amaritudinis,* día de amargura para la santa Iglesia que recorre el camino pascual de su Señor junto con El. La tarde anterior se ha sentado con El a la mesa y ha comido del sacrificio que El anticipó de una manera místico-simbólica; ahora no vacila en entrar con él en la cruenta realidad de este sacrificio. Es de noche, y la *Ecclesia* se prepara para hacer guardia mientras el Señor sale al paso a su "hora".

## LAS TINIEBLAS

De nuevo recurre la Iglesia a los *Salmos* de David, a las *Lamentationes Jeremiae*. La segunda noche de las Tinieblas ha comenzado, y la oscuridad parece haber aumentado todavía. También hoy relampaguean aquí y allá los resplandores de la Resurrección, pero son vueltos a absorber por las tinieblas más rápidamente aún. Como en la pasada noche, la impresión más desoladora la produce la queja del Profeta sobre la desdichada Sión. Un cuadro de destrucción y de ruina tal como nos es conocida por una amarga experiencia propia: muros caídos, puertas derribadas, cerrojos partidos —"el antemural está

en duelo" [4]. La ciudad y sus habitantes están fuera de la ley; todos pueden entrar en ella, el ladrón y el asesino; ya no hay seguridad ninguna, ni exterior ni interior: *Non est lex,* "ya no hay ley" [5]. Resuena como un clamor: ya no hay ley —lo que significa el caos, la anarquía—. Cuando, junto con la fortificación exterior cede la unidad interior, y con el orden civil se disuelve también el orden superior, divino, entonces todo está perdido. Y, que *lex* significa aquí orden divino es obvio tratándose de un libro del Antiguo Testamento. La ley bajo la cual estaba Judá era Yavé, única y exclusivamente El, sus mandamientos. Además, en este pasaje, junto con la ley se nombra a los Profetas: éstos ya no tienen visiones [6].

La desorganización es completa, pues falta además un gobierno humano. El rey y los príncipes del reino están lejos, prisioneros de los gentiles. Los venerables ancianos están sentados en saco y ceniza, sin fuerza para la salvación del pueblo. Las vírgenes pasan sus días llorando tristemente [7]. La miseria crece y el hambre aumenta en el país asolado y saqueado. Niños y lactantes expiran sobre el pecho agotado de su madre. En las calles de la ciudad yace marchita y muerta de sed la vida tierna y joven. El Profeta mira desconsolado a su país, a su pueblo, a su ciudad:

[4] *Lamentaciones,* 2, 8; 1.ª Lección de las Tinieblas del Viernes Santo.

[5] *Ibid.,* 2, 9.

[6] *Ibid.*

[7] *Ibid.,* 2, 10.

"¿a quién te compararé, hija de Jerusalén?, ¿cómo te consolaré, virgen hija de Sión? Grande como el mar es tu aflicción —¿quién te sanará?" [8]. Falsos profetas, que hablaban para halagar al pueblo, han hecho llegar las cosas a ese estado. Ahora los enemigos se ríen del pueblo de Yavé, se burlan de la ciudad que era, en otro tiempo, la "alegría del mundo" [9].

La aflicción del Profeta es tan grande que, en una nueva lamentación se identifica enteramente con aquellos por quienes llora, confundido totalmente con su pueblo. Ahora es él mismo la ciudad desdichada, el pueblo aniquilado: sitiado, cercado, encadenado, muriendo de hambre —un perdido a quien Yavé ha cerrado toda salida [10]. ¡Terrible destino! Ya no le queda nada a este Profeta para poder cambiar la suerte de su pueblo. No puede hacer más que transmitir su queja a los siglos. Esta es su misión. Ha de venir uno mayor que él que tomará sobre sí la culpa y la pena, que sufrirá su pena hasta el fin y expiará su culpa, para que Sión vuelva a vivir.

Ahora, al amanecer del Viernos Santo, Este, más grande, está ante nosotros. Sobre el fondo de la lamentación profética, su Pasión se nos hace comprensible y gana en claridad. Por esto debía padecer el Mesías, el Cristo: por el bien de Sión. En los Responsorios que siguen a las Lecciones, su queja se mezcla de manera extraña a la de los Profetas, y, en

[8] *Lamentaciones,* 2, 13; 2.ª Lección de las Tinieblas.
[9] *Ibid.,* 2, 15.
[10] Cfr. *Lamentaciones,* 3, 1-9; 3.ª Lección de las Tinieblas.

un sentido más profundo que en Jeremías, la Pasión de Cristo es verdaderamente la pena del pecado de su pueblo. El la soporta y la vencerá. Pero a El también le está permitido quejarse y nosotros oímos su queja en esta noche: "Todos mis amigos me han abandonado. Aquel a quien yo amaba me ha traicionado" [11]. "Viña mía escogida, que yo había plantado, ¿cómo te has vuelto amarga para mí? A mí me crucificas y dejas en libertad a Barrabás" [12]. La queja se convierte en acusación, pero no obstante el amor tiembla en ella. Una y otra, queja y acusación, van buscando al pueblo extraviado y querido por el cual corre la sangre del que se lamenta.

También en los *Salmos* que completan este primer Nocturno de las Tinieblas, la queja dolorosa constituye un tema dominante, sobre todo en el conmovedor *Salmo 21* al que sólo se le puede comparar el *Salmo 68,* que en las Tinieblas del Jueves Santo representa un papel análogo. Todo este *Salmo 21* resuena casi como una versión más del relato evangélico de la Pasión. Nunca dejará de ser un milagro que el Salmista haya podido expresar tan textualmente y a la letra los sufrimientos de Aquel que habría de aparecer siglos más tarde. Es el milagro de la tipología vetero-testamentaria que sólo era posible porque Dios tenía en su mano el sello del arquetipo y marcaba con él sin cesar, a lo largo del tiempo, fi-

[11] Cfr. *Job,* 19, 14 y 19; 1er. Responsorio de las Tinieblas.

[12] Cfr. *Jeremías,* 2, 21 y *Mateo,* 27, 26; 3er. Responsorio de las Tinieblas.

guras (tipos) cuya vida procedía del modelo (antitipo) y que por su semejanza a él anunciaban de antemano su venida definitiva. El rey combatido del *Salmo 2,* el Ungido de Dios a quien éste engendra como hijo suyo y le hace Señor del mundo [13], el Siervo de Dios paciente del *Salmo 21,* quien acaba dando gracias al Señor en una comunidad de los que aman y adoran a Dios, la *Ecclesia* del futuro; en fin, el justo del *Salmo 26* que, en medio de todos los asaltos, confía tranquilamente en Dios y permanece firme en El —cada uno de estos es un Tipo de Cristo, Hijo del Hombre y de Dios que padece en la Cruz y desde la Cruz reina.

En el segundo Nocturno nos conmueve, ante todo, el *Salmo 37,* súplica de un pecador castigado por su pecado, que se vuelve arrepentido al Dios justiciero. En él se oculta y se revela Cristo bajo la figura de aquél a quien El ha venido a salvar, el culpable Adán, cuya carne de pecado ha asumido. El *Salmo 39*, que sigue a continuación, comienza con el alegre cántico de alabanza del redimido y anuncia el Misterio de la Redención: no son los sacrificios ni los holocaustos los que aplacan a Dios, sino el humilde cumplimiento de su voluntad; la obediencia del segundo Adán borra la desobediencia del primero. Por eso, el tercer *Salmo* de este Nocturno (53), puede ser considerado también como una confiada súplica a Dios en cualquier necesidad. El "sí" a la voluntad de Dios produce el cambio. Por el holocausto de una perfecta obe-

[13] Cfr. *Salmo 2, 7-8.*

diencia hasta la muerte, el Señor en la Cruz llega a ser el primero y más grande de los mártires, *caput martyrum,* "cabeza de los mártires" [14] como le aclama San Agustín en las lecciones del segundo Nocturno.

Estas nos conducen al tercer Nocturno, en el que la luz y la sombra forman tal vez el contraste más violento de esta larga Vigilia. El *Salmo 58,* que describe los repugnantes manejos de los enemigos bajo la imagen de perros sin amo y hambrientos, y hace oír el clamor del hombre cercado pidiendo auxilio y venganza; el *Salmo 87,* al que se podría llamar un "viaje al Hades", es como un incesante hundirse en la región de la muerte, del hombre sometido a prueba y torturado: *Traditus sum et non egrediebar,* "he sido traicionado, cercado, y no puedo salir" [15]; por último, el *Salmo 93,* el grandioso plan de venganza —estos tres cantos dan al tercer Nocturno el sello sin duda más sombrío del conjunto de las Tinieblas de estos días—. Aquí parece haberse llegado al paroxismo del dolor, a la frontera de la muerte. Unicamente el verso 19 del último *Salmo* arroja una pequeña lucecita de consuelo en estas tinieblas: "Cuando las angustias se han multiplicado en mi corazón, tus consolaciones deleitan mi alma" [16]. Esta lucecita se transforma, en las lecciones

[14] Agustín, *In Psalmo 63,* 3; 4.ª Lección de las Tinieblas.

[15] *Salmo 87,* 9; 8.ª Antífona de las Tinieblas.

[16] *Salmo 93,* 19 (según el nuevo texto latino).

de la *Epístola a los Hebreos,* en llama viva. Nos muestran a Aquel que por sus padecimientos aprendió obediencia [17] —aquella obediencia salvadora, la única que podía redimirnos— como el gran Sumo Sacerdote y Mediador que ha penetrado en el Cielo y nos ha conseguido libre acceso al Trono de la Gracia [18].

Con esta mirada en el Cielo abierto, llega a un fin luminoso la parte más oscura de las Tinieblas. La luz de esperanza que tan radiosamente brilla ya no será vencida por las sombras de la muerte que vuelven a surgir en los Laudes. Al contrario, será reforzada con el cántico de Habacuc, que, retornando en la Liturgia del día [19], da al *dies amaritudinis* un cierto sello de victoria y le caracteriza como un verdadero *dies Paschae* [20]. La pasión por obediencia del Unigénito de Dios es el derecho de aduana que vuelve a abrir el Cielo al primer Adán pecador. Con esta dichosa certeza concluye el Oficio Nocturno del Viernes Santo. Pero la Antífona del Benedictus de los Laudes, que anuncia en las sencillas palabras del Evangelio la muerte y la sepultura del Señor, nos advierte que todavía no es tiempo de descansar en esta certeza y de entregarse a la alegría. Es preciso recorrer hasta el fin el camino pascual del Señor, padecer hasta el fin el *dies amaritudinis*. Dios en su

[17] Cfr. *Hebreos,* 5, 8; 9.ª Lección de las Tinieblas.

[18] Cfr. *Hebreos,* 4, 14 y 16; 7.ª y 8.ª Lecciones de las Tinieblas.

[19] Cfr. 1er. Responsorio de la Liturgia del Viernes Santo.

[20] *Tertuliano, De Oratione,* 18.

misericordia no ha querido más que darnos una luz para que pudiéramos llegar hasta el fin sin desfallecer.

## LA LITURGIA DEL DIA

Así, pues, la Iglesia ha entrado orando en la mañana del Viernes Santo. El último cirio del triángulo, el único que no se ha apagado, lucha con su débil llama contra la luz creciente del alba. Lentamente se despierta la Iglesia de su contemplación nocturna. Se encuentra en el día, en el primero de aquellos días de los cuales el Señor ha dicho: "Vendrán días en que les será arrebatado el esposo, y entonces ayunarán" [21]. Acordándose de estas palabras del Señor, la Iglesia primitiva pasaba las cuarenta horas antes de la Pascua en profundo recogimiento y en un riguroso ayuno. Cesaba el trabajo servil así como el placer mundano. Los fieles vivían sólo para su Señor. Participaban en su Pasión. Con El estaban colgados en la Cruz, con El reposaban en el sepulcro. Todos juntos —toda la Iglesia presente— no eran más que el único Cristo: el que padecía y moría, el que descansaba en el sepulcro. "Ayer agonicé con Cristo en la Cruz... Ayer morí con El... Ayer fui enterrado con El" [22], dice San Gregorio Nacianceno en una de sus homilías de Pascua.

[21] *Mateo,* 9, 15.
[22] Gregorio de Nacianzo, *Oratio in sancta Pascha* I, 4.

Hoy se omite la celebración del Santo Sacrificio. Hasta la Pascua no podrá reanudarse, ya que el Misterio comprende muerte y resurrección. El carácter de duelo y penitencia del Viernes Santo quedaría anulado con la habitual celebración de la santa misa; porque la naturaleza de esta celebración encierra siempre un carácter alegre. El Misterio de la Pasión y de la Sangre de Cristo, cuya "tradición" conmemorábamos ayer, al mismo tiempo que la muerte del Señor, anuncia su resurrección y su vida. La vida está indisolublemente unida a la muerte de la cual ha surgido como su fruto. Cuando se celebra la memoria de la muerte de Cristo, está también presente su resurrección y su vida. Esto es lo único que nos permite hablar de una *celebración* del sacrificio. Sólo se puede celebrar la vida. La muerte, como tal, es siempre y exclusivamente objeto de duelo. La muerte de Cristo, lo mismo. Si este "anuncio de la muerte" suscita alegría es únicamente por el hecho de que el Misterio de la santa misa la celebra como muerte salutífera. Más que una memoria de la muerte es una celebración de la vida [23].

Lo mismo sucede con la Pascua. Esta es, en el

[23] Por eso no se celebran los Misterios en el *biduum sacrum*, según una antigua tradición cristiana. Así el Papa Inocencio I, para justificar el ayuno semanal del sábado, da la siguiente explicación al obispo Decencio de Gubbio: "Es sabido que los Apóstoles pasaron aquellos dos días (viernes y sábado) en tristeza y aflicción, escondidos por miedo a los judíos y no hay duda de que en los dos días mencionados ayunaron tan rigurosamente que la tradición de la Iglesia enseña que en estos dos días (viernes y sábado)

curso del año, lo que era la liturgia del día del Señor en la Iglesia primitiva, lo que es hoy la santa misa de cada día: memoria alegre de la muerte y de la resurrección. Representa, como su nombre indica, el tránsito de la muerte a la vida, el paso de la frontera entre el país terreno de la muerte y el reino divino de la vida. Por eso la memoria de la Pascua es también una fiesta, por eso también en ella domina la alegría.

Pero todavía no estamos en la Pascua, en el tránsito. Todavía no hemos llegado a la frontera, no estamos más que en camino. La Iglesia está todavía en el camino de la muerte, y en él ve la muerte como tal, como consecuencia del pecado en todo su horror, no como muerte salutífera y fuente de vida. Por eso está llena de tristeza, y esta tristeza es de penitencia. Por su orgullo y desobediencia, el hombre es responsable de esta muerte; la Iglesia llora y expía en la Cruz y en la tumba de Cristo la culpa del hombre. El Señor está muerto y sepultado, le ha sido arrebatado el esposo de la vida. Con El ausente, no puede celebrar los Misterios de la vida. El Sumo y Eterno Sacerdote ha de estar presente, vivo, si quiere ofrecer el sacrificio con El y por El. Hoy sólo puede contemplar al muerto y llorarle, reconocer el pecado de los hombres a la vista de su cruz y sepultura e implorar misericordia como el buen ladrón. La certeza de la resurrección no se deja ver más que como una luz

no deben celebrarse de ninguna manera los Misterios". (*Epístola* 25, c. 4).

lejana en estas tinieblas de muerte, y en este día la Iglesia fija a propósito su mirada más en las sombras que en la luz. Se identifica con su Señor que quiso gustar en la cruz, hasta las heces, la amargura de la muerte y del abandono de Dios y, a pesar del conocimiento divino que tenía de su resurrección, la gustó realmente. La Iglesia, como bien dice San Gregorio, está colgada con su Señor en la Cruz y sepultada con El.

A esto correspondía ya el Oficio de la noche. A esto corresponde todavía más lo que vemos suceder hoy en la casa de Dios. No hay Misterio del santo Sacrificio para hacer presente la muerte y la resurrección y derramar la alegría de la vida. No hay más que oración y lección, adoración respetuosa de la santa Cruz, súplicas y cantos llenos de duelo, con la mirada puesta en la Cruz y en el Señor moribundo. Pero ningún Sacrificio dispensador de salud. La "Misa de los presentificados" no es más que una celebración de la comunión, desconocida también en la antigüedad cristiana [24].

[24] Ya hemos visto que en tiempo del Papa Inocencio I, o sea al principio del siglo V, no había en la Iglesia romana ni sacrificio ni comunión. Lo mismo sucedía en la Iglesia de Jerusalén, ya que la peregrina Eteria no nos dice nada de una comunión el Viernes Santo. Esta no fue introducida hasta el siglo VIII y, aunque suprimida en el siglo XII en la Iglesia romana, en muchos sitios duró hasta la Edad Media, e, incluso, hasta los tiempos modernos. Para los documentos, V. Bugnini-Braga, *o. c.*, pp. 105 ss.

## LA PROSKYNESIS

Aunque no sea un Sacrificio, el rito del Viernes Santo conserva aún algunos elementos de la más antigua liturgia de la misa, como la larga oración de súplica, la proskynesis de los sacerdotes y su muda oración al comienzo de la reunión cultual. Estos restos del pasado reciben de la tonalidad general del día un sentido especial, tanto más cuanto que tienen para nosotros un carácter insólito. Los sacerdotes yacen postrados en silencio sobre las gradas del Altar despojado de todo ornato. Sólo la Cruz cubierta de negro mira desde la desnuda *Mensa* a los que están postrados. Detrás de ellos, en la nave de la Iglesia, la muchedumbre de fieles se mantiene silenciosa. Nunca esta actitud de la proskynesis, tan rara ahora en nuestra liturgia occidental, habla con más fuerza que hoy. La vergüenza de la maldad que Dios sufre de parte de los hombres obliga a la Iglesia a postrarse en el polvo. Se prosterna, se anonada. No es que quiera dejar de existir, sino que quiere dejar de existir para sí. Declara su voluntad de padecer, de padecer junto con su Señor, de padecer para expiar. Ella no ha pecado. Pero siente el peso del deicidio como su propia culpa. Porque sigue habiendo hombres, antes hijos de la Iglesia, que ponen sus manos asesinas en el Ungido del Señor. Cristo ha resucitado, es verdad, y ya no muere. Pero el Viernes Santo todavía continúa. Todavía sigue padeciendo Cristo en

sus miembros. Por eso la Iglesia está postrada ahora a los pies de la Cruz, dispuesta a soportar la cólera de Dios. Como Cristo. Con El. Esta es la verdadera faz de la Iglesia. Ahora que ella la oculta es cuando se manifiesta. No está en el mundo para dominar, sino para servir y para padecer. Esta es su misión, como fue la misión de Cristo. El mandamiento del Padre. Y "su mandamiento es vida eterna" [25].

Esta esperanza de la vida es poderosa en la Iglesia. Aun hoy día. La prontitud para el sufrimiento es lo que define su actitud, no la desesperación. Se prepara a la Pascua, a la muerte que conduce a la vida. Aunque en este día no se entregue mucho a la alegría de esta expectación, no por eso deja de expresar su firme esperanza en ella. Ya desde la primera oración en voz alta, en la que —cambio feliz introducido por el *Ordo instauratus*— después de la larga oración muda de la proskynesis, recoge los sentimientos, los deseos y súplicas de todos: "Oh Dios, que por la Pasión de tu Cristo, nuestro Señor, has anulado la muerte heredada de la antigua culpa; concede que, identificados a El, llevemos por la santificación la imagen de la gracia celeste así como hemos llevado por la violencia la imagen de la naturaleza terrena".

[25] *Juan*, 12, 50.

La Iglesia se confirma en esta esperanza llena de fe por la lectura de la Sagrada Escritura a la cual ahora, después de haberse levantado de la proskynesis, se entrega con amoroso afán. La Iglesia de nuestros días sigue así una antiquísima costumbre. Ya la peregrina Eteria (Silvia) nos dice hablando del Viernes Santo en Jerusalén: "Se pone un asiento ante la cruz para el Obispo, y de las seis a las nueve no hay otra cosa que continua lectura, de esta manera: en primer lugar se leen los pasajes de los *Salmos* en los que se habla de la Pasión; después, de los Apóstoles, tanto de las *Epístolas* como de los *Hechos de los Apóstoles*, en los que hablan de la Pasión del Señor; también se leen de los *Evangelios* los pasajes en los que el Señor padece. Igualmente se lee de los Profetas lo que predicen de la futura Pasión del Señor: Y así desde las seis hasta las nueve se lee constantemente (en los Libros Sagrados) o se cantan himnos para hacer comprender al pueblo cómo todo lo que predijeron los Profetas de la futura Pasión del Señor se halla confirmado, como realmente sucedido, por los Evangelios y las cartas de los Apóstoles. Y así, durante estas tres horas, aprende el pueblo que no sucedió nada que no hubiera sido predicho de antemano, y que nada fue predicho que no se haya realizado enteramente" [26]. Como entonces,

[26] *Silviae peregrinatio*, 67.

lo mismo ahora. La Iglesia se sienta a los pies de la Cruz y lee en los Profetas, en los Salmos, en el Evangelio lo que se refiera a la Pasión del Señor. Ha comenzado a hacerlo en las Tinieblas de la noche (o del amanecer). Ahora, en las primeras horas de la tarde, en el tiempo en que el Señor padeció en la Cruz, continúa haciendo lo mismo. Ve cómo la palabra de los videntes se ha realizado en la sangre; y el Espíritu de Dios, que habla por ellos, le interpreta la dura realidad de la Cruz. Ella comprende así la amarga necesidad de esta Pasión de Dios, y no queda sin la consoladora visión de un resultado salutífero. Porque la profecía del pasado predice *toda* la Pascua: la muerte y la vida nacida de la muerte. Por eso estas lecciones y cánticos proféticos convienen a este día que, con todo su carácter de penitencia, no pretende más que preparar a la Pascua y tiende hacia la vida que ésta ha de comunicar.

## OSEAS

En primer lugar oímos el mensaje de Oseas en el que junto a la predicción de la Pasión resuena en seguida el acento pascual de la Resurrección: "Venid y volvamos a Yavé: El desgarró, El nos curará; El hirió, El nos vendará. El nos dará vida a los dos días, y al tercero nos levantará y viviremos ante El" [27]. Durante todo el tiempo pascual, el rito mo-

[27] *Oseas,* 6, 1-3; 1.ª Lección.

nástico repite estas palabras del Profeta en el Oficio de la noche [28]. Y así como son tan apropiadas entonces, no lo son menos hoy. Si después de la fiesta de la Pascua ensalzan la realidad litúrgica consumada, hoy anuncian la esperanza cierta. La Iglesia sabe escoger sus textos. Nada más adecuado a este momento que estas palabras viejas de muchos siglos. Expresan lo más exactamente posible lo que es, aquí y ahora, el Viernes Santo: la perfecta unidad del sufrimiento de Cristo y del sufrimiento del cristiano, la expiación y la esperanza del cuerpo místico de Cristo en su resurrección, esperanza que no se distingue entre los sufrimientos.

### HABACUC

Esta esperanza resuena de una manera más solemne y más firme todavía en los Responsorios que siguen. La Iglesia está estremecida de admiración ante las obras de Dios, terribles y no obstante tan misericordiosas, que se manifiestan en la Cruz, y en su emoción, una vez más, no encuentra palabras más apropiadas que las antiquísimas de los Profetas. Se asombra y balbucea con Habacuc: "Oí, oh Señor, lo que nos diste a oír. El miedo se apoderó de mí. Contemplé tus obras y me asusté. Te das a conocer en medio de dos animales vivientes. Se han cumplido los años: tú eres conocido. El tiempo ha llegado, oh

[28] *Breviarium Monasticum,* Lección breve de Maitines en las ferias del tiempo pascual.

Señor, tú te muestras descubierto. Mi alma estaba aterrada; en medio de tu cólera te acordaste de la misericordia. Dios viene del Líbano. El Santo viene del monte enselvado y umbroso. El cielo resplandece con los destellos de su gloria y la tierra está llena de su alabanza" [29]. Hoy también se manifiesta "entre dos seres vivos", entre estos dos misteriosos seres vivos que, en diferentes figuras, aparecen siempre que Dios se revela. Como el niño recién nacido aparece en el pesebre entre dos animales, como el Señor hecho hombre aparece en el Monte de la Transfiguración entre Moisés y Elías, así aparece el Crucificado entre dos ladrones, revelando la implacable Justicia, pero también la incomprensible misericordia de Dios.

"El Santo" ha llegado desde el alto monte de la divinidad, cuya cima inaccesible, el Padre Eterno, estaba, para la mirada humana, "enselvada" y "umbrosa", es decir: oculta e invisible —pues "Dios nadie le vio jamás; Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, ése nos le ha dado a conocer" [30]. El, la cima lejana que para Israel permaneció oculta en el humo y la nube y que incluso a Moisés el amigo de Dios, no llegó a descubrírsele enteramente, se ha acercado a nosotros como un hombre a otro hombre. Cada palabra del Hijo de Dios hecho hombre le ha ido despejando más y más hasta que al fin quedó al descubierto y visible para todos, cuando la Cruz de Cristo fue plantada sobre el monte. Entonces fue

[29] *Habacuc,* 3, 2-3 (traducción según el texto latino del Misal Romano); 1er. Responsorio.

[30] *Juan,* 1, 18.

conocido como la cumbre de la Justicia que cumple su palabra y castiga el pecado con la muerte"; entonces fue conocido como la cumbre todavía más alta de la Misericordia que hace del Hijo inocente víctima de la Justicia para poder indultar al culpable. Ante esta altura ¡qué minúsculo aparece el "tumulto de los pueblos que se amotinan contra Dios y su Ungido" [31]! Las tinieblas del pecado, el humo de la pasión humana se disipa ante su resplandor que "cubre los cielos" [32]. La Justicia del Señor es "alta como los montes de Dios" [33], su misericordia "se levanta hasta los cielos" [34] y "permanece eternamente" [35].

Así, de los libros proféticos, como de los *Salmos* del Oficio de la noche, sale un destello de la gloria de la Justicia y de la misericordia divinas, triunfantes en la Cruz, e irrumpe en medio de la tristeza penitente de la Iglesia. El canto apocalíptico de Habacuc proyecta la luz de la resurrección e incluso el resplandor de las llamas de la Parusía. Pero la Iglesia no se detiene en esto. Todavía no se ha hecho realidad litúrgica lo que la palabra profética la promete. Por eso permanece en el recogimiento y en la tristeza continuando a instruir a sus hijos, mediante la Sagrada Escritura, sobre el cercano acontecimiento de Salud.

[31] *Salmo 2,* 1-2; 1.ª Antífona de las Tinieblas.
[32] *Habacuc,* 3, 3; 1er. Responsorio.
[33] *Salmo 35,* 7.
[34] *Salmo 35,* 6.
[35] *Salmo 135,* 1.

En la lección tomada del *Exodo* vuelve, con la figura del cordero pascual, a la humildad de la Cruz y dirige nuestra mirada sobre la plenitud de salud sacramental que para nosotros se ha derramado de las llagas del Cordero de Dios. Trayendo a nuestra memoria, a la vista de la Cruz e inmediatamente antes de la lectura de la Pasión, este acontecimiento tipológico de la Antigua Alianza, la Iglesia nos descubre el sentido pleno de la crucifixión y muerte de Cristo como la obra de salud para el pueblo de Dios de la Nueva Alianza. El simbolismo de este hecho ha sido comentado en detalle con tanta frecuencia que nos basta con recordarlo aquí. El Señor pasa por la noche a través de Egipto y hiere de muerte a todos los primogénitos. Los israelitas, por mandato de Dios, han sacrificado un cordero sin defecto ni mancha y con su sangre han marcado las puertas de sus casas. Por dondequiera que brilla la señal de sangre, pasa de largo el vengador.

Esta es la gran Pascua, el paso que a lo largo de la noche de los tiempos se repite continuamente en el verdadero Israel, en la *Ecclesia*. Egipto —el mundo enemigo de Dios— y Faraón —Satán, el príncipe de este mundo— tratan de someterla a la esclavitud del pecado. Pero el Verbo de Dios [36] pasa a través

[36] Según *Sabiduría* 18, 14 s. fue el Verbo de Dios, según *Exodo* 11, 4 s. y 12, 29, fue el Señor mismo quien hirió a los primogénitos de Egipto.

del mundo y en castigo los hiere con la espada de la ira divina, mientras la *Ecclesia* no cesa de celebrar la mística inmolación del verdadero Cordero de Dios, como ayer le fue encomendado; no cesa de comer su carne —a prisa, porque el paso del ser y obrar del mundo al ser y obrar de Dios apremia, cada día de nuevo, a los fieles—, y con la sangre de Dios unge puertas, es decir, los labios de los fieles [37], para que los así marcados y sellados escapen a la cólera de Dios.

Con esta figura salvífica del nuevo Cordero pascual ante los ojos, la Iglesia, en el Salmo de Pasión [38] que sigue y en la historia de la Pasión según San Juan, se entrega a la meditación de los sufrimientos de Cristo. En el Salmo oímos, como lo hemos oído tan a menudo en estos últimos días, las súplicas que Aquel que lucha con la muerte y el infierno dirige a su Padre y Salvador. Pero en la Pasión de San Juan —en el prendimiento, en el interrogatorio ante Anás y ante Caifás, ante Pilatos— surge una y otra vez, tras la faz del que sufre amargamente, la real cabeza del Señor del mundo que va a la muerte porque quiere, porque lo quiere el Padre del Cielo. "No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto" [39].

[37] Para los antiguos cristianos el simbolismo era claro porque recibían la Eucaristía bajo los dos aspectos.

[38] *Salmo 39*, 2-10; 2.º Responsorio.

[39] *Juan*, 19, 11.

Nunca, tal vez, es la Iglesia tan consciente del inestimable tesoro que ha sido puesto en sus manos con esta voluntaria Pasión del rey eterno. Por eso en la gran súplica —llamada en otro tiempo *Oratio fidelium,* porque sólo podían asistir a ella los fieles— reúne a todos los miembros de su Cuerpo, a todos los estados de la Iglesia, pero también a los alejados de Dios y a los extraviados, a todos los menesterosos del mundo, bajo la Cruz de su Señor, para implorar "por su Cruz y su Pasión" [40] la misericordia de Dios por todos. No es que estas oraciones tan impresionantes hayan sido siempre algo exclusivo del Viernes Santo. En toda celebración del santo Sacrificio, ya lo hemos dicho, se elevan a Dios, como hoy todavía se acostumbra en la Iglesia griega. En la liturgia romana sólo el *Oremus,* que hoy carece de significación señala al principio del Ofertorio, el momento en que en otro tiempo también la Iglesia latina alzaba sus manos para la súplica solemne. Podría tal vez lamentarse la supresión de una oración tan poderosa en la celebración de nuestros Misterios. Pero la pérdida significa al mismo tiempo ganancia. Este día lo prueba. Como él es el único que ha conservado las *Orationes solemnes,* uno las siente espontáneamente como algo único y estrechamente vinculado a la esencia del Viernes Santo, aun sabiendo que no es así. Imposi-

[40] *Per crucem et passionem tuam libera nos, Domine*! (Invocación de las Letanías de todos los Santos).

ble que estas súplicas se pierdan en el vacío, se dice la comunidad que participa a ellas. Hoy penetran inmediatamente en el corazón abierto del Señor, se posan en sus manos traspasadas. Presentando las cicatrices de sus heridas intercederá ante el Padre en favor de las súplicas de su *Ecclesia* y su sangre derramada por nosotros, que clama más alto que la sangre de Abel [41], será oída y obtendrá gracia. Así lo prometían ya las lecciones de las Tinieblas, con las palabras de la *Epístola a los Hebreos*.

¿Y no es El el Crucificado mismo, no es ya su Cruz el cumplimiento de todos estos ruegos que la *Ecclesia* eleva hasta El? ¿No le ha conseguido El, durmiendo sobre la Cruz, la *quieta et tranquilla vita,* la vida tranquila en Dios, el orden de salud que de El imploraba? [42] Todos los órdenes de la Iglesia, todos los que han recibido de Dios vocación o ministerio, gracia o misión, ¿no sacan de la sangre inmolada del Señor la fuerza del Pneuma para mantenerse en su Orden y desempeñar rectamente su ministerio? [43] Y ¿no es la Cruz el hito ante el cual todos los falsos caminos extraviados de paganos y judíos, todos los vanos caminos de propia elección por donde van los herejes, han de acabar por torcer su rumbo en dirección al fin?" [44]. Estos brazos extendidos sobre

[41] *Hebreos,* 12, 24.

[42] Cfr. *1.ª Oratio pro sancta Ecclesia.*

[43] Cfr. *3.ª Oratio pro omnibus ordinibus gradibusque fidelium.*

[44] Cfr. *Oratio pro unitate ecclesiae, 8ª Oratio pro conversione judaeorum* y *9.ª Oratio pro conversione infidelium.*

la Cruz ¿no se han abierto para abrazar a todos en la unidad y en la comunión del cuerpo de Cristo? ¿Y no está en este Rey, que reina desde la Gruz y que ha sometido al mundo no por el hierro de la violencia sino por el leño de la ignominia, la verdadera escuela, la única en la que los dirigentes de los pueblos podrán aprender a conservar en la *religio* la *integritas,* en la religión la integridad y en la *patria* la *securitas,* en la patria la seguridad? [45] ¿No está aquí, en la Cruz, "el puerto de Salud" para los navegantes, el "retorno al hogar" para los peregrinos? [46] En este hombre golpeado y herido ¿no está la salud divina para toda dolencia de la humanidad? [47] Este hombre clavado a la Cruz ¿no tiene la llave de todas las prisiones del mundo, cuando enseña a los prisioneros una libertad que ningún tirano les puede arrebatar, la libertad de decir "sí" a la voluntad de Dios? Realmente, una plenitud de salud que está patente a su *Ecclesia* en aquel que fue tenido por el mundo como "sin salud". Tal vez era preciso que estas oraciones solemnes se suprimieran en los demás días para que manifestaran en este día único, todo su poder. Pero cada uno de los fieles en particular gustará, sin duda, repetirlas en otros días, aunque en un breve compendio que podría tomarse de una antigua

[45] Cfr. *4.ª Oratio pro res publicas moderantibus,* que en el nuevo *Ordo* ha ocupado el lugar de la *Oratio pro Imperatore,* desde hace mucho tiempo caída en desuso.

[46] Cfr. *6.ª Oratio pro fidelium necessitatibus.*

[47] Cfr. *Ibid.*

homilía pascual de San Hipólito: "A Ti te invocamos, oh Dios y Señor, Cristo, Rey espiritual de los siglos. Extiende continuamente tus manos poderosas sobre tu santa *Ecclesia* y sobre tu santo pueblo" [48].

## LA ADORACION DE LA CRUZ

Con esta súplica insistente la Iglesia se ha acercado a la cumbre del Oficio del Viernes Santo. Ahora es tiempo de descubrir la Santa Cruz y de mostrarla a todo el pueblo: "Ved aquí el madero de la Cruz del cual estuvo colgada la salud del mundo" [49]. Aunque ya no pueda presentarse a la mirada de los fieles, como en otro tiempo en Jerusalén, la verdadera Cruz del Señor o, como hoy todavía en muchos sitios, una partecita de esta venerable reliquia, la Iglesia se ve, no obstante, en todas partes frente a esta única Cruz y se arrodilla ante la misericordia de Dios que se ha hecho visible en este duro leño: *Venite adoremus*! "Venid, adorémosla". Prosternada en el polvo, con el beso de la adoración, que en el antiguo Oriente se practicaba en los pies y en la orla del vestido de los reyes, rinde homenaje a la majestad del amor divino abismándose en su conciencia del pecado del hombre, que ya al principio del Oficio de este día la hacía arrojarse rostro a tierra. Una vez más, a la vista de la Cruz descubierta, da estremecedora expresión a este sentimiento en los "Im-

[48] Citado por Odo Casel, *Art und Sinn der ältesten christl.* Osterfeier, "Jb. f. Liturgiewiss". 14 (1934), p. 28.

[49] *Antífona ad detegendam Sanctam Crucem.*

properios", reproches y acusaciones que pone en los labios del Señor que sufre. Tiene el corazón tan desgarrado por ellos, en medio de su contrición, no encuentra otro recurso, ante el nombre del Santo que la hace temblar, que refugiarse en la misericordia de Aquel que otorga el perdón: "Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal. Tened piedad de nosotros." En dos coros, griego y latino, resuenan las antiguas aclamaciones [50], como si la *Ecclesia* entera se congregara corriendo desde Oriente y Occidente para confesar unánimemente ante el Señor crucificado, la santidad de Dios y el pecado del género humano.

Sí, la *Ecclesia entera*. El nuevo Ordo lo pone de relieve de la manera más hermosa, no reservando la adoración de la santa Cruz a solos los sacerdotes y *ministri*, como hasta ahora, sino que convoca a todos los fieles a dar testimonio de su amor y su respeto a la Cruz, doblando las rodillas, y besándola. Sin duda, este retorno a la antigua costumbre, que Eteria vio ya en Jerusalén y que poco más tarde fue introducido en Occidente, es uno de los principales méritos del *Ordo instauratus*. Precisamente la participación de todos en la adoración de la santa Cruz responde a la intención principal de la reforma litúrgica: la participación activa del pueblo fiel en la obra cultual de salud. Porque, una cosa es que yo vea

[50] Proceden, así como los Improperios, de la Iglesia Oriental. Cfr. Anton Baumstark, *Der Orient und die Gesänge der Adoratio Crucis*, "Jb. f. Liturgiewiss". 2 (1922), pp. 1-17; y también Bugnini-Braga, *o. c.*, p. 104 y la bibliografía que en ella se cita.

hacer al clero la *adoratio crucis* en un presbiterio, tal vez muy alejado y difícil de abarcar con la mirada, y otra que yo mismo me dirija a las gradas del presbiterio, me acerque a la santa Cruz y con el beso del amor dé respuesta a la desgarradora pregunta del Señor: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho? o ¿en qué te he contristado? Respóndeme" [51]. Si no soy más que espectador de este acto de adoración, podré, sí, admirarle, pero le dejaré pasar ante mí sin que me estimule en lo más íntimo —una bonita ceremonia que no obliga a nada. Pero, si, por el contrario, yo mismo me acerco y, en la imagen del Crucificado, toco con un santo beso al Señor, entonces me consagro a El en la vida y en la muerte, afirmo mi deseo de participar en su Pasión y Muerte, de padecer con El su Pascua, ahora en el culto, e incesantemente en todas las dificultades de la vida diaria. Si mi beso no quiere ser un beso de Judas, ha de decirle: a Ti, mi fidelidad, Kyrios Christo. Introdúceme en tu santa Pascua. Este beso a la Cruz el día y a la hora en que Cristo murió [52] es una pública renuncia al Yo, al mundo y a Satán, es un público testimonio por Cristo y por su Cruz, y al mismo tiempo una íntima promesa nupcial de no pensar en adelante nada, no amar nada, no querer "tener" nada más que Cristo: *nihil amori Christi praeponere,* "no anteponer nada al amor de Cristo" [53].

[51] Cfr. los Improperios.

[52] Según el *Ordo Instauratus,* el Oficio del Viernes Santo es una *solemnis actio liturgica postmeridiana.*

[53] *Regula Sancti Benedicti,* c. 4.

Así comprendido y practicado, el acto simbólico de la adoración de la Cruz puede hacerse un verdadero Misterio que, aunque no de la manera perfecta del Sacrificio y banquete eucarísticos, realiza una verdadera unión con el Señor que sufre y muere. Por eso, la Iglesia podría haberse contentado con esta especie de *communio,* sin necesidad de volver a introducir la comunión de los fieles en la liturgia del Viernes Santo, aunque es verdad que ha sido practicada temprano y durante largos siglos [54]. Pero es precisamente la adoración a la Cruz lo que nos hace comprender por qué la Iglesia ha vuelto a poner la *communio* de los fieles a continuación de la *adoratio.* Al que con un beso se ha declarado dispuesto a participar en la Pasión de obediencia del Señor, no se le debe privar de la posibilidad de sellar este "sí" a la Pascua de Cristo comiendo su Cuerpo sacrificado, y de recibir de él la fuerza para padecer esta Pasión hasta el fin. En este sentido, como expresión de la participación a la Pasión y muerte de Cristo, tiene su importancia la comunión del Viernes Santo. Sin embargo, no es como en cualquier otro día, una alegre comida pascual a la mesa del Resucitado, no es el banquete anticipado de la bienaventuranza celeste. Hoy no es, en realidad, más que comida para el camino, viático

[54] Cfr. p. 186, nota 24.

(como en otro tiempo la Pascua de los judíos) por la virtud del cual podamos como el Profeta llegar al monte de Dios: Gólgota arriba, junto a la Cruz del Señor.

## LA ALEGRIA POR LA CRUZ

Con esto hemos alcanzado la cumbre del Oficio de este día. La Cruz erguida no ya sobre el monte del Calvario a las puertas de la antigua Jerusalén, sino sobre el Altar de la nueva Jerusalén, no está ya cercada por el tumulto de blasfemias de los soldados paganos y de los fariseos judíos, sino respetuosamente abrazada por la *Ecclesia* que aquí, en el momento de mayor tristeza, recibe, como consuelo en la Cruz, un destello anticipado de la alegría de la resurrección: "Adoramos, Señor, vuestra Cruz; alabamos y glorificamos vuestra santa resurrección; porque por este madero vino el gozo a todo el mundo" [55]. La Pascua parece haber sido anticipada por un instante. La Iglesia canta la alegría y la Resurrección. Esto es lo que hemos de retener del Viernes Santo: la inolvidable impresión de este canto de alegría, todavía, es verdad, contenida, traspasada de tristeza, pero, en lo más hondo, dichoso: "Por la Cruz vino el gozo a todo el mundo".

Esto es característico de la actitud fundamental de la Iglesia no sólo en su Liturgia, sino en toda su vida.

[55] Antífona para después de la Adoración de la Cruz.

Camina a lo largo del tiempo con el Señor hecho hombre y lleva la Cruz con El. Ve una y otra vez, cómo es derramada la sangre de Cristo por las manos de los impíos y es sacrificada la vida del ungido de Dios; porque, en los miembros de su Cuerpo Místico, muere por ella el Señor mismo. Su Viernes Santo dura a través de todos los tiempos y sus tinieblas más espesas están todavía por llegar. Pero ella no se queja, no vacila. Está de pie, como María, bajo la Cruz. Sufre en la Cruz sin quejarse, como Jesús. Y siempre que la asalta la muerte, muere en testimonio de Dios y segura de la vida.

Su vida es una vida de cruz, un *via-crucis*, un morir continuo. Pero su voz es la voz de la alegría; su Liturgia es la fiesta de la vida. Realmente, sufre la muerte, pero vive ya en la resurrección. Porque su comida es el manjar de la inmortalidad: el cuerpo del Resucitado. Ella no puede perecer. Al contrario, en la ruina del mundo está ella sola en pie, tal como hoy se nos presenta, no conservando de la misa más que la oración por el pueblo y la santa comunión, diariamente muerta y diariamente resucitada, con los brazos levantados rogando por sus verdugos e implorando en el signo de la Cruz la alegría para el mundo martirizado. Es más, orando con sus manos extendidas, en perfecta identidad con el Señor, *ella misma* es la Cruz, de la que hasta el fin de los tiempos y por toda la eternidad se dirá: "Por la Cruz vino el gozo a todo el mundo".

# *ESTA ES LA NOCHE*

## SABADO SANTO Y VIGILIA PASCUAL

## ¿DIA O NOCHE?

"...Y al fin llegó la noche de Pascua con sus alegres y jubilosos sonidos. A medianoche resuenan, por fin, de la boca del celebrante y del diácono, entre el resplandor de todos los cirios —de un mar de cirios ondeantes en las manos de los asistentes— las palabras de alegría largo tiempo esperadas, ansiadas: 'Es el día de la Resurrección; dejémonos iluminar, oh hombres. ¡Pascua del Señor, Pascua! Porque Cristo, nuestro Dios, nos ha hecho pasar de la muerte a la vida, de la tierra al cielo, a nosotros que cantamos el cántico de la victoria. Y se eleva de mil bocas el cántico de la victoria de la noche Pascual: Cristo ha resucitado de entre los muertos, después de haber vencido a la muerte por la muerte y haber dado la vida a los que estaban en las tumbas'. Y una y otra vez resuena este brevísimo versículo, santificado por su poderosísimo contenido y por el uso de los siglos, como la mejor expresión, la más amable, la más conocida, familiar a todos, a la vez popular e íntima, de la jubilosa alegría pascual de la Iglesia" [1].

[1] Nicolás Arseniew: *Ostkirche und Mystik* (1925), pp. 17 s.

Así describe Nicolás Arseniew la fiesta de Pascua de la Iglesia Oriental. Nos encontramos aquí con la herencia del cristianismo primitivo, conservado por la Iglesia Oriental en su liturgia, sobre todo en la celebración de la noche de Pascua. Pero a nuestra liturgia romana-occidental tampoco la falta nada de esta alegría exuberante por la vida eterna resucitada. Sólo que durante largo tiempo habíamos olvidado la verdadera liturgia pascual romana.

Ciertamente, no es el Domingo de Pascua, como a veces podría parecer, el que más presente nos hace el acontecimiento salutífero de la celebración de la Pascua. La Iglesia sabe cuánto dicen tiempo y lugar en el simbolismo de la acción litúrgica. Escoge con cuidado el día y la hora de sus fiestas y solemnidades. ¿Cómo podría querer celebrar precisamente la "fiesta de las fiestas" [2], la "solemnidad de las solemnidades", la santa Pascua a otra hora, distinta de la que le corresponde? Este maravilloso acontecimiento pertenece a la noche. Nadie fuera de la noche lo ha visto. La noche envuelve el comienzo de la vida divina en el mundo. Esta nace en la noche y en las tinieblas del pecado a fin de transformarlas en luz y en día. En la noche nace el niño Jesús del seno de la Virgen; en la noche renace el hombre Jesús del seno del sepulcro.

Sólo una de estas grandes noches de redención, a la que está vinculada nuestra verdadera vida, ha sido

[2] Canon de San Juan Damasceno para el día de Pascua; Oficio de la liturgia griega para la mañana del Domingo de Pascua.

conservada continuamente y celebrada con solemnidad por la Iglesia romana: la noche de Navidad. La otra, la noche de Pascua, ha desaparecido, prácticamente al menos, con el correr de los siglos. Motivos de orden externo [3], que no es éste el lugar de discutir, han conducido a la Iglesia Occidental, en una época relativamente tardía, a trasladar la liturgia solemne de la noche de Pascua a la víspera, a la mañana del Sábado Santo. No obstante, siguió siendo, conforme a su esencia, una solemnidad nocturna, como lo dan a entender los mismos textos; y cualquiera que se fije lo suficiente podría, a pesar de esta anticipación, llegar a penetrar en el sentido pleno de la fiesta de Pascua. Mucho más fácil resulta para nosotros, a quienes la sabiduría de nuestro padre Pío XII ha devuelto la celebración de la noche de Pascua. Ahora conocemos, es más, lo vivimos, que el Sábado Santo, que hasta ahora por la anticipación de la Vigilia, presentaba un resplandor pascual, es originaria y esencialmente un día de duelo alitúrgico [4], consagrado como el Viernes Santo a la preparación de la Pascua por la penitencia y la oración.

[3] Cfr. Josef A. Jungmann, *Die Vorverlegung der Ostervigil seit dem christl. Altertum,* "Liturg. Jb." 1 (1951), pp. 48-54.

[4] Cfr. Jean Hild, *Le samedi saint, jour aliturgique,* "La Maison-Dieu", n. 28 (1951), pp. 136-159.

Lo mismo que el Viernes, el Sábado de la Semana Santa comienza también en la última hora de la noche, con las Tinieblas [5]. Pero ¿son en realidad Tinieblas, "Maitines sombríos"? Es como si fuera injusto su nombre. Es verdad que también hoy están llenos de lamentos; lamentos por la desventura de Jerusalén, lamentos por la muerte del Señor. Sin embargo, lo propiamente sombrío, desconsolado, desesperado casi, ha retrocedido. El rayo de alegría que ha surgido al descubrir la Cruz, sigue brillando como una tenue y tranquila luz de esperanza sobre la comunidad de fieles. Se parece a las mujeres junto al Sepulcro, que se inclinaron y "miraron al sitio que le pusieron" [6]. Le cobija una paz radiante, disfrute anticipado de aquel "claro atardecer" que el Himno de Nona pide día tras día. "Duermo ahora en paz y descanso" [7], dice la primera Antífona de Maitines, y todo lo que la sigue está acorde con este mismo tono tranquilo e incluso alegre "El habitará en su tienda, descansará en tu santo monte" [8]. "Mi carne (martirizada) descansa, reposa en la esperanza" [9].

[5] *Mane, hora competenti,* vuelve a decir el nuevo Rito acerca de la hora del Oficio.

[6] *Marcos,* 15, 47.

[7] *Salmo 4,* 9; 1.ª Antífona de las Tinieblas.

[8] *Salmo 14,* 1; 2.ª Antífona de las Tinieblas.

[9] *Salmo 15,* 9; 3.ª Antífona de las Tinieblas.

Las mismas lamentaciones ya no pueden ensombrecer esta creciente claridad. Es verdad que la segunda y la tercera despliegan una vez más el horrible cuadro del pueblo vencido, de la ciudad destruida: abominación y desolación en el Santuario; casas incendiadas, mujeres ultrajadas, niños muertos de hambre en las calles. Y en los Responsorios correspondientes se alza el mismo clamor de queja y de penitencia dirigido a la ciudad culpable: "Levántate, Jerusalén, despójate de los vestidos de alegría! ¡Cúbrete de cilicio y de ceniza! Pues en ti ha sido muerto el Salvador de Israel. ¡Deja correr tus lágrimas a torrentes día y noche y no descanse tu pupila! Pues en ti ha sido muerto el Salvador de Israel" [10]. ¡Gime como una virgen, pueblo mío! ¡Aullad, pastores, en cilicio y ceniza! Pues ha llegado el día del Señor, grande y amargo. ¡Ceñíos vosotros, sacerdotes, y lamentaos, ministros del Altar, y cubríos con ceniza! Pues ha llegado el día del Señor, grande y amargo" [11].

Pero toda esta desolación aparece en cierta manera atenuada por la Lamentación precedente, la primera, que produce el efecto de una alabanza a la misericordia de Dios salida de un corazón contrito, y continúa oyéndose como un son reconciliador en medio de los gritos de dolor que siguen: "Es una gracia de Dios que no hayamos sido consumidos; porque no se ha agotado su misericordia. Se renueva cada mañana:

[10] Adaptación libre de *Baruch,* 5, 5 y 4, 36 y de *Lamentaciones,* 2, 10 y 18; 2.º Responsorio de las Tinieblas.

[11] *Joel,* 1, 8; *Jeremías,* 25, 34; *Sofonías,* 1, 14; y *Joel* 1, 13; 3er. Responsorio.

¡grande es su fidelidad! El Señor es mi heredad, dice mi alma: por eso espero en El. El Señor es bueno para los que esperan en El, para el alma que le busca. Cosa buena es esperar en silencio la salud de Dios. Bueno es para el hombre llevar su yugo desde la juventud. Está sentado solo y en silencio, porque El (el Señor) se le impuso" [12]. Aquí está la salida en los sufrimientos, la superación y la victoria. El sufrimiento viene de Dios, no de los hombres; es castigo del pecado. Por eso conviene soportar en silencio, con espíritu de penitencia, lo que El impuso para expiación del pecado. Dios es ciertamente misericordioso aun cuando nos castiga; porque ¿no hubiera podido aniquilarnos enteramente a los culpables, a *nosotros,* los culpables? En vez de hacerlo así ha descargado el castigo sobre *uno,* Cristo, el "Hombre", que "está sentado en silencio" y soporta la cólera divina, "presenta sus mejillas al que le golpea" y "se sacia de oprobios" [13], "no abre su boca cuando le maltrataban" y "es entregado a la muerte para que su pueblo viva" [14]. Sentimos dónde reside el carácter reconciliador de estos cantos: en la revelación del sentido misterioso y del fin redentor de todo sufrimiento, en la humilde esperanza, en la misericordia final, y en la gracia devuelta que hace soportables pruebas más terribles y protege contra la deses-

[12] *Lamentaciones,* 3, 22-28; 1.ª Lamentación de las Tinieblas.

[13] *Lamentaciones,* 3, 28 y 30; 1.ª Lamentación de las Tinieblas.

[14] *Isaías,* 53, 7 y 12; 1er. Responsorio de las Tinieblas.

peración. El Hijo de Dios sufre y muere —por eso, todo acabará en vida y paz.

En el segundo Nocturno, esta sosegada devoción, esta tranquila, pero firme esperanza del corazón humillado y purificado en el sufrimiento, se eleva de pronto a una casi jubilosa seguridad: "Abríos, puertas eternas, que va a entrar el Rey de la Gloria" [15]. "Creo firmemente que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivos" [16]. "Oh, Señor, Tú has arrancado mi vida a los infiernos" [17]. Aunque poco después en los Responsorios de este Nocturno, vuelve a sollozar la queja porque "nuestro pastor se ha marchado, se ha secado la fuente de agua viva" [18], porque "muere el Justo y nadie lo siente en su corazón" [19]; no obstante la seguridad de la victoria se mezcla en todas partes al lamento anulando su tristeza. "Nuestro Salvador ha hecho saltar las puertas de la muerte junto con sus cerrojos, ha derribado las barreras del Hades" y "ha vencido el poderío de Satán" [20]. Es más, en las lecciones de este Nocturno uno cree oír casi una ligera risa cuando San Agustín habla de los guardias del Sepulcro que, estando dormidos, habrían visto cómo los discípulos robaban su cuerpo, una ligera risa de triunfo por la necedad del diablo que

[15] *Salmo 23, 9,* 4.ª Antífona de las Tinieblas.

[16] *Salmo 26,* 13; 5.ª Antífona de las Tinieblas.

[17] *Salmo 29,* 4; 6.ª Antífona de las Tinieblas.

[18] Adaptación libre de *Jeremías,* 17, 13, según la versión griega; 4.º Responsorio de las Tinieblas.

[19] *Isaías,* 57, 1; 6.º Responsorio de las Tinieblas.

[20] Cfr. nota 18.

acaba siempre por ser el engañado, engañado por su propia mentira [21].

En la tranquila seguridad el triunfo, cantos y lecciones del tercer Nocturno adquieren un tono de paz profunda: "Dios me ayuda y me acoge" [22]. "La paz en su sitio; Sión, su morada" [23]. Es como si los *Salmos* cambiaran de aspecto bajo la dirección de estas Antífonas que respiran paz. ¿No se nos ha presentado el *Salmo 75* de las Tinieblas del Jueves Santo como el gran Salmo del Juicio, y el *Salmo 53* de los Maitines de ayer como un grito de auxilio en la extrema necesidad? Hoy se cambia en plegarias de esperanza, de sosiego y de paz. Sólo el tercer *Salmo* de este Nocturno, el último del Oficio de esta noche, parece desentonar. Se trata del sombrío *Salmo 87* que ayer nos aterrorizaba como una quintaesencia de la tristeza y de la desolación. ¿Es el único en que ha fallado el arte de la transmutación? ¿no se ha encontrado para él ningún motivo consolador que hubiera cambiado un poco su aspecto fúnebre?

Parece que no, pues la Antífona de este *Salmo,*

[21] Cfr. Agustín, *In Psalmo 63,* 13/15; 4.ª-6.ª Lecciones de las Tinieblas.

[22] *Salmo 53,* 6; 7.ª Antífona de las Tinieblas.

[23] *Salmo 75,* 3, 8.ª Antífona de las Tinieblas. En el fondo dicen lo mismo las dos mitades del *Salmo* que forman la Antífona: el latín *pax* equivale a *salem* (=paz); por eso Jerusalén es interpretada por los Padres como *visio pacis* (=visión de paz); y Sión es Jerusalén. Sión es interpretada, además, como *speculatio*; tiene, por consiguiente, un significado parecido. Cfr. Agustín, *In Psalmo 50,* 22, passim.

sacada de él mismo, parece un retorno a la queja desesperada: *Factus sum sicut homo sine adiutorio, inter mortuos liber,* "estoy como un hombre sin ayuda, libre entre los muertos" [24] Texto oscuro, a lo menos en su segunda parte. "Libre entre los muertos". ¿Qué quiere decir esto? ¿Equivale este "libre" a "fuera de la Ley", a "merced de" cualquier injuria y arbitrariedad, como un muerto que ya no puede defenderse? En ese caso esta Vigilia que nos parecía tan iluminada por un resplandor de consuelo y de esperanza, tan cercana a la vida, acabaría, no obstante, en el abismo de la muerte.

Pero no, aquí debemos dejarnos guiar por la exégesis de los Padres. Esta nos pone sobre una pista enteramente distinta, sobre una pista de claridad matinal. En la expresión, tan difícil de interpretar, *inter mortuos liber* ven los Padres de los primeros siglos, San Agustín, por ejemplo, una magnífica prueba de la divinidad de Cristo. Sólo Cristo fue verdaderamente un "libre entre los muertos", porque sólo El estaba "en la semejanza de la carne de pecado, sin pecado entre los pecadores" [25]. Sólo el pecado, por sentencia divina, somete al hombre a la muerte. Así, pues, si uno está sin pecado, la muerte no le puede retener, ha de dejarle libre. Este fue el gran error de Satán: creyó poder entregar al Señor a la muerte porque llevaba la carne de pecado del hombre condenado a muerte. Hubo de reconocer, demasiado tar-

[24] *Salmo 87,* 5-6; 9.ª Antífona de las Tinieblas.
[25] Agustín, *In Psalmo 87,* 5.

de, que sobre este único no se le había dado ningún derecho, porque en la carne de pecado de Adán, un hombre entraba en el mundo de los muertos y, único "libre entre los muertos", volvía a salir vivo. Y no solo, sino como Caudillo y Libertador de todos los que desde Adán murieron creyendo en la salvación futura. El que, tiene poder para dar su vida y para volver a tomarla [26], baja al reino de los muertos únicamente para abandonarlo vivo con los vivos. Así, bien entendida, esta Antífona refleja precisamente el triunfo pleno del Señor, su victoria sobre el pecado y la muerte; y las sombras fúnebres del Salmo no tienen otra finalidad que la de hacer de negro fondo para que resplandezca tanto más claramente la vida, nacida de la muerte.

Esta claridad verdaderamente pascual que resplandece de una pequeña Antífona se prolonga en línea recta y se hace infinitamente más profunda en las lecciones de la *Epístola a los Hebreos,* que siguen a continuación. Abren el reino superior, el reino de la vida al que Cristo ha pasado desde el mundo inferior, el mundo de la muerte: *solus inter mortuos liber.* No por la sangre de animales sacrificados, como el Sumo Sacerdote de la Antigua Alianza, sino "por su propia sangre entró de una vez para siempre en el Santuario (del cielo)" [27] y con El también nosotros cubiertos con su sangre. La muerte era necesaria, porque "sin efusión de sangre no hay remisión de peca-

[26] Cfr. *Juan,* 10, 18; V. también Agustín, *o. c.*
[27] *Hebreos, 9,* 12; 9.ª Lección de las Tinieblas.

dos" [28]. Pero ahora, una vez que la sangre del Cordero inmolado ha borrado el pecado del mundo, la soberanía de la muerte ha sido quebrantada, el camino de la vida ha quedado abierto y nosotros somos —en la muerte y en la sangre de Cristo— "libres entre los muertos".

El camino a través de la Cuaresma y su última etapa, la subida de la escarpada vertiente de la Semana Santa, nos ha conducido a la cumbre, allí donde se da el viraje de la muerte a la vida, del sufrimiento a la dicha. Pero lo extraño era que, para nuestros ojos humanos, iba continuamente hacia abajo en vez de ir hacia arriba, que esta ascensión parecía más bien descenso, cuyo término era un abismo en vez de una cumbre. Pero ahora en este momento de las últimas Tinieblas nos damos cuenta poco a poco de dónde en realidad estamos: sobre la cumbre, a las puertas de la vida, inmediatamente antes de la Pascua, del último paso decisivo, del tránsito definitivo al otro lado. Ahora, ya no puede sorprendernos que la primera Antífona de Laudes resuene como un clarinazo de la vida, como un hurra jubiloso del vencedor de la muerte y del infierno: "Oh muerte, yo seré tu muerte; tu mordedura, oh infierno" [29].

Se podría pensar por un momento que la Pascua se ha realizado ya. Pero la continuación de los Lau-

[28] *Hebreos,* 9, 22; 9.ª Lección de las Tinieblas.
[29] *Oseas,* 13, 14; 1.ª Antífona de Laudes

des muestra que la *passio* no se ha acabado todavía; aunque haya cambiado su aspecto y se haya convertido en una *beata passio,* una "dichosa Pasión" [30]. Hacia el fin de Laudes la triunfal alegría que acaba de encenderse parece de nuevo amortiguada ligeramente y convertida en una queja tristemente dulce de la Iglesia junto al Sepulcro del Amado: "Las mujeres estaban sentadas junto al sepulcro se lamentaban y lloraban al Señor" [31]. Este es el tono que marca el carácter propio de esta noche y de todo el día siguiente: una suave queja, una tenue luz de esperanza contemplada a través de un velo de lágrimas.

¡Quién no se sentirá agradecido por habernos sido devuelto en esta forma el último día de la Semana Santa: un día de silencio fecundo antes del acontecimiento sobrecogedor de la noche! Tal vez son los mejores narradores rusos los únicos que han llegado a describirle como es en realidad [32]: una pausa, una última espera santificada por el reposo del Señor. La Iglesia se ha sentado junto al Sepulcro para llorar. Contempla dónde han colocado a su Señor, dónde la Mujer ha acostado a Adán, dónde ha enterrado al hombre, dónde le ha precipitado con su consejo [33]. Ella lo ve y llora. Llora junto al Sepulcro del Señor,

[30] *Missale Romanum,* Canon Missae (Unde et memores).

[31] Cfr. *Mateo,* 27, 61; Antífona del Benedictus.

[32] Cfr. tal vez *Iwan Schmeljow, Im Jahr des Herrn,* en la pequeña antología del mismo nombre de Carl H. Erkelenz (1952), pp. 7-22.

[33] Pedro Crisólogo, *Sermo 80.*

como el Señor ha llorado junto al Sepulcro de Lázaro: sobre la muerte del hombre, sobre la tumba de la vida, sobre el pecado que ha matado al autor de la vida. Pero sus lágrimas se deslizan dulces y calladas. Ya no es la desgarradora queja del Domingo de Septuagésima lo que la sacude. La muerte de Adán ha perdido en el Sepulcro de Cristo todo su horror. La muerte por obediencia ha borrado el pecado. La *massa damnata* [34] ya no se precipita de pecado en pecado, de muerte en muerte, sino que el cuerpo del Obediente "descansa en esperanza". Un presentimiento de la "dicha" de la culpa que nos ha merecido tan gran Redentor" [35], un presentimiento de la "dicha" de la Pasión, que ha merecido "el nombre sobre todo nombre" y la "gloria de Dios Padre" [36], deja al que lo contempla (la Iglesia y el alma) tranquilo y lleno de esperanza.

## LUZ JOVEN

Así va pasando lentamente el día, entre ayuno, llanto y oración ininterrumpidos, y cuanto más se acerca el atardecer tanto más se retira el sosiego lleno de lágrimas, dando lugar a una alegre espectación.

[34] Agustín, *Enchiridion* (De fide, spe et caritate), 27; *Breviarium Romanum,* 5.ª Lección (Breviarium Monasticum, 7.ª Lección) del Domingo de Septuagésima.

[35] *Missale Romanum, Praeconium paschale.*

[36] *Filipenses,* 2, 9 y 11; Epístola del Domingo de Ramos.

Antiguamente eran sobre todo los neófitos los que anhelaban ardientemente la noche. Para ellos lo mismo que para el Señor, era la gran noche del nacimiento, el seno maternal que daba a luz eterna una nueva vida. En la mañana del Sábado Santo se habían reunido para la última preparación. Una vez más un exorcismo les había purificado de la inhabitación del Maligno. La unción de los oídos y nariz con saliva, la unción de todo el cuerpo con aceite [37] habían continuado curando y librando a los neófitos, de manera simbólica, de la posesión del pecado, abriendo su sentido interior a lo divino y fortaleciéndoles como "atletas de Cristo" para la "lucha de este mundo" [38]. Después en la solemne *abrenuntiatio,* los futuros cristianos habían renunciado a Satán, hasta entonces su caudillo, a sus pompas y a sus obras y habían jurado fidelidad al Kyrios Cristo, en cuya milicia entraban ahora. La *redditio,* la repetición de lo que antes se les había dicho [39] y desde entonces frecuentemente repetido [40], había concluido con la recitación en voz alta del Símbolo delante de toda la comunidad de los fieles. Estaba dado el último paso. Lo que dependía de su voluntad y de su fervor humano estaba cumplido. Ahora ya no quedaba más que la espera silenciosa de la consagración, la última preparación del

[37] En Oriente; en Occidente sólo se ungían algunas partes del cuerpo.

[38] Ambrosio, *De Sacramentis* I, 2, 4.

[39] El miércoles de la 4.ª semana de Cuaresma.

[40] Por ej., el miércoles de la Semana de Pasión.

alma por la oración, el ayuno y la plena entrega a lo desconocido que esperaban con tanto anhelo. Más que ningún myste pagano, entraban en una oscuridad completa. Sabían *qué* era lo que les iba a suceder: salvación y nuevo nacimiento, pero todavía seguía oculto para ellos el *cómo*. Habían recibido la doctrina; pero lo más grande, la "tradición" de los Misterios estaba todavía por llegar. Por eso esperaban ardientemente la noche que habría de iniciarlos.

Y con ellos toda la *Ecclesia* de los fieles. Para todos, iniciados y no iniciados, es, hoy como entonces, la gran noche de los Misterios, la santa noche-madre de la vida nueva. Al no bautizado le trae la iniciación, al bautizado la renovación, al penitente la reviviscencia de la consagración. Así la esperanza los empuja a todos hacia la noche. Nadie piensa en dormir. No hay día tan ansiado como esta noche. El piadoso deseo se anticipa anhelosamente a las horas. Por fin el sol se ha puesto. Pero, oscuridad completa no la habrá en esta noche. La luna, llena de primavera, está grande y reluciente en el claro cielo nocturno. Su luz baña de plata las plazas de las iglesias, los caminos por donde los fieles se apresuran al Oficio. El frescor de la noche les hace estremecerse con la esperanza de un nuevo comienzo. Es santa esta hora del tiempo terreno. Ha visto la creación del mundo que Dios llamó a la existencia en la primavera. Nos trae también esta nueva creación de la Gracia. Es la hora primaveral de la tierra. Suelta la lengua de las cosas mudas y abre el oído del corazón a los hombres. En esta

noche todo lo creado habla su lenguaje simbólico, y el hombre lo entiende. El universo se hace transparente. La hora de los Misterios ha sonado.

El creyente lo sabe: Dios está obrando. Ahora que reposa en el Sepulcro, remata sus antiguas obras. Esta noche dará vigor nuevo a la Creación. Y este nuevo nacimiento, lo mismo que el primero, comienza también en el signo de la Luz. Para la Iglesia, la luz siempre es un símbolo del Verbo eterno de quien dice la Escritura: "En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas" [41]. Para ella, las luces que se encienden al atardecer son siempre un resplandor de esa eterna luz en las tinieblas del tiempo y una ocasión para dar gracias a Dios, "luz inextinguible" y "Creador de todas las luces" [42], una ocasión para alabar a Cristo que, como "verdadera piedra angular" hace brotar el fuego de la claridad divina, como la llama del pedernal [43].

La antigua Iglesia celebraba la hora de encenderse las lámparas al atardecer como un cotidiano "sacrificio vespertino" [44], un sacrificio de luz y de alabanza a Dios, y era consciente de que en el símbolo de esta luz terrena y en el cántico de alabanza, con el que la saludaba, devolvía a Dios Padre al mismo Cristo, luz

[41] *Juan*, 1, 4 s.

[42] Cfr. la 2.ª Oratio para la bendición del fuego en el rito antiguo.

[43] Antes la primera y ahora la única Oración para la bendición del fuego.

[44] *Salmo 140*, 2; Praeconium paschale.

divina aparecida sobre la tierra, "esplendor de la gloria del Padre [45].

Y ¿cuándo esta conciencia podía haber hablado más alto que en la Noche de Pascua? Esta es, por voluntad de Dios, la madre de la verdadera luz. Ha visto despuntar de la piedra del Sepulcro el divino rayo de la luz, la chispa de la eterna claridad que brotó de Cristo, piedra angular, cuando Dios le golpeó con sufrimientos hasta la muerte. Por eso los Misterios de la luz marcan el comienzo de esta santa noche. Ya en el mismo atrio de la iglesia envuelve al que llega el resplandor dorado de la luz. El fuego nuevo, recién sacado de la piedra, alza su llama alegremente hacia el cielo estrellado de la noche. La luz de la tierra saluda a las luces del cielo. El celebrante, el diácono y los demás ministros rodean la llama, bendiciéndola y consagrándola. Esta visión refuerza la conciencia de un nuevo comienzo. Era una costumbre del antiguo Oriente —como de la antigua Grecia y Roma— la renovación solemne del fuego el día de año nuevo. Ahora el fuego nuevo descendía del cielo y la fiesta se transformaba en una solemnidad religiosa. Al cristiano la consagración del fuego en la noche pascual le dice que el tiempo ha sido renovado en Cristo, que con su Resurrección ha comenzado el verdadero año jubilar, el tiempo intemporal del nuevo eón, es decir, de la vida divina. Con la alegre procesión que transporta el fuego nuevo al Santuario, pasamos por la

[45] Ambrosio, Hymno *Splendor paternae gloriae*; *Breviarium Romanum* (y Breviarium Monasticum), Laudes del Lunes.

puerta abierta de esta nueva era divina. Flores de primavera alfombran el camino y exhalan el perfume de la resurrección. Amanece un nuevo día.

El interior de la Iglesia está todavía sumergido en la oscuridad nocturna. Pero en el momento en que la procesión pasa al umbral, brilla una primera llama, tenue y viva a la vez: el cirio pascual, la luz de la noche pascual, encendida en el fuego nuevo. La Iglesia se ilumina con el resplandor de la resurrección. Todavía no se ha realizado el milagro; pero ya proyecta su luz. Lo que en la cumbre de la solemnidad de esta noche se hará presencia cultual en el santo Sacrificio, aparece anticipado en una representación simbólica. "¡La luz de Cristo!", clama el diácono a la muchedumbre que espera en la oscuridad, y el silencio florece en una exclamación de júbilo lanzado por cientos de voces: "Gracias sean dadas a Dios". El antiguo saludo a la luz vespertina [46] tiene en esta hora pascual un significado especial: el Señor ilumina hoy a su *Ecclesia* para el camino de la Pascua, como en otro tiempo a los israelitas en el paso del mar Rojo. Más aún: Cristo ilumina *en* ella. En cada uno de sus miembros, en cada hijo de la *Ecclesia* vive el Señor resucitado como una luz interior. Le poseemos y le sostenemos en nuestras manos como

[46] Cfr. Odo Casel, *Der österl. Lichtgesang der Kirche,* "Liturg. Zschr". (1931/32), pp. 179-191; Franz J. Dölger, *Lumen Christi,* "Antike und Christentum" 5 (1936), pp. 1 ss.; Aemiliana Löhr, *Abend und Morgen ein Tag* (1955), pp. 537 ss. (Este libro aparecerá muy en breve en Ediciones Guadarrama.)

a los cirios, todos los cuales van a ser encendidos en la llama del cirio pascual y en un abrir y cerrar de ojos llenarán el interior de la iglesia con una oleada de gloria y de claridad: "Luz de luz" [47]. "Dios es el Señor: El nos ilumina" [48]. El milagro creador del primer día, se repite: "La luz luce en las tinieblas" [49], y esta vez, las tinieblas la comprenden, la retienen. Y el corazón no desea otra cosa que alabar.

Estando todos en pie con los cirios encendidos en la mano —transformados ellos mismos en lámparas ardientes en las que arde la luz de Cristo—, el diácono, con ornamentos blancos de alegría, se dirige al facistol e invita al cielo y tierra y a la *Ecclesia* entera para celebrar juntos esta solemnidad entonando a continuación el *Praeconium paschale,* el jubiloso canto de alabanza a la "dichosa noche"; a la luz que ha nacido en ella, a Cristo, el verdadero Cordero Pascual que con "su sangre derramada por amor ha borrado la sentencia de la antigua culpa", ha consagrado y ungido nuestras "puertas" abriéndonos así el camino que del Egipto del pecado conduce a la tierra prometida de la resurrección. Canto de alabanza a las celestes columnas de luz que ilumina a los que han sido liberados y retornan a sus hogares; loa a su imagen terrestre, el cirio pascual; a la abeja, en fin, que habiendo recogido la miel y preparado la cera de esta simbólica luz pascual, es "la madre vir-

[47] *Missale Romanum,* Ordo Missae (Credo).
[48] *Salmo 117,* 27.
[49] *Juan,* 1, 5.

ginal" [50] y como una virgen María ha dado al mundo la verdadera luz pascual, Nuestro Señor Jesucristo y, como una Virgen-Madre, la *Ecclesia,* nos vuelve a encender cada año esta luz en el sagrado Misterio litúrgico.

Hay que haber oído una vez este canto pascual de alegría, y hay que haber presenciado este cuadro, en medio de la noche, como ha vuelto a celebrarse ahora: la iglesia oscura con la muchedumbre que aguarda conteniendo el aliento, y en primer lugar la sola llama del cirio pascual, cuya luz apenas llega a hacer brillar la blanca seda de los ornamentos del diácono (¡qué alegría el solo brillo blanco de este ornamento después de los sombríos violetas y negros de los días pasados!); después, a la tercera aclamación a la luz, el encenderse de cientos de cirios en las manos de los fieles. Un cuadro de otros tiempos, como en la Antigüedad cristiana, en aquellas espaciosas basílicas que describe Prudencio en su himno para encender las lámparas [51]: llenas de una innumerable multitud de fieles, todos con cirios en las manos, además de las muchas lámparas preciosas que se balancean al extremo de las cuerdas suspendidas de las vigas del techo, ad-

[50] Los antiguos creían que la abeja no engendraba su cría por fecundación, sino que la recogía de los pétalos de las flores. Cfr., p. ej., Ambrosio, *De virginibus,* 18, 40; *Rore pascitur apis, nescit concubitus, mella componit,* "la abeja se nutre de rocío, no conoce la fecundación, hace la miel".

[51] *Liber Cathemerinon* V, Hymnus ad incensum lucernae.

mirablemente decoradas, o que ardían sobre altos candelabros; un mar inmenso de luces en el que brillaba el oro y los colores de los mosaicos, resplandecían las columnas de mármol y de pórfido, y, dominándolo todo, temblorosa de alegría, la voz joven del diácono, la incomparablemente dichosa melodía que llama a la puerta del Cielo, se lanza impetuosamente sobre la tierra y encadena todos los corazones con las cadenas de alegría del mensaje pascual: "Esta es la noche... Esta es la noche... ¡Oh noche verdaderamente dichosa!"

Haber oído y contemplado esto —con la sencillez de un corazón de niño, que ha conservado la facultad de pensar en imágenes y símbolos— es haber comprendido la verdadera Pascua cristiana. Este es y sigue siendo el Misterio de la *noche*. Pero "esta noche" está en todas partes donde hay hombres, donde el pecado del hombre y la muerte, fruto del pecado, han ensombrecido el día claro de los orígenes de la creación de Dios. "Esta noche", que de su pobre seno estéril no podía dar a luz más que suspiros, lágrimas y súplicas de auxilio, ha hecho descender sobre sí la misericordiosa luz de Dios. Ha bajado para iluminarla. Al principio parecía como enterrada en medio de sus tinieblas, cuando en realidad vivía y penetraba poderosamente la oscuridad, consagraba la tumba transformándola en seno materno, y resurgía de nuevo de ese oscuro seno como una radiante creatura celeste. Nosotros mismos, la humanidad creyente de todos los tiempos, somos esta "noche verdaderamente dichosa", que de su seno estéril ha podido dar al

mundo a la luz eterna: Cristo, que venció en el Bautismo las tinieblas de nuestros pecados y brilla como estrella de la mañana en nuestros corazones [52]. A esta estrella de la mañana que "no conoce ocaso" [53] la coge llena de júbilo nuestra noche, como una madre a su hijo recién nacido y, transformada en su esencia por este nacimiento, es "clara como el día" [54] y "verdaderamente dichosa" [55]. Pues esta noche del funesto pecado del hombre y de la cólera de Dios se ha convertido en la noche "de la dichosa Pasión del Señor" y de la misericordia de Dios; la tumba de la luz y de la vida divina se ha convertido en madre de la resurrección y del día eterno.

Por eso el *Praeconium paschale,* al comienzo de la noche de Pascua y, sobre todo el *haec nox,* constantemente repetido, tiene este acento impresionante al que ningún creyente puede sustraerse. Habla no de acontecimientos pasados y que no nos conciernen, sino de aquello que ahora y siempre sucede en nosotros cuando en el curso del año vuelve la hora de la Pascua; canta la transformación de nuestra noche de pecado en el claro día de la vida de Cristo. Y basta un corazón humilde, consciente de esta oscuridad del pecado, para comprender, sin instrucción más profunda, lo que quiere decir la luz y el canto de alabanza de la noche de Pascua. El que cree y es humilde, ya desde ahora, al comienzo de la gran

[52] Cfr. 2.ª *Pedro,* 1, 19.
[53] *Missale Romanum, Praeconium paschale.*
[54] *Salmo 138,* 12; *Praeconium paschale.*
[55] *Ibid.*

noche de Misterios, comprenderá en esta elocuente unidad de símbolo y palabra, el Misterio total de la Pascua, llegando a la invencible certeza de la Pascua que es la única capaz de hacer soportable la noche de nuestra vida terrena, la certeza de que "¡Cristo ha resucitado!" ¡Ha resucitado verdaderamente!" [56]. Y "la Luz luce en las tinieblas" [57].

## PROFECIA Y REALIZACION

Lo que resplandece con más fuerza en ese *Praeconium paschale,* que engloba Cielo y Tierra, es "el inestimable amor del Agape" [58] que "ha entregado al hijo para redimir al esclavo" [59]. Esta es la fuente celeste de la luz de esta noche, que derrama tal claridad que hace "amable" [60] la misma oscuridad mortal del pecado de Adán. Es la luz inextinguible del amor de Dios la que nos ha iluminado, como verdadera columna de fuego, en nuestro camino litúrgico de la Pascua y que ni siquiera nos ha abandonado en el fondo mismo del océano de sufrimientos, como en otro tiempo tampoco abandonó a Cristo. Ella ha iluminado la mesa de la última Cena y en el Sepulcro

[56] Saludo pascual de la cristiandad oriental.
[57] *Juan,* 1, 5.
[58] *Praeconium paschale.*
[59] *Ibid.*
[60] *Ibid.*

del Señor ha mantenido encendida la llama de una esperanza imperecedera.

Es también la luz que conduce a la *Ecclesia* en el último trecho del camino hacia la verdadera Pascua. Una vez más, la Iglesia vuelve a reunir a sus hijos al resplandor de la nueva luz para que se arrepientan y se preparen una última vez. Santas lecturas, alternando con cánticos de alabanza, llena, como siempre, las largas horas de la vigilia nocturna. Pero en el fuego nuevo del amor de Dios se enciende más resplandeciente que nunca la sabiduría de la *Ecclesia*. Junto al atril del lector brilla el cirio pascual; su luz cae sobre las páginas del Antiguo Testamento. Cristo ilumina la oscuridad del pasado y da a conocer en todas partes el plan de salud del Agape que tiene el hombre en sus manos desde el principio; no le ha abandonado y hoy le conduce a su término. ¡Cuándo estará el alma más preparada para este acontecimiento que esta noche! La abnegación y la penitencia continuas de las pasadas semanas, los padecimientos místicos de los últimos días la han esponjado saludablemente. El resplandor anticipado de la Pascua y el torrente de júbilo del *Exultet* la han levantado hasta lo más íntimo del corazón de Dios. Ahora olvida el tiempo y la hora y se sumerge enteramente en la contemplación del "inestimable amor de caridad". Como una buena alumna, la *Ecclesia* repite por una última vez en esta noche la lección que la sabiduría divina no se ha cansado de inculcarla desde el Domingo de Septuagésima. Toda la historia de la humanidad —esta revelación del amor de Dios— que ha desfilado

ante nosotros tantas noches, desde Septuagésima— es resumida una vez más, como en un compendium, en las Profecías de esta noche.

Un nombre extraordinario para las lecciones del Oficio de la noche: Profecías. Comúnmente los pasajes de la Sagrada Escritura que se leen a Maitines, así como los fragmentos tomados de los Padres, se llaman simplemente *lectiones*; y parece ser éste también el nombre primitivo de las lecturas del Antiguo Testamento de la noche de Pascua, nombre que ha vuelto a darles el nuevo rito. No sin fundamento; porque la denominación *prophetia* no aparece hasta una época relativamente tardía: Durando no la conoce todavía [61]. Así, pues, la Antigüedad no abogaba por la conservación de este título; pero este punto de vista podía no ser siempre ni el primero ni el único cuando se trata de la conservación o supresión de nombres y ritos que vienen usándose sin oposición desde mucho tiempo. El nombre *prophetia,* aunque no de una gran antigüedad, tiene no obstante otros fundamentos de peso en su favor a causa de los cuales podría lamentarse que se le haya sustituido por el más incoloro de *lectio*. *Prophetia* expresa, en efecto, exactamente el significado de las lecturas del Antiguo Testamento en la liturgia de la noche de Pascua. Para los Padres —y hasta ahora la Iglesia ha mantenido esta interpretación haciéndola suya— todo el Antiguo Testamento, en todos sus sucesos y fi-

[61] Durando murió en 1296. El nombre de *prophetia* no comenzó a usarse hasta más tarde en los siglos XIV y XV. Cfr. Bugnini-Braga, *o. c.*, p. 132, nota 55.

guras, es una profecía cuyo objeto es Cristo; una predicción (no sólo en palabras, como en los libros propiamente proféticos, sino en la figura de los hombres, de las cosas, de los acontecimientos) de la aparición de Dios en carne humana y de su obra salvífica. Precisamente en este carácter profético del Antiguo Testamento ve la Iglesia, desde el tiempo de Jesús y de los Apóstoles, la prueba de la unidad de la revelación de Dios, que desde Adán hasta Cristo progresa en línea recta y alcanza su "plenitud" en el Señor.

Ya hemos tenido muchas ocasiones de referirnos a esta tipicidad del Antiguo Testamento, a su simbolismo pretendido por Dios. Cuanto más nos acercamos a la Pascua, tanto más se amontonan sobre nosotros los personajes y los sucesos simbólicos del Antiguo Testamento; los vemos realizados paso a paso, por así decirlo, precisamente en la historia de la Pasión del Señor. *Ut scriptura impleretur* [62], *ut consummaretur scriptura* [63], "a fin de que se cumpliese la Escirtura", son palabras de Jesús y de su evangelista, que nos salen al paso constantemente sobre todo en el relato de la Pasión. Pero ya al comienzo de su enseñanza había dicho Jesús: "Escudriñad las Escrituras... Ellas son las que dan testimonio de Mí" [64]. La Iglesia sigue este mandato del Señor durante toda la Cuaresma, y son verdaderamente Profecías de la salvación obrada por Cristo las que en este santo

[62] *Juan*, 19, 24 y 36. Cfr. también *Juan*, 17, 12.
[63] *Juan*, 19, 28.
[64] *Juan*, 5, 39.

tiempo y especialmente en su cumbre, la noche de Pascua, la Iglesia hace oír a sus fieles en los sucesos del Antiguo Testamento. Así, pues, hubiera podido mantenerse sin error el nombre *prophetia,* que hubiera tenido la ventaja de poner bien de manifiesto el carácter propio, profético de estas *lectiones*. Queda, no obstante, suficiente ocasión de hacerlo en los sermones de Cuaresma, para los cuales apenas podría haber tema más provechoso que la explicación de las profecías pascuales.

Todavía más doloroso que la pérdida del nombre ha sido la necesidad de reducir el número de lecciones de la Vigilia Pascual. ¿Existe realmente esta necesidad? Se nos dice que lo exigen así motivos de orden pastoral. Y es, por lo demás, posible y fácil de comprender. Porque, si ya Gregorio el Grande, en una época en que los fieles entendían todavía el latín e incluso lo hablaban, se vio obligado a reducir a cuatro las doce lecciones proféticas para no fatigar demasiado al pueblo en esta noche tan abundante en hechos litúrgicos [65], con mucha mayor razón se imponía hacerlo hoy cuando la mayoría de los participantes a la Vigilia Pascual ya no entienden el latín, y hacerles oír tantos textos latinos y tan largos sería pedirles demasiado. Pero no por eso deja de ser dolorosa la pérdida de ocho lecciones y sería de desear y de pedir que en el curso de la evolución litúrgica se en-

[65] Cfr. Bugnini-Braga, *o. c.*, pp. 132 ss.; y además Bonifatius Fischer, *Die Lesungen der römischen Ostervigil unter Gregor d. Gr.*, "Festschrift Alban Dold" (1952), páginas 144-159.

contrara de nuevo la posibilidad de volver al antiguo número de doce [66], sin exigir demasiado de la capacidad de comprensión del pueblo [67]. Mientras tanto, así la predicación como también la meditación privada podrían inspirarse, como ya hemos dicho, en las lecciones suprimidas; de esta manera la vivencia de la Pascua en los fieles sería extraordinariamente profunda y se ensancharía en una visión de la Historia de la Salud, cuya importancia en la experiencia individual de la redención jamás se apreciará con exceso. Por estas razones nos hemos creído obligados a tener también en cuenta en nuestra exposición el cuadro de conjunto de las doce Profecías, lo cual no puede menos de beneficiar a la comprensión de los cuatro textos restantes.

Al comienzo del ciclo profético se encuentra, hoy como ayer, una lección del primer libro de la Sagrada Escritura, del *Génesis*. Tratándose de un nuevo comienzo, ¿por dónde empezar sino por el primer comienzo, por el origen del mundo? En el relato de la creación del libro del *Génesis* se abre ante nosotros el reino de la vida en el que el amor de Dios colocó al hombre en un principio [68]. "Era muy bueno" [69], dice la Sagrada Escritura, y estas palabras resuenan

[66] El número ha oscilado en el curso de los años. Cfr. sobre esto también Bugnini-Braga, *o. c.*

[67] Tal vez, por una lectura en las dos lenguas, como ya se ha hecho en muchas partes.

[68] *Génesis*, 1, 1-31; 2, 1-2; 1.ª Lección de la noche de Pascua.

[69] *Génesis*, 1, 31.

llenas de sentido en esta noche de la salud que ha de volver a hacer bueno todo lo que el pecado y la muerte devastaron en esa creación en otro tiempo perfecta. En las lecciones del Diluvio, del sacrificio de Abrahán y del paso del mar Rojo [70] aparecen después las figuras vetero-testamentarias de esta reparación y nueva creación que el santo Sacrificio de la Pascua ha de hacer presente en seguida. Como el gran Diluvio lavó en otro tiempo la tierra manchada por el pecado, y como el arca construida por mandato de Dios salvó de la ruina común a unos pocos justos, así en esta santa noche, el agua del Bautismo limpiará muchos pecados y el arca de Dios de la Iglesia abrirá sus puertas a los nuevos llamados y escogidos, para transportarlos sanos y salvos a las playas de la eternidad sobre las olas de este mundo donde la cólera de Dios sepulta a los impíos. Hoy también volará la paloma, con el ramo de olivo, sobre el agua del bautismo que da al mismo tiempo muerte y vida, para anunciar la paz a la nave de la Iglesia, cuando "el óleo de la salud" y el "crisma de Nuestro Señor Jesucristo" [71] se derramen en las fuentes bautismales, y los neófitos reciban, con la unción santa, el Pneuma (es decir, la vida) de Dios y de Cristo que, buscando un lugar de reposo en la tierra, lo encuentra en el arca de la *Ecclesia* y en las almas de los bautizados. Hoy también se combará en el cielo de la Iglesia el

[70] Esta última es la única de las tres que ha sido conservada en el nuevo Rito, ocupando ahora el segundo lugar después de la lección sacada del *Génesis*.

[71] *De benedictione aquae baptismalis*.

brillante arco de la paz, el camino real hacia el Padre, que Cristo, el "gran Pontífice" ha construido en esta noche única con las lágrimas y los sufrimientos mortales de su vida terrena y con el esplendor solar de su resurrección, camino que El ha sido el primero en recorrer. Es el signo de la alianza, que Dios concluye con nosotros en Cristo, puro "sí" a la voluntad divina.

Pero toda esta alianza se concluye "sobre sacrificio" [72]. Por eso la lección siguiente, bajo el símbolo del sacrificio de Abrahán designa el verdadero sacrificio que dio y da validez a la Nueva Alianza, el sacrificio de Cristo, que ya anticipadamente libró a Isaac de la inmolación y en la figura del misterioso carnero se dio a conocer a sí mismo como el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" [73]. Así esta lección, como centro del grupo de cuatro, señala con su índice profético la verdadera cumbre de la celebración de la Pascua: el Sacrificio del Altar, del cual reciben su virtud todos los restantes Misterios de esta santa noche.

Con el fragmento siguiente, sacado del *Exodo,* vuelve de nuevo la Iglesia a la contemplación del Misterio del Bautismo. En el paso del mar Rojo nos pone delante de los ojos la segunda figura típica de este Sacramento en la Antigua Alianza, y al mismo tiempo nos enseña a comprender la Pascua cristiana en el sentido de los Padres: como paso y travesía,

[72] *Salmo 49,* 5.
[73] *Juan,* 1, 29.

como *transitus*. Así como el Antiguo Israel, bajo la dirección de Moisés, atravesó el mar Rojo a pie enjuto y alcanzó la ruta del desierto que conducía a la Tierra Prometida, mientras que los egipcios se hundían en las olas, así en la noche de esta Pascua litúrgica, el mar del Bautismo sepultará al infernal Faraón, y el nuevo Israel de Dios, la Iglesia, atravesará con el Señor las aguas de la Pasión, subirá desde el bautismo de muerte hasta la orilla de la nueva vida y, en su virtud, volverá a tomar el camino de esta vida hasta la Tierra Prometida de la eternidad. Segura de su próxima llegada, la *Ecclesia,* como una nueva Miriam, entona el mismo nuevo canto de alegría y de victoria con el cual, en otro tiempo, Moisés y Miriam dieron gracias al Señor por el milagro del mar Rojo. Así la liturgia romana expresa en forma velada y simbólica lo que de manera más clara dice el Canon pascual de Juan Damasceno en la liturgia griega: "Pascua del Señor. Pascua. Porque Cristo, Nuestro Dios, nos ha conducido de la muerte a la vida, de la tierra al cielo, y nosotros cantamos el himno de victoria" [74].

Así concluye la primera serie de figuras proféticas del Pentateuco. Nos ha enseñado cómo Dios "ha creado maravillosamente al hombre y más maravillosamente le ha redimido" [75], cómo "ha enderezado lo caído, ha rejuvenecido lo decrépito, y todo es restablecido en su integridad por Aquel de quien todo ha

[74] Oficio de la mañana de Pascua.
[75] Oración después de la 1.ª Lección.

tomado su origen" [76]. Vemos como Dios "no ha despreciado ni abandonado" al hombre después de su caída, "sino más bien le ha educado como un Padre misericordioso" [77]; en Noé ha concluido una alianza con él, en Abrahán ha confirmado esta alianza y la ha bendecido con promesas, y en Moisés ha comenzado a cumplir la promesa. Y llenos de alegría reconocemos ahora cómo la actual reviviscencia litúrgica se enlaza inmediatamente al antiguo hecho de la Historia de Salvación. En esta noche, en efecto, el "Sacramento pascual" [78] del Bautismo realiza de modo eminente la promesa con la cual fue recompensada en otro tiempo la fe de Abrahán. Por su fe es en verdad el "Padre de todas las naciones" [79] agrupadas por la fe y formando la *Ecclesia*. Esta noche aparece así iluminada por los "milagros antiguos" [80], que ahora resplandecen con mayor claridad que entonces, cuando no sólo *un* pueblo, sino hombres de todas las naciones, de toda edad y sexo son librados de la esclavitud de Faraón (es decir, de Satán) y el "mundo entero", por el "baño de regeneración" es elevado a "Hijo de Abrahán" y a "la dignidad de Israel" [81].

El grupo de las cuatro lecciones siguientes está tomado de los Profetas. Celebran en frases himnicas y en magníficas imágenes la elección de Israel, su

[76] Oración después de la 2.ª Lección (en el antiguo Rito).
[77] Liturgia griego-jacobita, Anaphora.
[78] Oración después de la 3.ª Lección (en antiguo Rito).
[79] *Ibid.*
[80] Oración después de la 4.ª Lección (actualmente, la 2.ª).
[81] *Ibid.*

retorno futuro, su regeneración y su gloria definitiva después de su larga infidelidad y de los terribles castigos. Nuestra mirada interior entrenada ya por la contemplación de las imágenes precedentes, contempla ahora con facilidad, a través del velo profético, la realidad de la Nueva Alianza. Todas estas lecciones son un himno de alabanza al nuevo Israel, la Iglesia, y al amor de Dios que le ha otorgado tal gloria.

A la *Ecclesia* se aplican hoy las palabras del Profeta; son dirigidas a los neófitos: "Esta es la herencia de los servidores de Yavé, y la bendición que de mí les vendrá, dice Yavé" [82]. La *Ecclesia* es la tierra fértil y rica en agua a donde el Profeta invita a los hambrientos y sedientos de la tierra para que beban "sin pagar" [83] el agua de la vida de la fuente del Bautismo y se sacien con el pan y el vino de la Eucaristía [84]. En la *Ecclesia* es donde se han realizado las promesas que David recibió de Dios; pues en ella vive el "Hijo de David", Cristo Jesús, el que ha sido dado "a los pueblos como testigo" de la gloria de Dios, como "Príncipe y Dominador" [85]. Por El, la Iglesia misma se convierte en testigo de Dios entre los extranjeros y los desconocidos que de un extremo a otro extremo de la tierra afluyen a ella "a causa del Santo de Israel" que la glorifica [86]. Ante ellos —neófitos y bautizados— da testimonio, en esta noche, de

[82] *Isaías,* 54, 17; 5.ª Lección (en el antiguo Rito).
[83] *Isaías,* 55, 1; *ibid.*
[84] *Ibid.*
[85] *Ibid.*, v. 4.
[86] *Ibid.*, v. 5.

las obras maravillosas del "Logos de Dios" que procede de la boca del Padre y no vuelve a El "vacío" [87]. Porque en esta santa celebración anual de la Liturgia, que va a llegar ahora a su cumbre, le ha visto realizar todo aquello para lo cual había sido enviado [88]: *su* salvación.

La Iglesia es la nueva creación maravillosa que el Logos de Dios hecho hombre ha realizado en la tierra y que está creando continuamente de nuevo en la santa Liturgia: la "casa de Dios" en la tierra, "grande, elevada, inmensa" [89], enriquecida con los tesoros de la sabiduría divina y de la vida eterna. En medio de imperios gigantescos, de pueblos hábiles y orgullosos de su ciencia, que lo saben todo y lo pueden todo, pero "ignoran el camino de la sabiduría" [90], vive ella como única escogida y llamada, tal como el profeta Baruch la contempló, como la "bienamada de Dios" [91]. la única a la que fue dado conocer la senda de la sabiduría. Porque ella es la esposa de Dios, que "ha sido visto en la tierra y ha andado entre los hombres" [92]. Ella ha visto al Logos de Dios hecho hombre y ha recibido de El los "mandamientos de vida" [93]. Por eso es la única en la tierra que conoce

[87] *Ibid.*, v. 11.
[88] *Ibid.*
[89] *Baruch*, 3, 24. 25; 6.ª Lección (en el antiguo Rito).
[90] *Ibid.*, v. 23.
[91] *Ibid.*, v. 37.
[92] *Ibid.*, v. 38.
[93] *Ibid.*, v. 9.

el Misterio de la vida, o sea, que sólo puede crecer en unión constante con la Sabiduría divina [94].

"El que se mantiene unido a ella consigue la vida" [95]. Esto lo sabe la *Ecclesia* porque en Cristo, la Sabiduría de Dios hecha hombre, se ha apoderado de su eterna vida. En ella se ha cumplido la gran visión del profeta Ezequiel que tiene ante sus ojos en la séptima lección. Ella es el pueblo que estaba muerto y ha vuelto a vivir a la voz del Logos y al soplo de su Pneuma. La Humanidad estaba dispersa y desgarrada, inerte y reseca como osamentas de un cementerio, hasta que el Logos de Dios hecho hombre habló su palabra creadora: "Yo vivo y vosotros también viviréis" [96]; y de la boca del Resucitado sopló sobre los muertos el aliento vivificador de Dios: "Recibid el Pneuma Santo" [97]. Entonces se cumplió la visión del Profeta, la *Ecclesia* fue creada, los muertos y los dispersos se juntaron para formar el "único hombre perfecto" [98]. La Iglesia aguarda en esta noche que se reproduzca este milagro; se hará presente a ella junto con la muerte y la resurrección del Señor. Se realizará de nuevo en sus neófitos, y ahora es en su misma boca, como en otro tiempo en la del Profeta, es donde ha sido puesta la palabra creadora de Dios, que manda al Pneuma y por el Pneuma otorga vida eterna a los muertos. Mira a sus neófitos y por

[94] Cfr. *ibid.*, v. 14.
[95] *Baruch*, 4, 1.
[96] *Juan*, 14, 19.
[97] *Juan*, 20, 22.
[98] Hipólito de Roma, *De Antichristo*, c. 3.

su boca habla Cristo, el único y verdadero Profeta, el Logos y Creador hecho hombre: "Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío... Yo pondré en vosotros mi Pneuma y viviréis..." [99]. Y con El habla la *Ecclesia*, la esposa del Logos, consciente del poder que habita en ella: "Ven, ¡oh Pneuma!, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos huesos muertos, y vivirán" [100]. Anticipa así lo que dirá dentro de poco junto a las fuentes bautismales: "Envía el Pneuma de adopción para regenerar a los nuevos pueblos que nacen en la fuente bautismal" [101].

Así, pues, sabiendo que ella misma ha nacido de la muerte a la vida, de los milagros pasados y presentes saca la "firme esperanza en los futuros" [102]. La visión del Profeta no se refiere sólo a su desarrollo y crecimiento, ni sólo a la virtud vivificante de sus Sacramentos; le garantiza también la resurrección futura al fin de los tiempos. Mira sin miedo a los inmensos cementerios del mundo, a la vida muerta diariamente por Satán y sus secuaces. Por mucho que se multiplique la muerte, más inconmovible es aún su certeza de que ninguno que "esté escrito para la vida en Jerusalén" [103], es decir, que haya escrito su nombre

[99] *Ezequiel*, 37, 12 y 14; 7.ª Lección (en el antiguo Rito).

[100] *Ibid.*, v. 9.

[101] *De benedictione aquae baptismalis.*

[102] Oración después de la 7.ª Lección (en el antiguo Rito).

[103] *Isaías*, 4, 3; 8.ª Lección (actualmente, la 3.ª).

en el libro del Bautismo de la Iglesia y no le haya borrado de él por el pecado, podrá morir a la vida eterna. Ella, la nueva Jerusalén, guarda "el resto santo" de aquellos que, por la fe y el Bautismo, "se salvaron en Israel" [104]. En medio de ellos reina gloriosamente Cristo, "el retoño del Señor"; es para ellos "nube durante el día" y "resplandor de fuego durante la noche", y la *Ecclesia* los protege como "tienda contra el calor del día, los cobija y los defiende contra el turbión y el aguacero" [105] de este mundo. Y los que viven y crecen, así protegidos en medio de los rigores de un mundo enfermo de pecado, permanecerán eternamente. De nuevo la visión profética mira al mismo tiempo al presente y al futuro; se refiere a la *Ecclesia* tanto en su existencia terrestre como en la futura, celestial.

Esta segunda serie de símbolos de las lecciones proféticas se termina con el canto de la viña, del profeta Isaías. En la boca de la Iglesia es un testimonio de gratitud por lo florido y fructífero de su propio ser que, a la luz de la profecía, se le ha mostrado como "campo y viña" del Señor lleno de bendiciones [106]. A El, que "siembra la buena simiente" y que "planta cepas escogidas" [107], le da gracias en esta hora jubilosa, porque todas sus flores y frutos han nacido de su muerte y de su resurrección. A El le invoca para que bendiga su nueva y joven plantación, la prole de sus

[104] *Ibid.*, v. 2.
[105] *Ibid.*, v. 2, 5 y 6.
[106] Oración después de la 8.ª (3.ª) Lección.
[107] *Ibid.*

neófitos, a fin de que, "arrancada la maleza de las espinas y abrojos, produzcan dignos y óptimos frutos" [108].

Hay algo luminoso, florido, primaveral en todas las lecciones, cánticos y oraciones de este segundo grupo; exhalan ya alegría de la cercana resurrección. En la siguiente vuelve a dominar la gran seriedad de la Pascua: la lucha entre la muerte y la vida. El Cristo de la Pascua aparece prefigurado en un triple símbolo, creando la *Ecclesia* por su muerte y su resurrección, padeciendo y triunfando. Como verdadero Cordero pascual marca con su sangre la casa de la *Ecclesia* y protege a sus fieles de la cólera del Juez Divino [109]. Como nuevo Jonás vuelve a salir del "vientre del seol" [110], y, resucitado, llama a los paganos a la conversión y a la vida para Dios [111]. En fin, como verdadero Moisés deja en herencia al pueblo de Dios de los bautizados la ley de la Nueva Alianza [112] que infunde alegría en vez de terror, perdona y aniquila al pecado y da salud en vez de practicar la venganza [113]. En las palabras del antiguo cántico de Moisés [114] con que termina la lección del *Deutero-*

[108] *Ibid.*

[109] *Exodo,* 12, 1-11; 9.ª Lección (en el antiguo Rito).

[110] *Juan,* 2, 3.

[111] *Juan,* 3, 1-10; 10.ª Lección (en el antiguo Rito).

[112] Cfr. *Deuteronomio,* 31, 22-30; 11.ª Lección (actualmente, la 4.ª).

[113] Cfr. la oración después de la 11.ª (4.ª) Lección.

[114] Cfr. *Deuteronomio,* 32, 1-4; Cántico después de la 11.ª (4.ª) Lección.

*nomio,* la *Ecclesia* oye su voz, la voz del amado, su ley, la ley del agape.

Era hasta ahora la penúltima y ahora es la última de la Vigilia Pascual. En el antiguo rito seguía el relato del *Libro de Daniel,* de los tres jóvenes en el horno, que figura como lectura final en los sábados de las Cuatro Témporas, pero que el Sábado Santo se presentaba en toda su épica amplitud, modelo magnífico del arte narrativo oriental [115]. Las lecciones de esta noche no podían introducirnos más adecuadamente a la acción litúrgica propiamente dicha. La salvación del horno encendido de los tres mártires del Antiguo Testamento es uno de los *tipos* más bellos de la resurrección. "Ha resucitado del Sepulcro Jesucristo, que libró del horno encendido a los tres jóvenes", reza en alabanza de los tres jóvenes la Antífona pascual de los Laudes del Domingo. La relación entre el pasado y el presente está expresada en ella de la manera más concisa: el Logos de Dios, el que en otro tiempo se apareció a los tres jóvenes en medio del fuego, trayéndoles, por medio del soplo de su Pneuma divino, refrigerio y salvación, "en la plenitud de los tiempos" hecho hombre, se libró a sí mismo en virtud de su divinidad, del fuego de los sufrimientos mortales. La Iglesia, a través del velo de la figura típica, mira a la próxima reproducción de este hecho en el santo Sacrificio de la noche de Pascua. Al mismo tiempo, ésta le da la seguridad de

[115] Cfr. *Daniel,* 3, 1-24; 12.ª Lección (en el antiguo Rito).

que en todas las pruebas dolorosas de este mundo y, en primer lugar, ante las amenazas de los poderosos enemigos de Dios, el Resucitado la cubre y la protege, a ella y a sus hijos, con las alas refrescantes de su Pneuma, y al final de los tiempos la sacará de las llamas de esta vida para transportarla al refrigerio eterno del cielo.

En medio de esta alegre seguridad se levanta la Iglesia de su contemplación para entrar en la acción de los Misterios propiamente dicha. La lectura prolongada de la Escritura la ha preparado de la mejor manera a la "celebración" ordenada y digna del "Misterio pascual" [116]. Ha echado una mirada profunda al plan de redención del Creador y ha reconocido "que la creación del mundo al principio no era más sublime que el sacrificio de nuestro Cordero pascual, Cristo, al fin de los tiempos" [117]. Con otras palabras, la redención no es más que una parte, una continuación de la obra creadora, sanando y reconstruyendo la creación originaria. Y la "celebración del Misterio pascual", que hace presente la redención, es, pues, un verdadero acto creador, la nueva creación de lo que había sido hecho al principio y fue dañado por el pecado, y la Iglesia sabe para qué obra tan sublime alza sus manos en esta hora: en Cristo, su Señor y Esposo, emprende la creación de la vida nueva.

[116] Oración después de la 7.ª Lección (en el antiguo Rito).

[117] Oración después de la 9.ª Lección (en el antiguo Rito).

Aunque esta nueva creación de la vida tiene su primera representación sensible en el Bautismo, no debemos olvidar dónde hay que buscar la fuente de este agua purificadora y vivificante. Ha brotado del costado herido del Señor crucificado. No tendríamos Bautismo, si el Señor no hubiera muerto por nosotros. De su mortal herida fluye el agua que ha sido para nosotros el baño de regeneración. La muerte del Señor es la fuente de la vida para los que creen en El. Por eso, el Sacramento del Bautismo (como todos los demás Sacramentos) está en la más íntima relación con el santo Sacrificio del Altar. De éste, que reproduce la muerte y la resurrección del Señor, saca su fuerza purificadora y vivificadora el baño de la regeneración.

Por eso la obra pascual de la nueva creación se funda en el santo Sacrificio de la noche de Pascua. Sólo por medio de este santo Sacrificio está verdaderamente consumada la Pascua del Señor. Desde la noche de la Cena, la Iglesia no ha vuelto a celebrar el Misterio de la santa misa. Ha pasado los días y las noches en ayuno y oración esperando. Esta misma noche no ha sido hasta ahora más que un anhelo ardiente de la Pascua del Señor. En cierta manera parecía anticipado ya en la bendición del fuego y en el *Praeconium paschale* del comienzo de la noche. Pero sólo el santo Sacrificio de medianoche la da plena realidad. La hora

de la celebración eucarística es propiamente la hora de la Pascua, anhelada durante semanas.

En el santo Sacrificio celebramos la memoria cultual de la muerte y de la resurrección del Señor, celebramos su exaltación al trono del Padre. De la herida de muerte del Señor inmolado fluye para nosotros el agua salutífera del Bautismo, la bebida vivificante de la Eucaristía. La boca del Resucitado expira "el Pneuma Santo" [118], es decir, la vida divina que deshace el pecado en el hombre enfermo y muerto por él. El Cristo de la Pascua, muerto y resucitado, no puede hacerse presente entre nosotros sin traer consigo la plenitud de su vida que ha nacido de la Cruz y se derrama a torrentes en los Sacramentos. Estos son —el Bautismo y la Eucaristía en primer lugar— verdaderamente *sacramenta paschalia,* Sacramentos pascuales, parte y efluvios del único gran *paschale sacramentum* [119] del que proceden. Por eso el Misterio de la Redención culmina en el Misterio del Sacrificio que, como actualización de la muerte y de la resurrección de Cristo, es el Misterio de la Pascua en el pleno sentido de la palabra.

Podría sorprender que el Bautismo, por incorporado que esté a la noche de Pascua, no figure en segundo lugar, después del santo Sacrificio, no siendo más que el torrente cuya fuente es la muerte sacrificial de Cristo. Pero, en el terreno litúrgico no se puede contar con el antes y el después del tiempo

[118] *Juan,* 20, 22.

[119] Oración después de la 3.ª y 7.ª Lecciones (en el antiguo Rito).

terreno, sucesivo. Hay que considerar más bien a los Misterios de la noche de Pascua como un todo, precisamente como la presencia sacramental de la muerte y de la resurrección de Cristo de la que recibimos la salud y la vida. Por eso, se podría muy bien anteponer el Bautismo al Sacrificio, a fin de hacer posible a los neófitos la participación en él, sin que haya que olvidar por eso el Bautismo, que, como todos los Sacramentos, tiene su fundamento último en el sacrificio de Cristo. El torrente de vida atraviesa impetuoso esta noche; le remontamos hasta su manantial y ya antes de llegar bebemos en el torrente la misma agua, es decir: en el Bautismo recibimos ya la acción saludable de la presencia del Sacrificio.

La bendición del agua bautismal, a la que es preciso volver ahora nuestra mirada, nos descubre al primer vistazo hasta qué punto considera la Iglesia el *paschale sacramentum* como un Misterio nupcial. Ya el Jueves Santo indicábamos cuál es su fundamento. El Señor no quiso redimirnos sin nuestra cooperación. Ha querido unirse con nosotros para la obra de la nueva creación y de la revivificación. Pero la unión de dos para dar juntos la vida, es unión esponsal y nupcial. Por eso el Misterio de la Redención y de la nueva creación, en el cual el hombre y Dios actúan juntos, equivale a lo que Pablo llama *magnum mysterium,* el "Misterio grande" [120] del cual es un símbolo el matrimonio terreno del hombre y la mujer. "Gran misterio es éste, pero entendi-

[120] *Efesios,* 5, 32.

do de Cristo y de la Iglesia" [121]. El Dios hecho hombre se une con la Humanidad escogida "a la cual el Señor ha llamado", la *Ecclesia,* para la nueva creación de la vida divina en el hombre. La colaboradora que ha escogido para su obra de salud es su virginal esposa. En la muerte de Cristo en la Cruz ven los Padres el sueño místico del nuevo Adán; en el agua y en la sangre que fluyen de su mortal herida, los dos grandes Sacramentos de la Iglesia, Bautismo y Eucaristía, y con ellos a la Iglesia misma en su ser de esposa y madre, dispensadora de vida. Como nueva Eva, madre de la vida, procede del costado traspasado del nuevo Adán y se desposa con él en la resurrección. Nace del corazón del que muere, y del aliento del Resucitado [122] recibe su vida divina, que ella transmite, a modo de mujer, por sus Sacramentos. Es preciso tener presente esta teología de los Padres, si se quiere comprender del todo la liturgia de la noche de Pascua, en particular, la bendición del agua bautismal.

La noche de Pascua es con toda propiedad la fiesta nupcial de la *Ecclesia.* Todas las figuras esponsales y nupciales que desde la fiesta de la Epifanía nos han acompañado llenas de promesas a lo largo del año litúrgico, encuentran hoy su realización. La figura del pozo de Jacob se ha hecho realidad [123]. La mujer que no tenía marido y pertenecía a muchos ha

[121] *Ibid.*

[122] Cfr. *Juan,* 20, 22.

[123] Cfr. *Juan,* 4, 5-42; Evangelio del viernes después del tercer Domingo de Cuaresma.

vuelto a encontrar a su único esposo celeste que tenía destinado desde el principio. Por fin la Humanidad ha reconocido a Aquel a quien sólo pertenece el saludo que por mucho tiempo ha dirigido a un mentiroso y seductor: "¡Salve, esposo! ¡Salve, esposo, luz nueva!" [124]. "No hay más que una luz, no hay más que un esposo: Cristo ha recibido el privilegio de estos nombres" [125]. Aquí, en la noche de Pascua, en los labios de la *Ecclesia,* ante la luz del cirio pascual, figura de Cristo, alcanza su verdadero sentido el clamor de los antiguos Misterios. Es de noche; el esposo está ahí. Llega a la casa de la esposa y la encuentra despierta. Mientras le sabía fuera, en la noche del sepulcro, el sueño no cerró sus párpados. Ahora, ha vuelto a ella vivo. "Sus cabellos están cubiertos de la escarcha de la noche" [126]. Trae todavía en su cuerpo las huellas de la Pasión. Pero está a su puerta engrandecido hasta lo sobrehumano, transfigurado en su cuerpo, revestido de la divinidad: "mira por la ventana, atisba por entre las celosías" [127]. Hasta este momento no le ha visto más que a través de ventanas y celosías, a través de los oráculos y los símbolos

[124] Firmico Materno, *De errore profanorum religionum,* 19, 1.

[125] *Ibid.*

[126] *Cantar de los Cantares,* 5, 2; cfr. Paulino de Nola, *Epístola 23*: *Quae autem nox intellectu spirituale putanda nisi passio domini...*

[127] *Cantar de los Cantares,* 2, 9; cfr. Ambrosio, *De Isaac et anima,* 4, 32-33 en el que a "ventanas" se le da el significado de Profetas, *per quos dominus genus respexit humanum, priusquam in terras ipse descanderet.*

de los Profetas. Ahora ha salido de la oscuridad de la noche y su presencia viviente en la gloria de su resurrección eclipsa todo símbolo y toda profecía.

Milagros de la gracia dan a conocer la proximidad divina. La pila bautismal brilla en la oscuridad de la Iglesia; la ilumina la luz pascual. Se derrama en ella el santo óleo y crisma que se mezcla al agua. El celebrante, en lugar de Cristo, está ante ella y ora sobre las aguas. En su boca, el Logos divino pide a la vida de Dios que penetre en el agua: "Dios omnipotente y eterno, estad presente en estos Misterios de vuestra gran piedad, estad presente en estos Sacramentos; enviad el Pneuma de adopción para reengendrar a los nuevos pueblos que van a naceros de la fuente bautismal; para que cuanto hemos de hacer por nuestro humilde ministerio sea consumado por la eficacia de tu poder" [128]. "Mira, Señor, la faz de tu *Ecclesia*" —esta faz es Cristo, tu Hijo— "y multiplica en ella nuevos hijos tuyos, Tú que alegras tu ciudad con el torrente de tu gracia y abres en todo el mundo la fuente del Bautismo para renovar a los pueblos. Que, por orden de tu majestad, reciba del Pneuma Santo la gracia de tu Unigénito Hijo. Fecunde el Pneuma Santo, por la misteriosa intervención de su luz [129], esta agua preparada para la regeneración de los hombres, para que, en virtud de la santificación, renazca del seno inmaculado de esta

[128] *De benedictione aquae baptismalis.*

[129] Según la versión original, se ha de leer ***luminis,*** no ***numinis***; cfr. *Sacramentarium Gelasianum* XLIV, Consecratio fontis (PL 74, 1110).

fuente divina una nueva creatura, progenie celeste. Y que a todos, distintos en el sexo o en edad, la gracia-madre alumbre a una misma infancia" [130]. "Y Tú, Dios omnipotente, asiste lleno de bondad a los que observamos estos preceptos. Sopla amorosamente sobre este agua" [131]. "Bendice Tú, con tu boca, este agua ordinaria, para que además de su natural propiedad de lavar los cuerpos, sea también eficaz para purificar las almas" [132]. "Que la virtud del Santo Pneuma descienda en la plenitud de esta fuente y fecunde toda la substancia de este agua con la virtud de regenerar" [133]. "Sea santificada y fecundada esta pila con el óleo de salud para que dé la vida eterna a los que renazcan de ella" [134].

Así se lleva a cabo por la palabra y la acción simbólicas más simples la santa bendición del agua que representa a la madre Iglesia. En el rito de la bendición del agua bautismal llega a su perfección el poder expresivo del simbolismo litúrgico. El agua, indispensable y querida para el hombre, preciosa sobre todo en los países cálidos —"lo más excelente es el agua" [135], dice el griego Píndaro—, el agua debía aparecer por su misma naturaleza especialmente

[130] *De benedictione aquae baptismalis.*

[131] *Ibid.*

[132] *Ibid.* (soplando tres veces sobre el agua).

[133] *Ibid* (sumergiendo tres veces el cirio pascual en el agua.

[134] *Ibid.*

[135] Píndaro, *Olímpica I.*

apropiada a "servir a los divinos Misterios" [136]. Surgida de la tierra y portadora de vida, flúida e indecisa, amable y graciosa y de fácil impresionabilidad es, como ya decían los antiguos [137] y lo confirma la Iglesia en la bendición del agua bautismal [138], la verdadera imagen de lo femenino. Oscura por sí misma, la vuelve replandeciente la luz. Cambiando continuamente de forma y de color, se configura según la voluntad ajena y refleja el color de su contorno. Obedece al soplo del viento, a los astros del cielo y a la mano del hombre. En la misteriosa duplicidad de su ser expresa candor infantil y seducción demoníaca, alumbra la vida y la mata, es causa de peligro y de salvación, de daño y de salud, de dominación y de ruina. Se vuelve siempre lo que Dios o el hombre hacen de ella, en lo cual coincide con toda la creación.

Por eso en la Historia Sagrada, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, el agua se muestra obediente a Dios y fecundada por Dios [139]. Pero la Liturgia, en cuanto actualización de la obra de salvación, continúa y lleva a su plenitud pneumática lo que, en el orden de la naturaleza, había comenzado al principio, y prefiguraba el futuro. En efecto, también en la Liturgia y sobre todo en la liturgia de esta santa noche el agua es, como al principio de la crea-

[136] *Missale Romanum, Ordo ad faciendam aquam benedictam,* 2.ª Oración.

[137] Varro: *femina aqua.*

[138] Cfr. más arriba, las citas de la bendición del agua bautismal.

[139] *De benedictione aquae baptismalis.*

ción, seno fecundo de la vida, bendecido por Dios. "El Pneuma de Dios se cernía sobre las aguas" [140]. Este mismo soplo de Dios sale hoy de la boca del celebrante e inspira su fuerza divina en el agua de la pila bautismal. En el primer día de la creación la luz brillaba sobre las aguas del principio, y hoy también la luz nueva —la luz de Pascua— ilumina las aguas bautismales. En otro tiempo, el Logos, la palabra creadora de Dios, hizo salir el elemento seco, la tierra, de las aguas primigenias [141]; de igual manera, hoy, por la voz del celebrante, el Logos creador de todas las cosas hace salir del agua bautismal una nueva creación, una "generación celeste", una nueva infancia. Es del todo claro: lo que sucedió al principio se repite y se consuma hoy en un orden más elevado. Hoy como entonces, luz, soplo y palabra humana son imágenes y símbolos de la invisible fuerza creadora de Dios. Pero el agua, entonces verdadero seno de la vida natural, es hoy el "seno inmaculado de la fuente divina" es decir, de la vida pneumática [142]. Luz, perfume y soplo, el Señor resucitado une y mezcla su vida divina con la naturaleza terrestre de la *Ecclesia* y engendra en ella la "gene-

[140] *Génesis,* 1, 2; 1.ª Lección.

[141] Cfr. *Ibid.*, v. 9.

[142] Cfr. *De benedictione aquae baptismalis,* y, además, la inscripción del baptisterio de S. Giovanni in Fonte de la Basílica de Letrán en Roma (del tiempo de Sixto III, 432-440): *Virgineo faetu genitrix ecclesia natos, / quos spirante Deo concipit, amne parit,* "en un parto virginal, la Madre Iglesia da a luz en el torrente a los hijos que ha concebido del soplo de Dios".

ración celeste" del hombre nuevo, del hombre de Cristo, que es toda la imagen de su padre y progenitor: un muerto y, por la muerte, vivo. El agua del Bautismo le ha hecho morir y le ha vivificado. Ha sido para él sepulcro de su vida antigua y seno materno de una vida nueva. *Un solo* sepulcro le ha recibido muerto y renacido a la vida inmortal, junto con Cristo: el sepulcro del agua que es una misma cosa con la tierra de donde brota.

Así, en la liturgia de la santa noche de Pascua, habla el agua un misterioso lenguaje simbólico que revela en el Misterio de esta noche unas bodas santas y un nuevo nacimiento místico. Es verdad que este lenguaje simbólico no se comprende del todo más que cuando, en este momento, inmediatamente después de la bendición del agua bautismal, se administra el Bautismo, como hoy todavía se hace en Roma en la iglesia de Letrán, y poco a poco vuelve a ser costumbre también entre nosotros. Aunque sólo el antiguo rito del Bautismo por inmersión expresa el Misterio en un símbolo enteramente claro. El neófito era sumergido tres veces en el agua quedando sepultado en ella para volver a emerger en seguida otras tres veces del agua de este sepulcro. Luego era ungido, y, vestido de blanco, entraba en la iglesia iluminada por la luz del cirio pascual, uniéndose a la comunidad de los fieles como uno de ellos. En tal momento la resurrección se hacía para todos una presencia tangible.

Y así sigue siendo hoy, lo mismo que entonces, aunque, con el cambio de forma exterior, el símbolo

haya perdido fuerza expresiva [143]. El Bautismo es y será en todo tiempo y principalmente en la noche de Pascua la imagen viva de la muerte y de la resurrección de Cristo. En el neófito ve la Iglesia a Cristo, su Señor, que vuelve vivo de la tumba. Pero al mismo tiempo, éste que ha renacido del agua y del Pneuma se nos muestra como "hijo de la resurrección" [144], retoño de la unión santa de Cristo y de su *Ecclesia,* hijo del agua y de la luz, nacido de la gran noche-madre de la Liturgia: de la santa noche de Pascua. Está en medio de la *Ecclesia* como encarnación radiante del Misterio de Pascua, que en él se manifiesta como el *Misterio de la vida nacida de la muerte.*

Así en él, como también en todos los que le rodean llenos de gozo, en toda la comunidad de los fieles que, como testigos de la santa celebración, se vuelven a hacer conscientes de su propio ser de bautizados. El nuevo rito de la noche de Pascua con la renovación de las promesas del Bautismo, que sigue inmediatamente a la bendición de la pila bautismal o eventualmente al Bautismo, sale al encuentro de este anhelo de un nuevo don de sí, de una nueva disposición a vivir constantemente en el Bautismo, es decir, en la muerte de Cristo, en la cual hemos sido bautizados. Una vez más se ha tenido en cuenta la necesidad que siente el pueblo de una participación activa en la Liturgia. Este rito no ca-

[143] Por lo demás, aún hoy está permitida según el Ritual la *inmersio,* comprendida en el *baptizo.*

[144] *Lucas,* 20, 36.

rece tampoco de precedentes antiguos. Hubo, en efecto, en otro tiempo una *Pascha annotinum,* una conmemoración anual del Bautismo de los fieles, que todavía en tiempos más recientes algunos párrocos celosos han seguido celebrando con sus fieles, fuera de la Liturgia [145]. Ahora ha sido incorporada a la misma celebración litúrgica de la noche de Pascua y, sin duda, que no quedará infructuosa. Más eficazmente, con todo, que por este acto de índole más que nada moral, la asamblea de fieles será introducida de nuevo en su Bautismo por la acción del santo Sacrificio que ahora comienza; pues el Bautismo también forma parte de la grande obra de salud que se hace presente ahora en el Sacrificio.

## LA VIDA ESCONDIDA

Para ver realizado en su plenitud el Misterio de la Pascua, la Iglesia se dirige ahora desde la pila bautismal al altar del Sacrificio. Toda alianza se confirma con un sacrificio, y la alianza de esta noche no estaría consumada si no fuera consagrada y sellada por la sangre de una víctima. La alianza nupcial de Cristo y su *Ecclesia,* que fue representada ritualmente en la bendición de la pila bautismal y ejerció ya su fuerza vivificadora en el Bautismo, alcanza ahora su plenitud en la celebración del santo Sacrificio; es más, sólo

[145] Cfr. Bugnini-Braga, *o. c.,* pp. 137 s. y la bibliografía que allí se cita.

bajo el sello del Sacrificio queda verdaderamente concluida. Porque la Esposa nace de la inmolación de su divino Esposo, y de la mortal herida de la víctima brota la vida que de El recibe y, que como Madre-Virgen, transmite a sus hijos, los creyentes. Por eso la acción bautismal —ya lo hemos dicho— no tenía sentido ni eficacia más que en relación con la celebración del Sacrificio que había de seguirla; y ahora, como el Sacrificio primitivo se ha realizado una vez en el tiempo y se renueva cada día en el culto, podía ser presupuesto en la ceremonia bautismal de esta noche y ejercer su eficacia por anticipado.

La Iglesia lo sabe y, aunque en su solicitud por sus neófitos ha adelantado el Bautismo para que no quedaran privados del pan de los vivos en la noche de su nacimiento, no obstante considera la liturgia de la noche de Pascua como un todo unitario, y no olvida dónde está el eje de esta solemnidad y el origen de cada uno de sus Misterios. En esta noche comprende perfectamente la fuerza mística y la universalidad del Sacrificio que celebra cada día. Junto con la muerte, torna presente la resurrección y toda la obra salutífera: con la muerte de Cristo, el nacimiento de la *Ecclesia*; con su resurrección, sus bodas y la vida de sus hijos. "Sobre este Sacrificio" [146] se concluye cada día de nuevo la alianza santa. De este Cordero inmolado brotan las aguas de la vida que hoy llenan la pila bautismal.

De ahí que todos los Misterios de la Pascua no

[146] Cfr. *Salmo 49*, 5.

serían nada sin este Sacrificio del que son irradiaciones. Sólo ahora, cuando el celebrante se acerca al Altar, se apodera de nosotros, que estábamos esperando, la certeza: ¡Estamos en la Pascua del Señor! Hasta este momento dominaban la tristeza, la penitencia, la purificación, la preparación, el anhelo, la espera; ahora comienza la fiesta, la boda, el banquete, la alegría. El largo ayuno tiene su fin en la comunión pascual, cuyo rito ha transmitido el Jueves Santo. Ahora ha llegado el momento de hacer uso solemne de esta "tradición". Lo que ha anticipado el Jueves Santo, se hace hoy realidad más plena. El Señor está en medio de nosotros y dice: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros" [147]. Antes se levantó y se ciñó para purificarnos en su sangre [148], a unos por la penitencia, a otros por el Bautismo; ahora que estamos purificados, nos invita a su mesa, y comienza el banquete que, según la voluntad del Señor, anuncia su muerte y su resurrección y hace místicamente presente su Pascua.

Ahora se descorre el velo profético y de las figuras se destaca la realidad [149]. Ahora la creación es creada de nuevo, y todo vuelve a ser "perfecto". Ahora constituye la mañana y la tarde un nuevo día. Ahora el nuevo Adán se duerme en la muerte de la Cruz y de su lado viene a la existencia la nueva Eva. Ahora

[147] *Lucas*, 22, 15; cfr. la Meditación del Jueves Santo.

[148] Cfr. *Juan*, 13, 4-11; para su interpretación simbólica, V. la meditación del Jueves Santo.

[149] Cfr. para esto y para lo que sigue, el capítulo "Profecía y Realización.

queda sepultada la culpa en el agua, y no pocos justos, sino muchos pecadores se salvan en la nave de la Iglesia. Ahora vuela la paloma con el ramo de olivo y se comba el arco de la paz. Ahora el Padre celestial sacrifica a su único Hijo, y el "carnero de Dios" muere para que quede indemne el Hijo del Hombre. Ahora es "inmolado Cristo, nuestro Cordero pascual" [150], y su sangre unge y asegura la casa de la *Ecclesia* contra el ángel de la cólera que empuña la espada. Ahora el nuevo y verdadero Moisés nos precede en el camino de la Pascua y nos conduce a través de las aguas bautismales de su Pasión y de su muerte, a las riberas de la resurrección. Ahora los sedientos beben de balde el agua de la vida; ahora la Sabiduría divina aparece sobre la tierra y se mezcla con los hombres; ahora, al ruido del trueno del Logos de Dios y al soplo de su Pneuma, se despiertan las almas muertas; ahora "el resto" santo de los elegidos contempla la presencia de Dios en la nube y en el fuego. Ahora nosotros, los que estamos de paso, comemos la carne del nuevo Cordero pascual, "asado sobre el altar de la Cruz", y "gustamos su sangre rosada y vivimos para Dios" [151]. Ahora el divino Jonás, resucitado "del vientre del seol", llama a los paganos a penitencia. Ahora el verdadero y eterno Moisés promulga la nueva ley del Agape. Ahora se acerca a nosotros, que estamos sufriendo en el horno

[150] *1.ª Corintios,* 5, 7; Epístola y Comunión del Domingo de Pascua.

[151] *Breviarium Monasticum,* Himno de Vísperas del tiempo pascual.

encendido de este mundo, el cuarto personaje misterioso y nos refresca con el soplo salvador de su pneuma. Ahora luce la verdadera luz pascual y cae del cielo el fuego nuevo cuyo bello resplandor brillaba en imágenes simbólicas al comienzo de la noche. Fuego del cielo consume la impureza terrena de las ofrendas que en forma de pan llevamos al altar para presentarlas al Padre junto con el pan ácimo, Cristo; y el Señor que ahora toma posesión de nosotros nos envuelve en luz divina.

Y ahora, cuando todo lo contemplado y sentido hasta este instante alcanza su última realidad en el Sacrificio, es el lugar y el momento de cantar el verdadero cántico de Pascua, el *Praeconium paschale*. Todo el sufrimiento de los días pasados, toda la intensidad de la experiencia de esta noche se resuelve en un primer grito de alegría que nada ni nadie puede reproducir; ha de ser oído con los propios oídos y, a ser posible, cantado con la propia boca para que el corazón sepa de una vez para siempre qué es la resurrección. Es el Alleluya de la noche de Pascua, el primero después de largas semanas de ayuno y de recogimiento silencioso, después de días de pasión y muerte místicas con el Señor. Quien esperara ahora un júbilo estruendoso, no habría comprendido todavía la verdadera Pascua cristiana. Este Alleluya se eleva con un pesado aleteo. Se remonta penosamente desde la tumba de Adán y lleva en sus alas las gotas de la sangre de Cristo. Es el cántico nupcial de la noche de Pascua, que va clareando poco a poco en el abrazo del día de la resurrección. Pero esto no son más que pala-

bras. El primer Alleluya de la noche de Pascua es un misterio y, como todos los misterios, es inefable.

Toda la vida del cristiano es como este Alleluya: un canto de alegría, suave y sostenido que, en medio de la noche dolorosa del tiempo, saluda el alborear del día eterno. Lo que expresa este par de sílabas y de intervalos debía estar grabado en nuestro corazón: la certeza de la resurrección en medio del continuo morir de esta vida temporal. La certeza que, en la noche de Pascua, inmediatamente antes del canto del Alleluya, anuncia la breve lectura de la *Epístola a los Colosenses*: "Hermanos, si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis, gloriosos con El" [152]. Esta es la suma de la experiencia de la Pascua, lo que ha debido obrar en nosotros, así como en los neófitos de la Iglesia primitiva: muerte con Cristo, vida con Cristo. Muerte del hombre viejo, muerte del cuerpo de pecado; resurrección del hombre nuevo, vida en el Pneuma. En el sepulcro de esta noche ha de permanecer lo que en nosotros pertenece a la tierra, a lo de "abajo", en lo que tiene de corrompido, de satánico, de pecaminoso. Tal es el sentido de esta noche; por eso se llama la noche de Pascua: en ella debemos alejarnos de todo lo que amamos pecaminosamente: lejos del pecado,

[152] *Colosenses,* 3, 1-4; Epístola.

lejos del yo, lejos de "Egipto". Aprisa, porque el ángel exterminador, con su espada, mata a todo lo que está al servicio del "Faraón". Lejos de Egipto y al otro lado, en el desierto, donde Cristo venció a Satán con oración y ayuno. Al otro lado, en el desierto donde habita entre nosotros la gloria de Dios en la santa tienda de la Iglesia. Y, a través del desierto, más allá, hacia Canaán: del desierto de este mundo a la tierra prometida de Dios. Más allá. hacia "lo de arriba", "en donde Cristo está sentado a la diestra del Padre".

Es ahora cuando Cristo pasa a El; ahora cuando el Sacrificio místico anuncia su muerte y su resurrección. Ahora es la Pascua, el tránsito de la muerte a la vida. ¡Arriba!, es la hora en que hemos de pasar con El. Esta noche ha matado el yo, dejémosle en su tumba. Sería una carga demasiado pesada para el tránsito; en la huída no se arrastra consigo a los muertos. Sólo los vivos pasan a "lo de arriba". El mundo se ríe de nosotros. ¿Por qué vivís —dice— como si no vivierais? El no ve más que nuestra muerte, el cadáver de nuestro pecado, de nuestro yo. El no ve de nosotros más que lo que está "abajo", y eso es un sepulcro. No ve lo que de nosotros está "arriba": nuestra resurrección. Nuestra vida está escondida "arriba", "con Cristo en Dios". Un día se hará visible a todos: cuando Cristo vuelva, al fin de los tiempos, en la gloria de su vida resucitada. Esta vida es nuestra vida, su cuerpo glorioso es nuestro cuerpo. Porque hemos muerto con El al pecado y hemos enterrado en el agua del Bautismo lo que en nosotros es terreno. Por eso hemos sido hechos miembros de su cuerpo resucitado. Vivimos

con El "arriba", junto al Padre. Como El estamos muertos y escondidos a "lo de abajo", a la tierra. En el último día ésta, la tierra, nos verá con El.

Esta es la esperanza que se inflama a la luz de la Pascua: la esperanza de la Parusía. En la noche de Pascua, los cristianos primitivos aguardaban la vuelta de su Señor. Cuando había pasado la medianoche, se decían: no se ha decidido todavía a venir visiblemente. Entonces celebraban el santo Sacrificio y entraban con El de nuevo en el Misterio de su muerte y de su resurrección y pasaban una vez más hacia El, hacia "arriba", al Padre. Este es el sentido último del santo Sacrificio en la noche de Pascua: consumar la Pascua, el tránsito. Realiza en nosotros la resurrección y anticipa su manifestación, la Parusía. La cumbre y la consumación verdadera de la noche de Pascua está más allá de esta temporalidad, en el comienzo del último día y en la aurora de la eternidad.

Y éste ha de ser el fruto que hemos de sacar de esta fiesta: la certeza inconmovible de que somos intemporales, eternos, del otro lado, de "arriba". Los sufrimientos de esta vida ya no podrán afectarnos en lo profundo; porque no alcanzan más que lo que está ya muerto en nosotros. Y ya no tenemos nada que ver con el pecado; porque hemos muerto al pecado. Ya no tenemos que ver más que con Dios; porque nuestra vida vive escondida en El. Nuestra vida cristiana ha de estar marcada por la noche de Pascua; entonces tendrá echadas sus raíces "arriba" y no vacilará "abajo", sino que se mantendrá firme y dará fruto.

La celebración litúrgica de esta noche ha comen-

zado en el sepulcro. Pero ahora lo sabemos ya: el sepulcro está vacío. Se ha aparecido el Angel y ha anunciado la resurrección [153]. El sacrificio está consumado. Hemos comido la carne del Cordero pascual, hemos pasado al otro lado. No nos queda más que una cosa por hacer: obedecer al mandato del Angel. Anunciar la resurrección a los que buscan, a los que dudan, a los que no creen: "No está aquí. Ha resucitado, como lo había dicho" [154]. "Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra" [155].

[153] Cfr. *Mateo,* 28, 1-7; Evangelio.
[154] *Mateo,* 28, 6; Evangelio.
[155] *Colosenses,* 3, 1-2; Epístola.